

De cal y piel. Testimonios de Puebla de los Ángeles

Viladevall I. Guasch, Mireia

2010

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4430>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

DE CAL Y PIEL

TESTIMONIOS DE PUEBLA DE LOS ÁNGELES

DE CAL Y PIEL
TESTIMONIOS DE PUEBLA DE LOS ÁNGELES

Mireia Viladevall i Guasch

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA
FUNDACIÓN MANUEL TOUSSAINT, A.C.

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA
Biblioteca P. Pedro Arrupe, SJ
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación

Viladevall i Guasch, Mireia

De cal y piel : testimonios de Puebla de los Ángeles.

1. Puebla - Historia. 2. Puebla (Ciudad) - Historia - Vida social
y costumbres. I. t.

F 1326 V55.2007

mireiaviladevall@yahoo.com

Ricardo Escárcega Méndez
Coordinación editorial

Susana Plouganou Boiza
Corrección

Montserrat Torrejón Machorro
Formación tipográfica

Pedro Alberto Bouret Galindo
Portada y CD

Primera edición, 2010

DR © Universidad Iberoamericana Puebla
Blvd. Niño Poblano 2901, U. Territorial Atlixcáyotl
Puebla, México
libros@iberopuebla.edu.mx

DR © FUNDACIÓN MANUEL TOUSSAINT, A.C.
artepuebla@yahoo.com.mx

ISBN: 970-9720-27-9

Impreso y encuadernado en México
Printed and bounded in Mexico

ÍNDICE

PRÓLOGO

9

INTRODUCCIÓN

13

PRIMERA PARTE

MÁS QUE UN VOLCÁN. VOCES QUE TRASCIENDEN EL PAISA-

JE

23

ENTRE MILAGROS Y SANTOS. LAS OFRENDAS

25

DOÑA PORFIRIA Y EL VIENTO. EL DESALOJO

29

CON EL DESPERTAR DE UN VOLCÁN. LA APARICIÓN

31

SEGUNDA PARTE

DEL MONUMENTO A LA PIEL

51

MANOS QUE HACEN PIEDRAS Y PIEDRAS QUE SE CONVIER-
TEN EN CIUDAD

53

UNA BOLEADA CON MANZANITA

67

UNA FAMILIA Y UNA HISTORIA. LA NUEVA ESPAÑA

73

HACIENDO CIUDAD, RECUPERANDO HISTORIA

81

ENTRE DULCES Y CAMOTES TE VEAS

89

SANTA ROSA, UNA TRADICIÓN ENTRE LA ESPERANZA Y EL
OLVIDO

95

UNA ESPERANZA QUE SE DESHILVANA. LA CONSTANCIA

103

TERCER PARTE

EL BARRIO DE LOS SAPOS

109

PRÓLOGO

El presente libro de Mireia Viladevall i Guasch, *De cal y piel*, es un excelente trabajo donde la autora muestra una vez más no sólo el interés y curiosidad por conocer la historia de Puebla la urbe, sino también por sus habitantes, poblanos todos pero de diferentes orígenes, creencias, ideologías y pertenencia de clase.

Para Mireia todos son importantes sin distinción, siempre y cuando le hablen con sinceridad y le respondan a sus múltiples preguntas, que me imagino han de haber sido muchas, pues ella siempre desea llegar a la profundidad de las cosas, es decir, al conocimiento de las mismas.

De ahí que el título, como bien lo explica, se trata “de reconocer no sólo la piedra sino también la piel que la habita”.

Puebla de los Ángeles, ciudad en la que ella también ha sido piel que la ha *habitado, vivido*, disfrutado y padecido durante lapsos importantes de su desarrollo tanto personal como intelectual. No obstante su juventud ha sido testigo de la serie de transformaciones que han convertido a Puebla en una ciudad de las más grandes en densidad e importantes de la República, y ha estado presente en discusiones que se han celebrado en diversos ámbitos de la vida política y cultural sobre esos cambios.

Ha escuchado diversos argumentos en pro y en contra de la construcción de una nueva vialidad acorde a la ve-

locidad que exigen los tiempos actuales, o de la posible remodelación del centro y de barrios antiguos.

Ella misma ha opinado al respecto no sólo desde la academia con sus anteriores libros, sino también utilizando el foro de los periódicos poblanos *Síntesis* y *El Universal*. Algunos materiales que en esta publicación nos presenta han sido ejemplo de esto.

A su vez, la autora, como buena andante, deambula por distintas partes de su ciudad, tránsito que produce un estado que algunos especialistas, desde el horizonte de la psicología, consideran similar al del sueño. Es decir, los buenos caminantes transitan por la ciudad, de la misma manera que por sus sueños. Así podemos entender cómo es posible que algunos entrevistados le revelen y compartan sus experiencias con el volcán Popocatepetl (como lo conocemos nosotros, don Gregorio para los habitantes de Santiago Xalintzintla, poblado ubicado en sus faldas, o por Rodrigo Agustín) o los relatos épicos de comerciantes y prestadores de servicios como el de la bolería de don Manzanita, o de la Nueva España, establecimiento que ofrece artículos para caballeros, de don Antonio Álvarez o de la dulcería La Cristalina que heredó de su madre don Eugenio Casián. O las narraciones de los que no han sido tan afortunados en el desarrollo de sus oficios y negocios debido, entre otros motivos, a las transformaciones de las actividades laborales en nuestra hoy sociedad posindustrial. Ejemplo de esto son los testimonios de don Ángel, herrero de profesión y de su hermana Natalia, fierrera, que dan cuenta de las peripecias que han tenido que pasar para continuar con el mercado de fierros o el de Miguel Moreno Gutiérrez, tejedor orgulloso de su oficio al que dedica toda la vida, trabajador de La Constancia, en donde se jubila en 1970 al cumplir 60 años de edad, para solicitar, veintitún años después, ser el encargado de “apagar el último

rodar de las máquinas” de esa fábrica que cerraba con el argumento de resultar incosteable.

Por otra parte, las entrevistas a los arquitectos Everardo Morales y Ambrosio Guzmán son de gran interés para comprender quiénes y cómo discuten y deciden los cambios urbanos, tanto de los usos de los inmuebles como de las remodelaciones de los espacios públicos.

Por último, en el orden que la autora da a sus textos—los cuales pueden seguir otro que el propio lector elija—encontramos el del Barrio de los Sapos, donde ofrece una visión de conjunto del mismo e indica sitios y recovecos que han hecho famoso e importante este lugar para sus habitantes. También da cuenta de los cambios que lo han asolado, los cuales en muchos aspectos, son similares a aquellos de los barrios céntricos de las ciudades, donde las actividades comerciales y de turismo alteran los usos y apropiaciones de los espacios tanto privados como públicos.

Para finalizar, me gustaría comentar sobre el lenguaje que utiliza la autora para dar cuenta de todo lo antes descrito; lenguaje que fluye al ritmo de las conversaciones entre amigos y que por momentos se torna poético y de gran plasticidad, que despierta los sentidos para poder apreciar los colores, las texturas, los olores, los sonidos y los sabores de esa angelada ciudad de nuestro país.

Patricia Pensado Leglise
Jefa del Área de Historia Oral del
Instituto de Investigaciones
Doctor José María Luis Mora

INTRODUCCIÓN

En el tiempo y en el espacio se construye la ciudad. Todo empieza en un espacio vacío que poco a poco se va volviendo urbe. Ciudad que se distingue desde el principio hasta nuestros días de otras realidades urbanas, no por el color de su cantera, ni la calidad de sus perfiles, sino por aquellas pieles que día a día transforman el espacio y el tiempo en urbe.

Pieles que a lo largo de su existencia van llenando el espacio de piedras, de cal, de colores, olores, casas, iglesias, calles y plazas, para crear un lugar lleno de objetos donde se puede leer el paso del tiempo y la presencia de miles de vidas que han hecho y siguen haciendo posible la ciudad de Puebla.

La urbe es una obra colectiva e inacabada que a cada instante se transforma. Lo único perenne parecen ser esas piedras convertidas en monumentos. Piedras que sólo tienen sentido a partir de las pieles que las juntan con cal para luego habitarlas, mimarlas y —por qué no— agredirlas y destruirlas.

Las piedras sin piel que cobijar dejan de ser lugares de vida, dejan de ser urbe para convertirse en sitios arqueológicos. De ahí la importancia de reconocer no sólo la piedra sino también la piel que la habita, que la ha hecho, que la asume como suya y por ende como parte de su ser.

Por esto el título de este libro: *De cal y piel*. Porque la piel hace la ciudad de cal y canto, pero también en ese hacer ciudad la piel se va pegando o, mejor dicho, apegando a esas piedras donde vive y que se convierten en la última capa de su dermis.

Así pues, lo que se propone este texto es un acercamiento a Puebla, no la monumental sino la cotidiana, la que es el lugar de vida de los poblanos. Este acercamiento se logra ya no desde la voz de los cronistas o los historiadores, sino de alguno de los ciudadanos que viven esta Puebla que está hecha de miles: tantos, como habitantes tiene esta ciudad, pues cada uno de ellos la vive, la siente, la piensa y la usa de manera diferente.

A partir de entrevistas a algunos de sus habitantes intento acercarme a esta diversa y compleja realidad cotidiana antes descrita. Cada uno de ellos aporta una visión, un saber, una experiencia, un sentido y un sentimiento que juntos permiten un collage inacabado e incompleto que se antoja, al menos, sugerente y que nos da las pistas necesarias para entender a esa Puebla viva y diversa.

El propósito no es entregar un producto acabado (dado que esto es materialmente imposible pues la cantidad de actores urbanos es enorme y la rapidez en que se transforma física y cognitivamente la ciudad es vertiginosa) sino más bien se trata de formular una apetitosa invitación para mirar y pensar la ciudad a partir de los otros, de nuestros vecinos, de sus ciudadanos. La idea final es invitar a escucharnos para poder entender la Puebla que cada uno de nosotros pensamos y vivimos, y así conocernos mejor.

Las entrevistas que aquí se recogen tienen este propósito: hacer oír a aquellos actores urbanos que normalmente no escriben la historia y ni siquiera aparecen en ella pero

que están ahí haciendo posible esta realidad tan compleja que vivimos llamada Puebla.

Además de un aspecto anecdótico estas entrevistas conforman una serie de documentos (orales) donde se puede leer esa parte de la historia que muchas veces queda fuera de la Gran Historia o al menos de la Oficial. Estas entrevistas no son más que voces transcritas que hablan de una cotidianidad urbana: la poblana.

Faltan, sin duda, muchas más, pero si algo puedo decir a mi favor es que por alguna piel, por alguna voz, por algún protagonista, tenía que empezar. Así, los temas que se abordan son variados y no tienen más fin que ilustrar la complejidad y riqueza de nuestra ciudad. Y digo ilustrar con pinceladas rápidas que permiten entrever presencias.

En este sentido, es importante precisar que el origen de la mayoría de estas entrevistas, realizadas entre 1995 y 2001, fue periodístico. Casi todas han sido publicadas en el periódico *Síntesis* y las otras en *El Universal de Puebla*, donde tuve una sección llamada "Los Olvidados" y que pretendí se convirtiera en un foro donde escucharnos. Sin embargo, en este libro incluimos, además, dos entrevistas que en su momento no fueron publicadas por varias razones, pero que pese al tiempo pasado son aún ricas e interesantes.¹

Cada una de las entrevistas que contiene el libro se presenta editada contando con una introducción que sirve de marco contextual tanto para el entrevistado como para

¹ Una, al arquitecto Everardo Morales q.e.p.d; la otra, a don Rodrigo, un mormón a quien en 1995 "se le apareció el volcán". Esta aparición causó gran revuelo en Santiago Xalitzintla, lugar donde vive don Rodrigo y, además, muchos problemas, por lo que hasta hoy dicha entrevista no se ha publicado completa.

la misma entrevista.

En tres partes se han organizado estos trabajos que al principio pudieran parecer tan disímbolos. Dicho orden depende de la temática abordada. A su vez los temas se han dispuesto en jerarquía, es decir, de lo más general a lo más puntal. Iniciamos con un tema que en una mirada rápida poca relación tendría con la ciudad: los volcanes. Sin embargo, quienes vivimos aquí sabemos que nuestros horizontes y límites espaciales se encuentran en ellos; así pues, los volcanes se convierten en elementos significativos del paisaje urbano poblano y del territorio en el que enraíza nuestra urbe.

Proseguimos con la segunda parte dedicada a la ciudad en sí en el sentido más estricto, donde se presentan varios testimonios, todos relacionados con el centro histórico con el fin de ilustrar ya no la belleza ni la historia de nuestro patrimonio edificado, sino la complejidad cotidiana que en su interior se cuece.

Para finalizar nos centramos en la vida del Barrio de los Sapos. La complejidad de usos, de actores y de rituales, así como las múltiples transformaciones (formales y funcionales) que a lo largo del tiempo éste ha sufrido conforman el objetivo final de esta última parte.

La primera parte, denominada "Más que un volcán. Voces que trascienden el paisaje", está dedicada, como hemos dicho, a los volcanes. Aunque amurallada por la Sierra Blanca que conforman los volcanes, la Angelópolis suele vivir de espaldas a ellos, creyéndose más cerca del Cielo que de la Tierra, sin reparar en la vida que se da en las entrañas y la piel volcánica.

Pese a este olvido, de vez en cuando, el clamor del centro de la tierra se deja oír por la boca del Popocatépetl: la tierra se estremece, los ciudadanos se sacuden y vuelven los ojos

al coloso temerosos y estupefactos. Sólo en esos momentos los habitantes de la ciudad de los Ángeles recordamos que nuestra urbe tiene su ancla en un suelo rebelde, movedizo, inquieto que hace que nuestra presencia en él sea en todo momento incierta.

Suelo que además de sacudirnos nos provee de lo necesario para la vida. Este suelo lleno de símbolos, significados y presencias se convierte así en territorio. Es en él donde la ciudad adquiere sentido y sustento gracias a las barrancas que rodean la ciudad, a los cerros que la protegen de vientos y tempestades, a los ríos que la hidratan y a los volcanes que le proveen suelos fértiles.

Para los habitantes de Santiago Xalitzintla, en cambio, su relación con el territorio que los hace posibles es mucho más cercana y consciente. Para ellos que viven en las faldas del Popo éste es mucho más que un límite, o un bello perfil que enmarca cúpulas chispeantes, torres perforadas y chacuacos humeantes. El volcán es una presencia viva, es un ser, es el mundo donde viven, el alma que los guía. Sin él la vida no es posible. Él dispone, permite, y da sentido a sus existencias.

Tres son los testimonios² que se recopilan en esta parte. Todos ellos voces de Santiago Xalitzintla que nos hablan del volcán desde diferentes puntos de vista. Uno, el de la esposa del mayordomo de San Miguel, Victoria, quien relata cómo son las ofrendas que se le hacen al volcán; el otro es el de doña Porfiria, la hermana del *tiempero* (don Esteban), aquel que sabe cómo y cuándo rezarle, qué ofrendarle, cómo bailarle y pedirle al volcán para que él

² Todos ellos fueron recopilados el 17 de febrero de 1995 en Santiago Xalitzintla por las antropólogas Carmen Bravo y Mireia Viladevall.

les permita vivir. Por último, se presenta el testimonio de don Rodrigo Agustín, a quien a principios de 1995 “se le apareció el volcán” sacudiendo sus creencias (pues él es mormón) y formas de ver la vida de los habitantes de Santiago.

Cada uno de estos testimonios nos habla de cómo se piensa y se vive el Popocatepelt desde sus faldas. Nos comenta de tradiciones y creencias cuyos orígenes se pierden en el tiempo. A su vez, nos hace referencia a realidades más próximas en el tiempo que llevan de la mano nuevas visiones y creencias más cercanas a la modernidad. Visiones y creencias —todo hay que decirlo— que contrastan brutalmente con la barroca realidad de Xalitzintla causando angustia a quienes las sustentan, y malestar a aquellos que no las comparten.

Todos los relatos tienen al volcán y a la fe como ejes sobre los cuales se desarrolla la narración. Dan cuenta de un pasado antiguo que se mezcla con realidades más cercanas. Todos constatan el peso de la fe en la manera en que la gente se explica el mundo y todos ellos parecen decirnos que sin ella es imposible entender lo que nos rodea: la naturaleza que nos da vida y de la cual somos parte.

La segunda parte, titulada “Del monumento a la piel”, ofrece una serie de imágenes instantáneas que pretenden descubrir la cotidianidad que se entreteje en el centro de nuestra ciudad entre piedras, monumentos, calles, plazas e iglesias. La idea es ir más allá de la visión histórico/monumental de nuestra urbe y recuperar la visión de quienes la viven, la piensan, la disfrutan o la sufren. Para lograr lo anterior contamos con siete testimonios, todos ellos destellos, retazos o jirones de una realidad netamente urbana, los cuales pretenden dar idea de la complejidad que en ella se produce.

Por su parte, Everado Morales nos ofrece la visión del

arquitecto, de aquel que imagina la ciudad y que además tiene la posibilidad de transformarla físicamente. Así pues, expone su experiencia en los trabajos que se realizaron en el zócalo de Puebla entre 1960 y 1962 y que le dieron la cara que hasta hace poco conocíamos.

El bolero Manzanita, en cambio, nos habla de un oficio muy viejo ligado al corazón de la ciudad. La importancia que para los poblanos tienen los zapatos bien boleados queda reflejada en este testimonio que, además, da cuenta de la Puebla de las alacenas en los portales.

Don Antonio Álvarez nos acerca a una presencia tan antigua como Puebla misma: la presencia de los españoles en los años cuarenta y cincuenta. A qué se dedicaban, cómo se organizaban, qué los distinguía de los demás, qué fiestas celebraban, son preguntas a las que don Antonio da respuesta.

La experiencia que relata el arquitecto Ambrosio Guzmán en esta entrevista nos lleva a otra de las grandes y antiguas presencias en el centro de la ciudad: la de la Universidad Autónoma de Puebla. Presencia que se acrecienta a partir de los años ochenta con la adquisición, por parte de esta casa de estudios, de viejas casonas para convertirlas en sedes universitarias, con la intención de mantener dicha presencia en el centro de la ciudad, y ayudar a proteger el patrimonio edificado de la misma.

Don Eugenio Casián nos abre los sentidos hacia un mundo tan poblano como el de sus dulces. ¿Cómo pensar o explicar a Puebla sin éstos? Amistosamente don Eugenio nos descubre ese misterioso y fantástico mundo de la dulcería poblana y nos cuenta qué significa ser dulcero en esta ciudad.

Por su parte, doña Natalia y don Ángel relatan la difícil vida de aquellos que se dedican a los fierros: los fierreros. Fierreros y herreros son oficios que poco a poco van ca-

yendo en el olvido en esta realidad que ha hecho de los prefabricados su vida. Oficios que, sin duda, tienen una de sus mayores clientelas en los pequeños agricultores de las cercanías de Puebla, y en los maestros albañiles. Don Ángel y doña Natalia hablan de un oficio pero también de una ciudad que le daba servicio al campo del cual vivía, a la vez que nos muestran lo difícil que se hace la vida en una economía cada día más globalizada.

Para terminar esta sección, un testimonio agrídulce que hace referencia a uno de los orgullos y distintivos de Puebla: la industria textil. Para esto contamos con los testimonios de don Miguel Moreno Gutiérrez y don Saúl Sosa, ambos trabajadores de La Constancia Mexicana, una de las primeras fábricas textiles de América Latina, que cerró sus puertas definitivamente en 1991.

En la tercera parte, titulada “El Barrio de los Sapos”, se profundiza en la vida cotidiana de uno de los barrios más emblemáticos de la ciudad, el cual ha sufrido intensas transformaciones tanto físicas como sociales, económicas y culturales en las últimas décadas.

Como es fácil observar, se habla de Puebla en un sentido más amplio y no sólo de la parte restringida al primer cuadro de la ciudad. Se habla de una urbe que engloba y rebasa sus propios límites construidos y que llega a aquellos volcanes que definen su territorio; sin olvidar por esto la vida puntual de barrio, de uno de los tantos barrios históricos que junto con la traza española formaron lo que hoy conocemos como Puebla de los Ángeles.

Sólo me resta agradecer a los entrevistados, finalmente coautores de este libro, porque además de su tiempo nos regalan su experiencia, su sentir y sus palabras. También agradezco la confianza que me otorgaron las antropólogas Carmen Bravo Escalante y Adriana Guerrero Ferrer pues

compartieron conmigo sus conocimientos, amigos y vivencias y gracias a ellas conocí a cuatro de los entrevistados.

Primera parte

MÁS QUE UN VOLCÁN.
VOCES QUE TRASCIENDEN EL PAISAJE

ENTRE MILAGROS Y SANTOS. LAS OFRENDAS*

Bajo el silencio del volcán la vida transcurre rociada de milagros, santos y apariciones. Sin embargo, el silencio, de vez en cuando se rompe con alguna explosión al tiempo que detrás de una gran humareda el volcán se aparece a creyentes, incautos o escindidos. Así, el Popocatépetl reaviva aquellas fuerzas sub-terráneas que pugnan dentro de la comunidad de Santiago Xalitzintla. Las creencias mueven montañas, y las montañas mueven a los hombres.

Desde su altar repleto de veladoras y focos, ocupando el lugar central de la pieza, justo arriba de la grabadora negra de mil luces que se prenden y apagan al compás de un son norteño, San Miguel nos vigila y custodia a la mujer de su mayordomo. Con tono sereno y pausado, doña Victoria de Pérez, comienza a descubrirnos la complejidad que esconde el suelo que pisa:

El volcán se le apareció a un muchacho que es de otra religión. O sea que ellos no creen en eso. Son mormones. Y este muchacho que es mormón lo encontró y el volcán le pidió su ropa, pero le dijo que era talla 40. Él vino y lo contó a otras personas. Y esas

* Entrevista a la esposa de Andrés Pérez, realizada conjuntamente con la antropóloga Carmen Bravo en Santiago Xalitzintla el 17 de febrero de 1995.

personas como que no le creían porque decían que por qué a él se le apareció si es mormón.

Luego los mayordomos de cofradías platicaron y empezaron a juntar todo lo que se pudiera. Compraron la ropa y le llevaron un traje de pura talla 40. Todo el pueblo de Xalitzintla cooperó. Le llevaron ropa y sombrero y todo lo que se necesita para vestir. Los de San Nicolás no sé qué le llevaron. Otro pueblo, no sé cuál, le llevó un traje de danza.

Las cooperaciones para las ofrendas sólo las damos nosotros, los mormones no. Ellos se dicen hermanos, bueno nosotros también nomás que nos dijeron: ¿cómo están pidiendo eso (lo de la ofrenda) si ése está loco? (Se referían al mormón al que se le apareció el volcán.) Que no lo creyéramos que porque estaba loco. Entonces no cooperaron. Nosotros sí creemos porque cuando nos dicen que van a cooperar, pues sí damos.

Cuando vamos a hacer ofrenda al volcán llevamos tamales, tortillas, alguna comida, la llevamos y la ponemos calentita. O allá lo preparan y lo hacen y calientan y luego luego se pone. Se puede llevar tortilla azul, tortilla blanca, tortilla roja, como hay cuatro clases de maíz, son los que se llevan y todo cosas nuevas porque no se le va a poner el plato que está uno usando. Después esas cosas ahí se quedan. Allí se come y se toma después de la ofrenda.

Últimamente ha venido gente de otros pueblos a darle ofrenda al Popo: los de San Buena, de San Gregorio, y de aquí. Los que quieren van a la ofrenda. La última vez fueron como ocho carros o más.

La volcana también tiene fiesta: el 3 de mayo le van a dejar flores, y el cumpleaños de ella es el 30 de agosto. Pero ahí vas si quieres. Aquí ya es más...

Nosotros, desde que nacimos ya viene la costumbre de llevarle ofrendas al volcán. El mayordomo que le dicen el de cofradías tiene que llevar la imagen del Sacramentito, el que está acostado. El encargado es a quien le toca ir al volcán junto con el de una imagen que se llama el Chalmita que es la imagen de la volcana. O sea que la mayordomía del volcán es la de Sacramentito, y la de la volcana: del Precioso, el Chalmita. Pero ahorita ya van a cambiar los mayordomos. Éstos que digo ya tienen la obligación de ir a las ofrendas. Llevan flores para adornar las cruces, llevan

sus cazuelas de mole, un guajolote, o tortilla. Allí se les lleva y mucha gente va a acompañar.

Aquí hay las mayordomías de: Virgen de Guadalupe, Corazón de Jesús, Santísimo, Virgen de la Purísima, San Miguel que lo tenemos aquí presente y otro, San Miguel de Mayo (que es el que tenemos aquí en el altar), San Juanito, que es San Juan de Junio, y San Pedro. Para todos estos hacemos la fiesta aquí.

Aparte de las ofrendas que le llevamos, el volcán, nos ha hecho el milagro del agua para nuestro campo y se le hace una misa para que nos llueva. El 12 de marzo, ese día es San Gregorio y según la costumbre, ese día, le van a dejar su ofrenda. Se le llevan flores o un molito y se le ofrece. Y otro día es el 3 de mayo que van a adornar todas las cruces.

Las ofrendas se llevan a un lugar que hay como una cascadita así, pero juntito hay una forma como de zaguán y allá se le ofrece, allá se deja la ofrenda. Donde se hacen las ofrendas no es capilla, nomás es como una portada. Nadie la hizo. Hay un señor que es el tiempereo, él mismo lleva a la gente; y cuando van a pedir el agua, por ejemplo el tiempereo, ahí en la forma de zaguán, en la parte de arriba, empiezan a salir gotitas de agua si es que piden y hay agua, pero si es que no hay mucha agua aunque la pidan no sale.

Es el tiempereo el que dice qué cantos y qué rezos se le ofrecen al volcán. Tiene unos cantos como de iglesia. Allí llevan un órgano y bailan una danza los que van nuevos; o llevan un palo y le van torzando las cintas. Dicen que el volcán es viejo, por eso le llevan sus ofrendas.

El volcán no nada más se aparece en este pueblo, en otros hay gente que dice que lo ha soñado. Una persona lo soñó y dijo que le había preguntado que por qué lo habían dejado solo; que no nos asustáramos y que no nos saliéramos, que nos quedemos aquí porque no va a pasar nada.

Un señor, cuando nosotros nos habíamos ido albergados, dizque lo encontró en el campo y le dijo qué quería... bueno no lo contó bien, pero le dijimos que por qué no iba con el presidente y le contaba bien para a ver si nos organizábamos y le llevábamos algo. Dijo que le había dicho el aparecido que necesitaba cosas frescas porque sus pies estaban quemados, tenían harta vejiga.

Mucha gente dice que el gobierno nos vendió. Que vendió de

aquí a San Buena a los japoneses, y por eso dicen que vienen a echar muchas bombas. Dicen que las echan para que nos asustemos y nos salgamos a fuerzas, y no sabemos si es verdad, o no.

DOÑA PORFIRIA Y EL VIENTO. EL DESALOJO*

Aun año y el olvido de nuevo. Acá el olvido es eterno. Allá, en el regazo de Gregorio, el amor es atemporal.

Doña Porfiria lo sabe porque sabe de otros rezos; de otro espacio donde dioses, volcanes, muertos y vivos se confunden; porque sabe de otro tiempo donde en un instante se funde el presente con el pasado y el futuro.

Porfiria, hija de Santiago Xalitzintla, hermana del tiempo y analfabeta porque nunca aprendió a leer, sabe el idioma de toda esa nube que sale y se convierte en aire a golpes de bostezos de Gregorio Popocatépetl.

La gente viene y pregunta, pero no entiende. Estamos en las manos de Dios. Él nos dio la vida, para vivir o morir. Nosotros somos humildes... como dijo Dios. Él quiere gente sencilla, humilde y no gente rica, presumida que son los más tímidos. Por eso, con pequeña cosa se echan para atrás, se echan a correr.

A nosotros no nos da miedo el volcán, por eso nos quedamos aquí cuando nos vinieron a desalojar. Como el gobierno vino a sacarnos, nosotros entramos a la iglesia y hasta las cinco o seis de la mañana del otro día no salimos. Había mucha gente. Entonces entraron los del gobierno para sacarnos, pero nosotros les dijimos que no podíamos salir, que tenemos fe en Dios y en

* Testimonio recabado conjuntamente con la antropóloga Carmen Bravo, en Santiago Xalitzintla el 17 de febrero de 1995.

Nuestras Imágenes. Ese día nos quedamos haciendo oraciones. El pueblo estaba triste, las calles vacías; una persona que veías por acá y otra hasta allá.

Luego le rezamos también al volcán, sus rezos son puro en español. Vivimos en este tiempo, en el Nuevo Testamento, los que hablan otro idioma es porque crecieron con el Antiguo Testamento. Nosotros somos del Nuevo, ya nos enseñaron a hablar así.

El volcán entiende lo que le hable uno. Lo estamos viendo. El 26 de enero fuimos a dejar una ofrenda al volcán. Fuimos los del pueblo a dar gracias. Antes había gente que se negaba a pagar, a dar las cosas para la ofrenda. Pero ese día fue mucha gente. Los que hablaban mal del volcán fueron los que más, por el miedo salen adelante.

Le llevamos naranjas, melones, refrescos, ropa... incienso que es lo principal por lo de las bolitas: cinco padres nuestros y una bolita del rosario; cinco padres nuestros y echas una bolita de incienso al sahumero. El humo protege al volcán, a todos, eso es lo que Dios quiere.

Hubo quien se asustó mucho, nunca nos había pasado cosa similar. Sólo mi padre, que murió hace como tres años y que había nacido en 1894, sabía. Una vez nos platicó que en el año 1920 o 21 pasó como ahorita, que el volcán echó ceniza. Eso duró como un año, pero no pasó nada.

El volcán ahora saca tanto humo porque la roca de allá arriba se abrió, creo que se la rompieron, por eso sale demasiada nube. Y es que el volcán tiene bastante agua allá abajo. Tiene tanta que mantiene a San Baltazar, a San Pedro Atlixco, a Santa María Acuexcomac y a Tlameyaya.

Con lo del humo, nos vinieron a avisar que tengamos mucho cuidado, que nos tapemos mucho porque el aire es malo. ¡Uy! Toda esa nube que ven, sale y se convierte en aire. Nosotros somos nativos de acá y sabemos que el aire hace bien. Cuando vienen los aires o las tempestades prendemos la cera, el incienso y el romero que se bendijeron el 2 de la Candelaria, lo echamos al sahumero y lo sacamos afuera. Al rato pasan las aguas.

Somos pocos de fe, hay que hacer por Dios, no por la gente. Porque si hacemos caso a la gente, ¿de qué sirve nuestra fe? Ya si Dios dice: nomás acá, no más. Estamos a su voluntad. ¿Entonces para qué nos vamos a largar?

CON EL DESPERTAR DE UN VOLCÁN: LA APARICIÓN*

Confusión. Miedo. Humo en el cielo. Humo en la cabeza que consume la calma. ¿Persona?, ¿farsante?, ¿ratero?, ¿ser sobrenatural?, ¿volcán? Muchas dudas, quizá demasiadas. ¿Un sueño?, ¿una locura?, ¿una alucinación? Ni él mismo sabe exactamente qué pasó. Él sólo vio, escuchó y contó aquello que le había pasado. Y dentro del pueblo se despertó la envidia, la negación y la acusación. Demasiadas cosas para un hombre que lo único que anhela es vivir en paz.

Sólo hay un Dios, así se lo han dicho; sólo un espíritu, sólo un ser que lo sabe y lo puede todo. Le dijo que no era Dios, que también dependía del Ser Supremo. ¿Quién era?, ¿qué quería?, ¿por qué se le apareció a un maestro albañil mormón, casado con tres hijos, que iba por la leche de su hija más pequeña?

Gregorio. Así le dijo que se llamaba el aparecido. Felicitó al maestro albañil por ser tan valiente y le hizo prometer que contaría a los del pueblo todo lo que allí había pasado.

Así lo hizo, y mira hasta donde ha llegado todo... Hasta lo querían meter en la cárcel por dar una falsa alarma. Nadie está conforme. Ni los que creen en esto, ni la auto-

* Entrevista a don Rodrigo, 17 de febrero de 1995, realizada conjuntamente con la antropóloga Carmen Bravo.

ridad (que ya no sabe para donde jalar), ni los mormones del pueblo que no pueden admitir que a uno de los suyos se le haya aparecido Gregorio, que se lo haya creído y, lo que es peor, que lo haya contado.

Don Rodrigo, al pie de la obra donde trabaja y con la mirada perdida en el perfil del volcán, cuenta:

Iba bajando a San Nicolás a las 6:30 de la tarde, iba caminando. Llegué a San Nicolás y compré un mandado de leche en polvo para mi hija, para mi bebé. Mientras yo venía de regreso cerca del lugar llamado Puente, allí como a 150 metros, en una curva, encontré un hombre que venía como una persona ebria. Mientras venía, yo meditaba y pensaba: ¿quién será este hombre? Cuando pasábamos juntos yo lo saludé, le dije: “Buenas noches señor”. No me contestó. Pero un paso más adelante se detuvo y me llamó:

—¡Muchacho! —me detuve y escuché su voz.

—Muchacho, ¿quién eres?, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Rodrigo, servidor de usted. ¿Y usted?

—No, pues si ya sabes cómo me llamo.

—No, yo no sé cómo se llama usted.

—Me llamo Gregorio Popocatépetl —lo dijo con voz fuerte.

Entonces yo le dije:

—¿Usted se llama Gregorio Popocatépetl?

—Sí.

—No creo. No puede ser esto. Esto yo no lo creo —respondí.

Entonces él me dijo:

—No me crees, pero yo soy. Nomás que mi cuerpo está allá.

Sólo estoy aquí en espíritu.

Y yo le dije:

—No es posible estas cosas, ¿qué está pasando?

Él me preguntó:

—¿Te espantas?

—No, no me espanto.

—¿Por qué no te espantas?

—Pues, porque yo conozco cierta religión. Francamente tenemos el orden desde el Cielo hasta abajo la Tierra, como van las cosas, como puede uno vivir, con la doctrina. Por ese motivo no

te creo.

Entonces él me dijo:

—Salúdame.

Y yo le saludé, y pues sí sentí que era, pssss, de carne y hueso, pero él me dijo:

—Yo soy espíritu.

Pero yo pude ver que no era espíritu, se veía como un tipo de persona; se sentía como de carne y hueso. Por eso me entró la duda y pensé entre mí: “tal vez puede ser una persona que será como ratero o será un vago”. Pensé: “salvaré la vida solamente porque no era otra cosa”, y le dije:

—¿Usted se llama Gregorio?

Él me contestó:

—Sí, me llamo Gregorio, así como me ves.

—¿Usted de dónde viene?

—Yo vengo de aquel cerro que tú ves, allá, derecho.

—Pero ¿cuál cerro?, hay muchos, yo veo muchos, no se cuál de ellos es usted.

—Yo soy el volcán, muchacho. No te espantes. A ver, salúdame.

Y lo volví a saludar, y sentí que era persona normal, y me entró más duda. No puede ser espíritu, es persona normal, yo siento que es persona normal; que estaba helado, tal vez porque venga caminando y el viento... Era una persona, yo lo estaba mirando. Era de la estatura mía, un poco me ganaba él. Su cara era delgada, bien delgada, no he visto una persona de ese corte. Yo lo vi que no era ni de acá ni de San Nicolás. He andado 30 años aquí y nunca lo había visto. Y le dije:

—¿Y ‘ora qué?, ¿cuál es su propósito? Señor, o qué.

—¿Sabes? El motivo por el que yo vengo bajando, por el que salí de mi casa es que vengo a ver a este pueblo, que ahorita precisamente pasé a este pueblo... Tú eres de aquí (señalando el pueblo).

—Sí, soy de aquí.

—Y vas para allá.

—Sí voy para allá, pero usted ¿por qué salió de su casa?, ¿cuál es su propósito?

—Mira, mi casa es allá (señalando el volcán), y ese es mi cuerpo. Yo, solamente soy espíritu, ¿quieres pegarme?, ¿quieres

defenderte de cualquier manera?

Entonces yo le dije:

—No, no es necesario. Si usted no es ratero, si no es usted gente mala, no tengo por qué hacerle a usted daño; ni quiero que usted me haga daño. Quiero que nos entendamos y que ni usted ni yo nos hagamos daño.

Entonces él me dijo:

—¿Sabes? Pasé al pueblo, buscaba yo al presidente pero no lo encontré, y por ese motivo ya salí de allí y vengo ahorita para acá, y me encuentro ahorita contigo y te quiero decir que le digas a este presidente que son siete años que no me han vestido, y que todos estos pueblos como son Xalitzintla, San Nicolás de los Ranchos, San Jerónimo Tecuanipan y todos esos orilleros, esas son mis faldas, son mis pies, son las plantas de mis pies. Entonces toda esa gente no me ha colaborado con mi ropa. Mira ahorita cómo estoy.

Traía un pantalón roto como que ya se cae la tela, una cosa como bien roto, bien acabado. Traía una camisa, una cuadrillé de color rojo y una playera blanca adentro. Él me dijo:

—Mira, ¿entonces, sí le vas a avisar al presidente, o no?

—Sí.

—Entonces que me compren mi ropa pero te voy a dar mis tallas.

—Ajá, qué talla.

—Que me compren mis zapatos del número 26, que me compren mi corbata número 30, mi sombrero tejano también número 30, y también mi camisa 42 y mi pantalón 42.

Entonces yo pensé: “¿Cómo es posible que estas cosas me las esté pidiendo este hombre?” Pero yo en sí solamente meditaba pero no lo decía. Pero me entró más duda. No sé de dónde viene, y le volví a decir:

—Bueno, y entonces ¿por qué ahora están pasando estas cosas? Si es usted volcán, a ver, quiero que me explique por qué están sucediendo estas cosas que ahorita están pasando.

Y me dijo:

—¡Ay muchacho! Te quiero decir que no te espantes pero nada, nada, de nada.

—Pero ¿por qué no nos vamos a espantar? Con las cosas que estamos mirando, psss, francamente la gente se tienen que

espantar.

—¿Y por qué se salieron?

—Pues precisamente. Nos salimos por ese motivo, porque el gobierno tiene a su responsabilidad el pueblo. Entonces como es gobierno y como la ceniza llegó a caer hasta Puebla, pues precisamente allí se alarmó todo. Entonces el gobierno corre con todas sus unidades para respaldar al pueblo, y vinieron por la gente y se la llevaron en la noche. Con eso de que sucedió entre la 1 y las 2 de la mañana. Pues llegaron los camiones y se llevaron a la gente. Ahorita ¿cómo quiere usted que no nos salgamos si sigue haciendo esas cosas?

Entonces él me dijo:

—Bueno, mira, te voy a decir estas cosas.

—Ajá, cuáles son los motivos.

—Mira, el problema más grande que tengo ahorita es que vinieron unos negros, esas personas negras, vinieron y me trajeron bombas y me echaron esas bombas en la cabeza y se partió mi cabeza. Ahorita siento mi cabeza no tengo nada, pero mi primera cabeza está allí, quiero que me entiendas.

—¿Cómo es posible que esté usted aquí diciéndome ciertas cosas si usted está allí? (señalando el volcán).

—Sí hombre, si yo soy espíritu.

Pero aunque yo estaba platicando, yo platicaba inseguro, estaba yo sacándole todas las cosas que quería.

—Bueno —le dije— ajá, y ¿qué pasó con esa bomba?

—Me la echaron en la cabeza y se rompió, entonces, por ese motivo empezaron a salir esas cosas. Y como no he comido tengo bastantísima hambre. No he comido en siete años, nada se compadecen de mí. Ustedes solamente viven y no saben quién soy yo. Te voy a decir una cosa, ¿sabes cómo se llama mi esposa?

—¿Yo?, no sé.

—Entonces ¿cómo le conocen al cerro que está allí? (señalando a la volcana).

—Solamente sé que se llama Iztaccíhuatl y es todo (riendo). No sé yo.

—No se llama Iztaccíhuatl, se llama Genoveva Iztaccíhuatl.

—¡Ah caramba! —yo como que me estaba sonriendo, híjole esto no puedo creerlo.

Me volvió a decir:

—Oye muchacho, ¿por qué no te espantas?

—Pero ¿por qué me voy a espantar?, le estoy diciendo a usted que se me hace persona buena, entonces por qué esconderme. Ahora, si es usted un ratero pues me largo, me voy.

—No, no soy ratero. No te espantes, no te voy a hacer nada, pero nada de nada.

—Precisamente, por ese motivo; yo sé que no debo nada, por eso no me espanto.

Entonces le pregunté:

—¿Por cuánto tiempo va tener que estar saliendo esas cosas?

—No te puedo asegurar. Solamente te digo que va a estar saliendo pero no les hará ningún daño, nada, pero que nada les va a hacer. ¿Se han sentido malas?, ¿qué han sentido ahora que han estado ahí?

—Bueno, por las mañanas sentimos un olor muy feo, como de pólvora, como de cohetón o algo así. Eso es lo que sentimos por las mañanas.

—Pero no tengas miedo, porque no va a pasar nada, ya les dije, ya te lo dije; solamente son cenizas, muchacho, no te espantes, y les dices al pueblo que no les va a pasar nada.

Entonces yo pensé y dije: “No, no puedo decir todas estas cosas a la gente y no. Ya saben quién soy yo, y entonces... bueno, pero ahí haré mi parte”. Creo que él lo presentía y me dijo:

—¿Me cumplirás lo que te estoy diciendo?, ¿avisarás al presidente?

—Sí, voy a avisar.

—Pero bien de lo que te digo.

—Parte de lo que usted me dice les diré, pero solamente con una condición.

—¿Cómo de qué?

—Míre, solamente cumpliré en avisar. Pero que usted diga que yo vaya a hacer ciertas cosas, pues francamente no puedo ir, porque yo pertenezco a una religión y esa religión con lo que usted me está diciendo, pues francamente no concuerda. Por ejemplo, dice usted que tiene hambre, le van a llevar comida, ¿quiere usted comida?

—Sí, quiero comida.

—Ajá y ¿luego?

—Pues ahí a ver si traen una voluntad de una botellita por ahí.

—Ahí está lo serio, serio; que esto va medio mal. Diré al presidente solamente que usted necesita ropa y que son siete años que a usted no lo han vestido y que usted tiene hambre. ¿Está claro?

—Yo lo que te pido es que cumplas con avisar y eso es todo, ya por la religión, no importa, no vas a tener problemas por lo de la religión.

—Bueno, está bien.

—Entonces ahorita no me vas a dar algo pa' comer, yo tengo hambre.

—Híjoles... ahorita usted está mirando, yo solamente traigo leche, no traigo un pan.

—Hasta eso te voy a decir: quiero unos cerillos.

—Ah, qué caray, ¿y para qué?

—Pa' fumar. Tengo demasiado frío. Mira cómo estoy. Anda, vé.

A mí me sobraban unos centavos, como unos 5 o 6 mil pesos. Yo pensaba en mí mismo: "a este hombre lo voy a convencer para que vaya al pueblo para arriba". Entonces le dije:

—Oiga usted, ¿tiene hambre?

—Sí, ya te dije, ¿cuántas veces te tengo que decir?

—¿Por qué no mejor vamos a mi casa y ahí le damos a usted un taco? ¿Tiene usted frío? Tengo una cobija nueva, se la doy a usted pa' que se tape y se va con la cobija. ¿Qué le parece?

—Francamente muchacho, no puedo regresarme.

—Pero ¿por qué no?, si ahorita ya tardamos aquí platicando, ¿por qué no regresar ahí media hora, una hora?

Pensaba que si él regresaba, no lo llevaba a mi casa, lo llevaba yo directamente a la Presidencia, al presidente directamente lo llevaba yo. Ese plan tuve en mí mismo. Me dije: "Sí, ahorita se va conmigo, ahorita lo voy a entregar a la Presidencia, para que declare". Pero él me dijo:

—Ay, muchacho, yo quisiera pero no puedo, porque sabes —miró pa'l Cielo— ya nada más me quedan cuatro puntos por correr, para dar la vuelta a todo este alrededor y llegar a mi casa. Ya mi esposa me está esperando aquí. Ahorita que usted se fue a comprar, ahorita vino.

—'Ta bien.

—Entonces ¿le dirás al presidente?, sí o no.

Yo me negaba.

—Quién sabe.

—Me vas a obedecer, o no. ¿Me vas a hacer el favor que te estoy pidiendo?

—Bueno, pues ultimadamente... sí, voy a entregar el informe. Pero lo más principal es: ropa, comida. Pero usted me dice que quiere su botella pero eso es problema de ellos, si quieren colaborar que la lleven. Si no solamente les digo que usted tiene hambre y quiere vestido. ¿Está de acuerdo?, o no.

—Sí, pues sí. Con lo de tu religión no te va a pasar nada. Ahorita irás para tu casa y no te va a pasar nada, irás completamente bien. Nada de miedo tendrás. Salúdame otra vez.

—Y lo saludé.

—No te espantes.

—No me espanto.

—Bueno, eso es lo que me gusta, que no se espante. Porque esa vez que se salieron me dejaron solito, muy solito me dejaron.

—Y los que estábamos ahí.

—Pero eran poquitos, se fueron la mayoría y me dejaron muy triste.

—Entonces ¿no nos va pasar nada con la ceniza?

—No les va pasar nada, completamente nada. Solamente son cenizas y eso les va servir hasta para el suelo. Pero de miedo no tengan, ni miedo ni vuelvan a salir.

Y recio dijo:

—Si se vuelven a salir... no sé qué haría, si vuelven a salir.

Entonces pensé y le dije:

—Ajá, Gregorio Popocatépetl, su nombre ¿es así?

—Ya se te quedó.

—Si usted dice así, pues asina se me quedó.

—Entonces ¿su esposa se llama Iztaccíhuatl?

—Noooo, Genoveva Iztaccihualt.

Entonces pensé: "¿por qué a fuerza este hombre me tiene que estar haciendo así?", y dije:

—Así lo diré.

—Así lo vas a decir pero eso sí, por favor no se te vaya olvidar, por favor, que no se te olvide. Y ahorita ¿qué pasó?, ¿no

me vas a dar algo?

—Algo ¿de qué?

—De comer, tengo hambre.

—Vamos ahorita para San Nicolás ya que el pueblo está más lejos. Vamos ahorita a la tiendita de aquí a la salida, estamos más cerca. Entonces ¿quiere cerillos?

—Sí, quiero cerillos ahorita para que yo fume un cigarrito. Ahorita lo que estoy echando, la ceniza, es como si estuviera fumando. Ya cuando me ven que sale humo es que estoy fumando, no tengan miedo.

—Ah bueno, está bien, entonces ¿seguros vamos a estar aquí?, ¿nada de miedo?

—Nada de miedo tengan ya; ni vuelvan a salir, porque si se van, entonces sí, quién sabe.

—Ah, carambas, entonces si nos salimos ¿qué puede suceder?

—No sé. Me pueden hacer otra cosa. De otros países vienen y me echan... por ejemplo lo que te dije, me echaron la bomba y se partió mi cabeza y por ese motivo estoy sacando humo. Y mira, por saber, me dejaron este billete.

Traté de conocer el billete pero no lo alcancé a conocer. Me lo entregó él mismo, estaba la Luna pero pasaba con esto del humo estaba medio borroso y no pude conocer el billete.

—Este billete me dejaron los negros como limosna —me dijo—. Pero de qué sirve que me den limosna si me echan una bomba. Nada sirvió su billete.

—Rómpalo usted.

—No, lo voy a preservar.

—¿De qué cantidad es?

—No lo puedo decir.

—Conózcalo.

Pero no, hójole, en ese momento estaba todo borroso. Apenas si nos alcanzábamos a ver.

—Bueno, entonces tiene hambre.

—Sí, tengo hambre —me contestó.

—Entonces vamos a la tiendita de aquí abajo.

—Mira, para que veas que no soy una persona mala, dame tu bolsa y yo la llevo.

Y fuimos caminando hacia abajo, llegamos a la salida de San Nicolás y me dijo:

- Aquí te espero, porque no puedo entrar.
Fui a comprar, llegué y pregunté:
—¿Hay pan?
—Sí —me dijeron.
—Pues deme por ahí unos cuatro.
—¿Los refrescos de envase de bote o de plástico a cuánto son?
—Solamente estos chiquitos —me dijeron.
Eran unos *Jumi*, o como se llama.
—Esos valen dos mil.
—Pues bueno a ver uno de ése y cuatro piezas de pan.
—Sí, aquí está —dijo el de la tienda.
Y de relajo que me dice:
—¿Qué dice el volcán?
Y yo le dije:
—Pues dice que quiere ropa, que quiere comer.

Se sonrió el hombre de la tienda: “ropa, comer...” se reía. Pensé: “¿Será un ratero que solamente por un simple pan que me pida, que tiene hambre, y no lo quiero ayudar, me mate? Preferible mejor soltarle su pan y darle sus cerillos que quiere. Y vale más cada quien por su camino. Pero yo no voy a permitir que me quite la vida. Que tal si na’ más por no pagarle un pan que saque una pistola y me dispare, o que saque una punta y me pique, voy a tener que morir, nomás por ser como dicen un poquito tacaño o codo. Por ese motivo dije: “No, preferible: le doy lo que quiere”. Cuando llegué de la compra vi que ya estaba de otra ropa, estaba de blanco, con la playera que tenía adentro, y le dije:

- A dónde estás con esa.
—Es que vino mi esposa y me dijo que tenía frío y le di la camisa. Te digo que no tenemos ropa.
—Entonces tiene frío. —Yo me saqué mi camisa y se la di.
—Ahorita está ahí. No la puedes ver.
—Está bien. Aquí está el pan, coma usted.
Sacó un pan y se puso a comer. Llegó a la mitad y me dice:
—Y tú ¿no vas a comer?
—Bueno, pues también.
Agarré un pan y me puse a comer, por ahí nos sentamos a comer. Le dije:
—Coma usted, acábaselo.

—No, no puedo, se lo voy a llevar a mi esposa, se lo tengo que llevar a mi esposa porque ya te dije que tengo esposa, y como yo estoy comiendo y ella no come...

—¿No se lo va usted a acabar?

—No me lo voy a acabar.

Yo le insistí:

—¡Coma, usted!

—No puedo, me lo tengo que llevar —me dijo.

—Bueno, pues ande usted. ¿Esto es todo?

—No, falta, falta más. Mira, no tengas miedo, yo las explosiones las hago cada siglo. Ahorita va a venir otro, de aquí cinco o seis años le toca, pero tampoco les voy a dejar abandonados, ya les mandaré avisar de alguna forma. No teman, no se vayan a salir. Por favor no me dejen. Por favor no salgan de aquí.

—Oh, qué caramba.

—Yo te digo ahorita que no se salgan de acá, porque si se salen me estarían dejando solo. Si me dejan ustedes, yo estaría más triste, me quedaría solito. No quiero que me abandonen, no salgan de sus pueblos. Con esto no les va a pasar nada, no va a suceder nada.

—Bueno, entonces ¿segurito que no va a pasar nada?

—No va a pasar nada, te lo puedo asegurar.

—Bueno pues, a ver.

—Mira, yo incluso tuve una batalla con Pico de Orizaba. El Pico de Orizaba fue mi rival con mi novia Malinche. Por eso nos peleamos y él me voló la punta con su espada. Nos peleamos y me voló el sombrero. Por eso permanezco así como estoy. Pero él tiene la punta porque ese es su sombrero. Él es más grande que yo. Pero si ahorita queremos nos ponemos en la lucha, no más que no se puede porque están aquí en este pueblo y yo tendría que tapar este pueblo para hacer una lucha de ese tipo.

—Bueno... ¿fue así?

—Sí, fue así.

Entonces le dije:

—¿Es todo?

—Sí, es todo. Yo te digo que él se peleó conmigo y me voló el sombrero. Por eso estoy plano, el sombrero lo tiró para allá atrás. Por eso estoy pelón, siente mi cabeza.

—Sí, ya lo vi.

—Siéntelo para que veas

Y lo sentí, y le pregunté:

—Y ¿dónde dice que está partido?

—Pues allá está partida mi cabeza, mírala. Aquí soy espíritu y no está partida, ya te dije. Así son las cosas. Y, ¿se lo dirás al presidente?

—Sí, lo digo, ultimadamente sí lo digo, ya. Si acaso no llegase a colaborar el pueblo con lo que está pidiendo, ¿usted qué haría?

—No haría nada. Simplemente no tienen voluntad, tampoco les obligaría.

—Bueno, si acaso no colaboran yo lo que conozco es: vestir al desnudo, dar de comer al hambriento, esa es la doctrina base de Jesucristo. Usted se presenta de esta forma y entonces de mi buena voluntad, como diciendo es que me nace, entonces ¿dónde lo puedo encontrar?

—Mira, yo te espero. De Tlamacas pasas tres barrancas, allí hay una zacatera. Ahí te espero, pero si vas personalmente tú.

—Bueno, pero francamente no es que tenga miedo pero no sé... lo que pasa es que yo tendría que llevar seguridad, y por ese motivo no puedo ir solo, llevaría unas personas para poder llegar a ese lugar.

—Sí tú vas allá y yo te espero.

—Bueno y allí ¿cómo se va usted a aparecer?, así ¿cómo ahorita está?

—Tú nada más llegas y me gritas lo que te dije que me llamo y me aparezco de anciano con bastón. Pero tú mismo vé y grítame así como es mi nombre y yo ahí me aparezco: anciano con bastón, no como ahorita. No te vayas a espantar porque también me puedo aparecer de otra forma, también me puedo aparecer como un venado. Tú ya sabes, por eso te estoy dando ahorita las señas para que cuando llegues... o me aparezco anciano con bastón, o me aparezco como venado. Pero ya sabes, yo llegaría a ti, enfrente de ti, si es que llevas ese obsequio entonces me lo echas en la cabeza. Yo me las llevo para un lugar que es mi casa. Tú solamente me la pones.

—Ajá.

—Entonces en eso quedamos, si el pueblo no colabora, si es que te nace de tu buena voluntad.

—Bueno, 'ta bien. Pero si veo que el pueblo colabora tal vez

no vaya.

—Ta' bien.

—¿De por sí es volcán? —le volví a insistir—, o es una gente mala.

—No, yo soy.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Ahora sí ya nos despedimos, llegó el momento en que me tendré que ir.

—Ahorita por dónde se va.

—Aquí me voy a meter.

Nosotros estábamos enfrente de un terreno con zacate.

—Bueno amigo, ahora sí damos fin a nuestra conversación. Me voy, ya sabes que me tengo que marchar —me dijo.

—Bueno, ahí nos vemos.

—Salúdame.

Nos saludamos.

—Gracias por tu valentía —dice— porque no te pudiste espantar nada. Yo fui a hablar con otras personas, de momento se dejaron caer o se privaron, o se murieron, pero no me pueden aguantar. No se por qué usted aguantó esta conversación pero no cualquiera puede aguantar. Entonces en eso quedamos. Tú dile al presidente.

Nos despedimos con la mano y agarró y atravesó la carretera, atravesó el río y se fue a la zacatera así, fue quebrando zacates. Todavía lo miraba yo para saber si de veras se iba para allá o se quebraba, o se regresa... Ahí solititos, y cuando ya sentí, se me hizo muy noche. Y cuando llegué a mi casa eran las 10 y media de la noche. Entre las seis y media, siete, que bajé para que regresé de San Nicolás eran como las ocho, ocho y media de que me lo encontré y empezamos a conversar y de que acabamos de conversar eran las 10 y cuarto, hice como un cuarto de hora de ahí a mi casa. Esto fue un jueves 22 o 23 de enero porque el viernes vine a trabajar acá. Así fue la conversación con este hombre.

Le digo que se armó el ruido porque aquí el vecino fue y corrió y habló con una organización de la Iglesia de acá. Y su presidente o dirigente me fue a demandar. Y como me fue a demandar el presidente me mandaron a traer a mi casa.

—¿Está el señor Rodrigo?

—No, no está fue a traer leña al monte.

—Y ¿a qué horas llega?

—Que a tales horas.

—Dígale que le habla el señor presidente municipal, es urgente, que lo venga a ver.

—¿Por qué motivo?

—Él sabe por qué, que vaya.

Yo cuando vine del monte me dijo mi esposa: “Ya te vinieron a buscar que del presidente”. Entonces yo pensé: “¡Uhh!, por dónde ya llegué!” Fui con el presidente y le dije:

—Buenas tardes, ¿cuál es su llamado?

—Tenemos una denuncia que usted vio cierta persona y usted va a declarar esas cosas.

—Bueno, mire no concuerdan las cosas que dijo ese hombre y lo que ahorita se dijo.

—Pero ¿usted lo vio?

—Sí lo vi. No más que no estoy tampoco yo muy seguro porque él me dijo que pasó a ver al presidente. Entonces mi esposa fue con la esposa del señor presidente y entre mujeres hablaron y mi esposa le preguntó:

—¿A su esposo a tales horas lo buscó alguna persona? Y su esposa dijo: “Ninguno lo buscó. Aquí estaba él y nadie lo buscó”. Mi esposa me lo dijo. Yo le había pedido a mi esposa: “Investiga si ese hombre buscó al presidente. Si es que no, entonces creo que no daremos nada de informes”. Como mi esposa vino y me dijo que no, entonces pensé que era un ratero, lo bueno es que le di su pan y todo. Bueno, preferí mi vida y preferí más que nada la seguridad mía. Por ese motivo no he venido a presentarme.

—Pues sí pero usted, ¿desde cuándo lo vio y usted...? Nadie sabe.

—No señor, si ahorita yo mismo no estoy seguro. Yo vi, oi todo. Pero como me dijo que buscaba al señor presidente y su esposa dice que nadie lo buscó a usted, a ver cómo me voy a presentar, si no es una cosa más clara.

—Mire, tenemos una ley por parte del gobierno que es que si alguien levanta una falsa alarma será sancionado con un mes de salario mínimo y un mes de cárcel. Entonces usted va a tener que responder estas preguntas.

—No puede ser.

—Pero usted ¿por qué no ha venido?

Entonces le dije:

—Yo hablé de esto con un amigo y uno de los tíos de este amigo nos oyó lo que hablábamos y fue con el chisme. Ya le reclamé a mi amigo que por qué habló. Y él dijo que uno de sus tíos fue que lo oyó y él es el que corrió con el presidente vecinal y ese presidente vecinal corrió a denunciarme a la oficina y ya llegamos a este grado. Pero yo aún no estoy seguro de lo que estuve viendo y oyendo. Puede ser un ratero... Más que nada ya todos saben quién soy yo, soy persona de cierta religión y francamente no me corresponde deshonrarla, por ese motivo no he venido. Sí, lo vi todo clarito. Pero para yo venir aquí primero tendría que ir personalmente allí con otras personas para que si es que se les aparecía con esas personas, ellos fueran los testigos. Entonces, la gente no me va a creer, ¿por qué no mejor vamos ahorita presidente? Yo me encargo de buscarlo y se lo entrego para que usted haga lo procedente, lo que usted quiere.

Hablé así allá en la Presidencia. Pero a este hombre no lo pude convencer, no quiso. Y me querían hacer unas cosas molestas y yo tampoco podía acudir a uno de esos lugares civiles porque iban a pensar: “Este hombre estará loco”.

Entonces les dije:

—Yo cumplo con avisar si es que ya les dijeron, ya saben todo. Esto y esto me dijo y hagan lo que ustedes les parezca bien. Si es que no lo quieren hacer. Yo, por lo que yo conozco, si es que me nace de mi buena voluntad, entonces yo personalmente le llevaré una muda para obsequiarla. Pero eso es todo, más, no puedo.

—No, pero como usted lo oyó usted tendrá que ir con nosotros. Como usted lo vio ahora usted se va a caminar con el pueblo a dejar estas cosas.

—Yo de ir, no voy a ir. El acuerdo está en que... —En fin, lo que yo le dije es que yo pertenezco a una religión—. ¡Ustedes saben quién soy yo! (molesto), ¿por qué a fuerzas me quieren involucrar en estas cosas? No creo en estas cosas todavía. Además no tengo ciertas pruebas para que yo haga cierta devoción, más firme, o más a fondo. Yo, todavía no sé si esa persona fue verdaderamente volcán, o fue un maníaco mañoso que lo haga para asustar o... Si yo actué de esa manera fue por salvar mi vida, no porque fuera tonto o le estuviese haciendo caso a esta persona.

—Sí, me dijo ciertas cosas, que ya se las dije: quiere su ropa y esto y esto, incluso me dijo de sus ropas, señores: aquí están las tallas, órale.

—Pero tendrá usted que ir.

—No voy a ir, ya les dije, ¿qué no entienden?, ¿o qué?

Entonces dijo un señor que estaba ahí:

—No, a la fuerza, no.

Así quedó dicho. Pero como ahí ya estaba toda la gente, mucha, era como 200 o 300 personas porque son varias dependencias y esas varias dependencias tienen como 50 personas, todas esas personas eran como de una organización que representan. Yo me metí en boca de todos ellos. Yo les dije:

—Bueno, está clara mi declaración, ¿o qué piensan?

El señor presidente dijo:

—Bueno, él ya declaró lo que vio y escuchó, ahora queda de ustedes: ¿creen verdaderamente, o sospechan, que esa persona es un volcán y que es lo que quiere?

Entonces gritaron:

—Sí, sospechamos que es el volcán.

—¿Entonces están de acuerdo que ustedes mismos actúen a hacer las cosas que le pidió aquí al señor? —preguntó el presidente.

—Sí, lo vamos a hacer.

—Entonces, ¿dan por hecho que este señor no va a ir?

—Damos por hecho que el señor no va a ir.

Entonces dije:

—Bueno, hasta aquí es toda mi declaración señores. Actúen lo que se les dijo. Yo, si acaso no actuaran ustedes yo haría de mi parte, pero eso sería muy voluntariamente, ¡si acaso me llegara a nacer por mi voluntad!, y ustedes actúan por su creencia. Yo no tendría ninguna obligación de ir.

—Está bien, está claro.

Y ahí quedamos, terminamos todos. Se organizaron rápidamente y sí fueron a darle la comida y la ropa. Ese día se empezó a nublar y cayeron unas gotas. Llovió, estuvo fuertecito. Desde esa fecha empezó a llover más o menos, no seguido, pero siguió lloviendo; y eso es bueno para la gente porque nos hace falta mucho la lluvia para poder sembrar. Pero no sé si fue por eso, o qué... pero la verdad es que no había caído lluvia antes de ese

día. Por eso es motivo que varias personas se vayan quedando de acuerdo. Otras personas dicen: “¿por qué fue él?, ese hombre está loco”. Que piense lo que quiera la gente. Ustedes nada más considérenme portavoz y eso es todo.

Yo todavía no he ido al cerro, porque no sé... Tengo mucha duda porque si voy y se me vuelve a aparecer... peor. No sé. Porque mi religión no acepta esas cosas, no concuerda porque ese hombre pide licor... no, no concuerda. Yo le dije al señor que esas cosas de tomar no se nos enseñan. Tenemos Escrituras y todo está claro. Tenemos en un libro, la Biblia, que dice, no tomar licores. Pero él me dijo que no importaba eso, que cumpliera con lo que me había dicho. Pero yo no dije que llevaran botellas, ni tampoco cuántas erupciones hace cada cuánto. No lo dije por miedo. Si lo digo solamente me complico. Hablé lo más principal, la mayoría de las cosas.

Le pregunté al viejo si creía en Dios y me dijo que sí, y luego le dije:

—¿Cuándo mero va a ser la mera explosión?

Y me dijo:

—Yo tendría que recibir órdenes de arriba. Tendría que recibir órdenes de Dios para que yo actúe de estas cosas.

—¡Ah!

—¿No te he dicho que del otro lado no me quiere la gente? Como la gente no me quiere del otro lado me duele la espalda, está partida, hay una grieta, me duele. Eso, cualquier chicorrato, nomás que me den órdenes puedo echar lava.

—¿Qué cosa es lava?

—Agua calientísima y que cuando se enfría se convierte en piedra y corre a muchos kilómetros por minuto. Y puede ser muchísima, puede llenar todo esto. Puede tapar todo esto y puede llegar hasta el mero Puebla.

—Entonces está medio serio.

—No, ya te confié todos mis secretos, todo lo que es la realidad. ¿Entonces no se van a salir?

—Con lo que yo ya oí, un poco de confianza se me queda. Pero, en cuanto a la gente, psss, no todos los voy a poder convencer de que no se salgan. Eso es una decisión muy personal.

—No vayan a volver a salir, por favor.

—Eso es cuestión familiar. Y viene el gobierno y ve que están pasando ciertas cosas y tiene que hacer su parte de ayuda.

—No, no va a volver a suceder nada, así aunque veas tal cosa que está sacando, no es nada malo.

Y ahorita estos días ya ven, está sacando humo bien blanco, bien espeso y yo aquí (en la obra). A mi chalán le digo:

—Oye, mira cómo se requeteenoja.

—Sí, se ve que ya es serio.

Y en ratos vemos que pasa a sacar humo azul, azul. Y en mí mismo pienso: “Ya está variando la declaración, lo que él me dijo y lo que él está actuando. Ahí a ver... que haga lo que quiera. ¿Nosotros qué podemos hacer? Si es de día fácilmente nos podemos largar, pero ¿si es de noche?”

Ahorita mucha gente está con miedo. Tienen miedo. Tienen mucho miedo y ya no quieren sembrar. No quieren hacer nada, no sea caso que haga algo feo el volcán y se les vaya a quedar su cosecha. Yo ahorita la casa que estoy haciendo es porque el señor me dice: “Usted sígale, porque no va a pasar nada”.

Luego, el volcán, me dijo que no le metieran lumbre:

—No vuelvan a echar lumbre, ¡echan mucha lumbre! —dice—.

Y todos estos pueblos son mis faldas, mis piernas y mis pies, y me arden. Avísale al pueblo —dijo— que no me echen lumbre.

Pero eso no lo dije. Dije lo más preciso. Y así sacaron que estoy perturbando... pues si cuento todo, ¿quién sabe hasta dónde hubiera quedado la cosa?

Los cuatro puntos que me dijo el volcán que tenía que recorrer no eran los pueblos, era el tiempo que a él le quedaba para regresar. No le quedaba mucho tiempo para caminar. Él quería que fuésemos bien bien amigos. Pero yo no puedo, eso sí, ya no.

No dijo si va a volver, sólo que dentro de cinco o seis años iba a avisar, “para que me abandonen por completo” —dijo.

Pero ahorita todo está bien, todo está tranquilo.

—Lo malo —dice— es que ya echaron la bomba. Esa bomba me echaron porque me iban a quitar oro. Yo tengo mucho oro y los negros me quieren quitar mis pertenencias. Pero no se los voy a conceder —dice— porque eso está por órdenes del de arriba. Si Él dice que no, no lo suelto, por nada del mundo.

Ahí sí veremos a cómo nos va. ¿Quieres venir a ver mi oro?
—me preguntó.

—No, ahorita no —contesté—. ¿Ahorita, aquí en la noche ir?... fuera de día: ¡vamos ahorita mismo!

—Bueno, eso es todo muchacho, ¿estás contento de lo que te dije? ¿No te espanto?

—No.

—Te quiero felicitar por lo valiente que eres porque no cualquier otra persona me puede aguantar, cualquier otra persona ahorita se cae. No es cosa sencilla.

—Bueno.

Y pensé: “¿Por qué yo?, ¿por qué me tiene que decir todas estas cosas a mí?” He andado pensando... Me han andado buscando varias personas que quieren hablar conmigo pero no me he aparecido. Han venido varias veces pero no voy a verlos. Ahorita ando yo preocupado. No más, por una simple cosa, todo donde acabó, ya no más. Me insisten en que hable, pero ya no.

Segunda parte

DEL MONUMENTO A LA PIEL

MANOS QUE HACEN PIEDRAS Y PIEDRAS QUE SE CONVIERTEN EN CIUDAD*

In memoriam

Sin temor, podemos afirmar plenamente que en Puebla —como en toda ciudad colonial— no hay un espacio con la historia, la calidad estilística, el significado y la capacidad de acoger a *todos* que tiene el Zócalo. *El Zócalo es el espacio público de la ciudad* y por consiguiente el más urbano. No sólo porque de allí parte la traza, o porque en él convergen las primeras y más significativas vialidades de la ciudad, o porque está flanqueado y delimitado por la catedral (símbolo y asiento del poder religioso) y por el cabildo (símbolo y lugar del poder civil), sino porque es el espacio que representa y da cabida a la ciudad toda. Allí se plasma no sólo forma mineral de la urbe, sino también su esencia social y cultural.

El Zócalo es *el espacio público* porque es el espacio de máxima interacción entre arquitectura y sociedad; porque es el espacio de *todos* y no sólo de un sector privilegiado de la urbe. Es un espacio de estar donde la gente se encuentra, se sienta a platicar, a ver pasar y hacerse ver.

Es el lugar donde la gente refrenda su pertenencia a una comunidad: la mexicana, en los festejos del 15 de Septiembre, y la poblana cada vez que invitamos a nuestros familiares y amigos forasteros a visitarlo; es el espacio

* Entrevista a don Everado Morales, mayo 1998.

donde la población católica celebra públicamente su fe (en las procesiones de Semana Santa el Zócalo es un elemento importantísimo en los itinerarios); es el espacio donde la gente expresa libremente sus demandas e inconformidades (plantones y manifestaciones); es además el lugar donde se congrega a celebrar, por ejemplo, la victoria de nuestra selección de fútbol.

El Zócalo, como espacio público es antes que nada un espacio social cuya función principal es la de intercambio de personas, ideas y cosas.

Por espacio público los arquitectos y urbanistas entienden un espacio libre de construcciones y cuya propiedad no es privada. Sin embargo, pocos espacios públicos son a la vez espacios sociales, es decir, espacios de encuentros, diálogos, intercambios y debates.

El Zócalo además de ser un espacio público es un espacio social de primer orden, pues es allí donde la democracia encuentra su dimensión espacial. La importancia de lo anterior no es improvisada. El Zócalo puede ser el espacio más público y social de la ciudad por su uso social abierto y no restrictivo y por aquellos elementos urbanos y arquitectónicos que permiten que el encuentro y el diálogo se puedan dar allí.

Lograr que un diseño arquitectónico cumpla y potencie las funciones y usos de un espacio es realmente complicado. De ahí la importancia de los buenos diseños y de los buenos diseñadores, es decir, de aquellos profesionales que se ajustan a los aspectos funcionales y físicos de un espacio u objeto sin perder nunca de vista los aspectos estéticos. Sin duda el Zócalo de Puebla es uno de los más bellos y vivos de la República Mexicana y esto se debe en gran parte a la calidad del diseño y a lo atinado de su mantenimiento y mejora.

El Zócalo actual es nieto del colonial, donde junto con

las calles y el atrio de catedral formaban un espacio que funcionaba igual como mercado, que lugar de encuentro y celebración (son frecuentes los documentos de esa época donde se habla de las corridas de toros que en el zócalo se llevaban a cabo). Pero también nuestra plaza mayor es hija de aquel Zócalo decimonónico que fomenta su función central dentro de la segunda ciudad de la recién estrenada República.

El paso del tiempo siempre deja huella en el espacio tanto en su forma como en los usos y objetos que alberga. Quizá una de las marcas más visibles que hoy podemos constatar en el Zócalo poblano, en comparación con aquellas imágenes del siglo XIX, es la falta del quiosco. Esto se debe a la intervención realizada en este lugar por el arquitecto Everado Morales en 1960, la cual culminó en 1962.

Si alguien comprendió y supo manejar la complejidad y la riqueza de este espacio fue el arquitecto Morales (en su intervención en este lugar), quien no sólo hizo ciudad sino también arquitectos. Don Everardo fue el maestro de muchos arquitectos que hoy hacen Puebla, al ser uno de los impulsores de la carrera de arquitectura en esta ciudad.

En 1998 tuve la suerte de entrevistar, en relación con sus obras en el zócalo, al arquitecto Morales quien hoy descansa en paz. Él fue quien le dio a esta plaza el aspecto actual a partir de cambios que en aquel momento levantaron polémica, como la eliminación del quiosco, o de la estatua de la Madre Patria de la cual nadie parece acordarse. Pero dejemos que sea el propio arquitecto Everardo Morales quien nos explique cómo y por qué se hicieron estos cambios:

Fue el licenciado Rodríguez Pacheco quien me invitó a participar en estos trabajos, con una condición: que no cobrara un solo centavo. Y yo naturalmente acepté, porque eran obras para

nuestra ciudad, y esa era la primera obra de mucha importancia que se hacía por parte de la autoridad dentro de la ciudad de Puebla en mucho tiempo. Empezamos en el 60 para terminar en el 62 con motivo del centenario de la Batalla del 5 de Mayo.

Con el Ayuntamiento anterior a Rodríguez Pacheco, que fue el Ayuntamiento del doctor Artasánchez, hubo ya una intervención en la zona. Fue él quien quitó lo que eran todas las alacenas de los Portales.

En el Portal había una colección de puestos que se llamaban alacenas del Portal. Allí estaba —por ejemplo— Meche, la de las tortas. Se vendían, en las alacenas, algunas cosas muy chis-tosas, muy propias de la ciudad de Puebla. Se vendían títeres. Las caritas, las manos y los pies eran hechos en Amozoc, y con una manta, con un trocito de tela, hacían el títere uniendo las manitas de barro, los pies y la carita. Tenía hilos para poder tener el títere jugando.

En nuestra niñez, muchos niños teníamos teatro de títeres, organizábamos títeres y así nos aprendimos el *Don Juan Tenorio* palabra por palabra, porque dábamos funciones a nuestra gente, amigos, primos...

Nada más te digo, había una alacena, casi en el pasaje, que vendía unas aguas frescas deliciosas, se llamaba Acapulco. Algo delicioso, con unas esencias hechas por la persona ésta, era de aquí de Puebla, era algo increíble. ¡Qué coca colas ni qué...! Ningún refresco le pudo haber llegado al que tú ibas, te daban un vaso y escogías la esencia que querías. Había menta. Fíjate, un refresco de menta, delicioso, ¿no? Allí tenían su cilindro de gas y su llave para sacar el agua de gas y disfrutábamos el refresco, algo delicioso.

Junto a eso había boquerías para darse grasa en los zapatos que lo hacían de maravilla, eran unos artistas. Salías de allí con los zapatos mejor que nuevos. Todavía en el Pasaje quedan restos de esas boquerías.

En el Portal Iturbide, que ahora se llama Juárez, que es el Portal que ve hacia el oriente en la 16 de Septiembre, ahí, más para la esquina se vendían los dulces típicos de Puebla: el Punche, además, se vendía un caramelo para quitar la tos con esperma de toro —algo genial—, tamarindos, blancas, panelas, cafés, charamuscas... Ahora queda un hombre vendiendo charamus-

cas; el viernes santo lo vi en la 16 de Septiembre entre la 5 y la 7. Pero de lo de los Portales te estoy hablando de hace 60 años.

Luego de que el licenciado Artasánchez termina su mandato, el licenciado Francisco Rodríguez Pacheco como presidente municipal me manda llamar y me dice:

—¿Le entra usted conmigo a remodelar todo el corazón de la ciudad?

—Sí, claro: hecho, incondicionalmente.

—No va usted a cobrar un centavo.

—No, no importa. Yo lo hago con mucho gusto y con honradez además. No se trata de sacarle provecho de ninguna manera, ni poder siquiera.

Entonces me encomendó que empezáramos por los Portales. Lo primero que se hizo fue quitar los cielos rasos. De allí sacamos un total de 60 pesos en monedas, en pura moneda de dos centavos que se iban por las rendijas de la duela de los pisos de arriba del Portal, las empezamos a recoger y se las entregamos al presidente municipal.

Al quitar los cielos rasos que te digo nos dimos cuenta que eran puros techos de viga que no tenían nada de malo. Lo único malo era que y las vigas que ya estaban muy destruidas, muy comidas. Había que cambiar los techos. Entonces, copiamos un poco lo que tiene el Ayuntamiento.

Lo que tiene el Ayuntamiento es una bóveda pero no catalana sino francesa de lámina acanalada. Nosotros imitamos eso pero lo hicimos con tabique y con eso tratamos de amarrar fuertemente la fachada de los Portales que miran hacia el Zócalo porque todas están desplomadas (hasta la fecha) pero en aquel entonces se tenía el peligro de que cayeran en un temblor. Entonces con las vigas de hierro tratamos de amarrar un poco más y llamar a plomo lo que se podía. Lo que no se pudo ahí se quedó. Por ejemplo, hay un par de columnas que están por ahí, por la Nueva España y lo que era Tabe que están fuera de plomo. Se ve a simple vista, que están desplomadas la columna y el arco, no les pasa nada ni les va a pasar nada, pero así están.

Como te dije, se puso una bóveda catalana de tabique con vigueta hierro. Fue una labor interesante porque pues el Hotel Royalty tuvo que desocupar los cuartos que daban al Zócalo para poderles cambiar todo el piso de ellos y el techo de los Portales.

Entonces vino la campaña de *El Sol de Puebla*, fueron 15 días que nos pusieron muy mal. Primero, porque quitamos las vigas de madera. Ellos las querían pero ante la imposibilidad de dejar un techo que no ofrecía ninguna protección tuvimos que buscar un techo más propio, ¿no? Luego, porque íbamos a meter el plafón. La idea era ocultar la bóveda catalana. Tal vez, contemplándolo ahora, quizás, debimos de haber sido más sinceros y haber dejado la bóveda catalana y no meter el plafón. Tal vez. Pero en aquel entonces se pensaba que la dignidad de la ciudad no era para una bóveda catalana, era para una cosa un poco más acabada, entonces se pensó en el plafón. Por otra parte, había un problema porque en el Portal Iturbide (en la 16 de Septiembre), al llegar a la esquina, hay una casa del siglo xvi que era hotel, que siempre fue hotel, pero la altura del techo es mucho más baja que la del resto del Portal. No sé si lo has observado. Las arquerías inclusive son más chicas. Entonces no había otra opción más que poner el plafón para al menos disimular ese accidente. Y se logró.

La que dirigió la campaña en *El Sol de Puebla* tenía que llamarse Carmen Morales para que la cuña apretara... y me criticó muy feo. Me dijeron muy feo. Yo en aquel entonces era catedrático de la Facultad de Arquitectura y al año siguiente fui director. Todavía no era director cuando los pleitos en el periódico siguieron. Entonces, en la Universidad el alumnado salió a mi defensa y en el Zócalo les cantó la boa. ¿Sabes lo que es cantar la boa? Mentarle la madre.

Hubo una campaña terrible, desprestigiadora, de mi persona porque en España todavía se usa que las banquetas de las ciudades sean de mosaico. Del antiguo mosaico de cemento. Claro allí, yo no sé si es un tipo de fabricación diferente pero son mosaicos con figuras muy bien, muy bonitas, perfectas y la gente no se los acaba porque caminan allí un montón. Yo había pensado meter mosaico de granito porque el piso que había en los Portales era de cemento, muy feo, de pasta vil, no servía, pero el pueblo protestó y quiso Santo Tomás. Eso lo ganó el pueblo realmente. Hizo una campaña que desprestigió a todos los que estábamos en las obras pero lograron que pusieran Santo Tomás. El piso se cambió y se puso Santo Tomás, fue un triunfo del pueblo realmente que le exigió a la autoridad un piso mejor.

En eso sí, que sea lo de cada quien, ganó el pueblo.

Al año siguiente muere don Francisco Rodríguez Pacheco. Muere en septiembre del 61 y queda en su lugar don Eduardo Cue Merlo. Él había contemplado todo el arreglo que había tenido con don Francisco y me dice:

—¿Le sigue usted?

—Incondicionalmente. Yo dije que lo hacía y lo hago.

—Bueno, pues ahora hay que traer la fuente de San Miguel (que estaba en la Plazuela del Boliche, enfrente del Teatro Principal), hay que traerla para acá y ponerla en el centro del zócalo.

Ese no es su lugar, su lugar es una de las glorietitas que le decíamos nosotros “para ancianos”, donde antes había unas fuentes y ahora nada. Allí había unas fuentes de talavera hechas por un pintor español, buenas realmente. Todo eso se demolió porque la talavera es muy delicada, es porcelana, se rompe fácilmente. Las fuentes estaban muy maltratadas porque primero, la talavera es delicada y luego estaba mal colocada, y las tumbamos.

Entonces se trataba de traer la fuente de San Miguel, se trajo pieza por pieza, numerada y armamos la fuente de San Miguel. El tazón intermedio es de una sola pieza. No había con qué acarrearlo, entonces le pedí a la 25ª Zona militar que nos prestara su tanque de reparaciones y nos lo prestó y con eso nos trajimos la piedra colocada en el tanque por toda la 2 Norte.

Ya habíamos puesto el pavimento en el Zócalo, y si entraba el tanque con el tazón intermedio nos iba a deshacer todo el pavimento. Entonces el Zócalo lo pavimentamos con vigas de madera, para que se subiera el tanque, caminara y no lastimara todo lo que ya habíamos hecho de la piedra traída de la cantera. Y se armó la fuente de San Miguel que tuve que corregirla porque tenía un punto de vista hacia abajo. En el Zócalo los pies de los ángeles se perdían debido a que quedaba subida. Yo levanté la columna 12 cm y medio para que el nivel del brocal quedara al nivel de los ángeles. Fue una corrección necesaria porque de otro modo a los ángeles sólo se les hubiera visto de la rodilla para arriba.

Además de las fuentes de talavera de las que te he hablado, había en el Zócalo dos elementos de cierta importancia de que eran, por un lado, el quiosco morisco que imagino que lo hizo Eduardo Tamariz. El quiosco lo desarmamos porque las colum-

nas eran de hierro colado. Podían haber tenido seguramente tres o cuatro pulgadas de diámetro, pero el anclaje en lo que era el basamento se había convertido en un hierro oxidado, podrido, que no tenía ni media pulgada de grueso con peligro que el viento se lo llevara en un momento dado. También hubo pleito por eso con los de Patrimonio Nacional porque vinieron a pelear que el quiosco se quedara, pero yo dije:

—Yo lo dejo. Si no hay ningún inconveniente. Pero ¿cómo van a comparar ustedes el quiosco con la fuente de San Miguel? Realmente su comparación... Por mucha tradición que tuviera el quiosco había tenido mucha más tradición la fuente de San Miguel.

Los de Patrimonio creían que las ciudades debían conservar sus zócalos como pueblos y estaban muy equivocados. Me refiero específicamente al INAH que tiene un criterio pues... realmente demasiado estrecho. Yo estoy de acuerdo que defienda el INAH al patrimonio nacional pero con criterio. No conservar por conservar.

Ellos venían y decían que querían conservar los zócalos de los pueblos, como son, como pueblos. “Pero perdóneme usted, Puebla nunca fue pueblo, fue ciudad desde el momento que nació. Una ciudad de españoles, no de indios.” Eso les molestó mucho a los de Patrimonio.

Hoy considero que se me pasó la mano, no porque Puebla fuera ciudad de españoles iba a ser mejor. Pero sí, realmente, tenía una dignidad especial. Para empezar eso y luego que fue el primer obispado después de Tlaxcala. El de Tlaxcala lo trasladan a Puebla. No es fácil eso en una ciudad que estaba naciendo, porque aquí no había nada absolutamente. En el Valle no había nada.

Realmente hay que elogiar la gran visión de los que trazaron la ciudad porque descubrieron un lugar privilegiado. Ellos con su tecnología primitiva habían contemplado cosas como, por ejemplo, que la Malinche protege del viento del norte a la ciudad de Puebla. Por eso es que cuando aquí hace muchísimo frío es porque la Malinche está nevada. Cuando no está nevada el viento pasa por arriba y no llega a la ciudad de Puebla. Claro, cuando lo está todo el frío llega a Puebla. Luego, la orientación de la manzana que realmente no tiene cuate. En ninguna parte

de la República se logró eso. La manzana está movida 23 grados como el eje de la Tierra, entonces la fachada norte se ilumina en verano y la fachada sur solamente en invierno. El poniente es más frío que el norte en Puebla por la corriente de viento que vacía de aire caliente las fachadas. Por eso las fachadas poniente son terriblemente frías.

Bueno, al final el quiosco fue a parar a la bodega del Ayuntamiento pieza por pieza. No valían nada, eran puras láminas oxidadas viejas que no servían para nada, ni para regalarlas siquiera. Entonces se puso la fuente de San Miguel en su lugar.

El otro elemento de importancia que había en el Zócalo antes de la intervención del 62 era una escultura que pudiera haber tenido algún valor artístico ahora, no en aquel entonces, porque Puebla era y sigue siendo muy conservadora para muchas cosas. Era una escultura de una mujer llorando con un soldado muerto tirado en el piso que se llamaba *La Madre Patria*. Esa era de Ortiz Monasterio. Era de bronce, pero la gente la había despreciado por ser una escultura moderna, tal vez si estuviera ahora hubiera prevalecido. En aquel entonces, el pueblo pidió que la quitaran. Le decían “la molotera” porque se veía por detrás como las moloteras que tenían su anafre, así, muy bajito, sentadas en cuclillas. ¡Le decían la molotera a la pobre Patria! Pero bueno, ni modo así es la vida, así es el pueblo. Total, se quitó y fue a dar también, a las bodegas del Ayuntamiento.

Además de esto, también cambiamos el pavimento del Zócalo. Eso fue muy bonito y muy importante porque logramos que se volviera a abrir la cantera para sacar todo el piso del Zócalo. La cantera que usamos para el piso del Zócalo es la misma que se usó para construir la catedral. Eran las canteras que estaban aquí, en los fuertes de Loreto y Guadalupe.

Abrimos las canteras nuevamente y de ahí sacamos todos los pavimentos. Metimos nueva piedra y se arregló la piedra existente. Ahora está muy destruida, muy parchada, muy mal, no se le ve el cariño al Zócalo, y como quiera que sea es una Plaza de Armas. Quizás una de las más bonitas de toda la República y de mucho valor, porque no es un zocalito más de un pueblo, como lo quería indicar el Patrimonio (Turístico) Nacional, venido del D.F.

En las glorietitas —donde estaban las fuentes de Talavera— además de meter el pavimento de piedra que te digo, pusimos

una colección de bancas porque veíamos que era el lugar de reunión de los ancianitos, allí quedaban muy protegidos del ruido leyendo su periódico. Se reunían, platicaban, o sea realmente era una cosa muy humana, y más aún proporcionar comodidad a ese espacio dentro del centro de la ciudad, que por la costumbre que la habían creado ellos de ir a visitar y reunirse en esas glorietas del Zócalo era un lugar fuera de lo común.

Algo importante de mencionar es que no se puso ninguna reja para proteger los prados. Porque la gente tenía cierta civilización todavía. La mínima forma de mantener el jardín era diferente.

Se plantaron árboles y también sufrimos una fuerte campaña de descontento porque para plantar árboles teníamos que quitar muchos que eran viejos y que se caían las ramas y todo. En esa época como ahora en todo alrededor del Zócalo la gente se estacionaba. Me acuerdo que un señor alemán un día estrenó un Lasal, ahora se llama *Cádlillac*, negro, precioso, ya te podrás imaginar de 1961 o 2, una cosa así. Lo estrenó y lo dejó en el Zócalo porque allí nos reuníamos todos y cayó una rama de un árbol y apachurró el coche. Acabadito de estrenar un carro de aquel entonces.

Bueno, total quisimos quitar todo el árbol viejo y poner puro nuevo pero el periódico no nos dejó porque lanzó otra campaña diciendo que queríamos quitar todos los árboles del Zócalo para hacer un estacionamiento. Y aunque se les explicaba que no era cierto, que esa no era la intención sino lo que se trataba era de renovar la flora del Zócalo... fue una bronca.

Pese a todo debemos dar gracias a Dios que el Zócalo nunca fue invadido por pájaros como pasa en otras partes de la República en donde ya no puedes caminar por las calles del Zócalo porque todo está lleno de porquería de paloma y de pájaros. En el caso de Querétaro, por ejemplo, tuvieron que meter ardillas para que se comieran los huevos de las palomas. En Puebla no pasó eso, ahí sí podía uno caminar.

Ahora, entran camiones al Zócalo encima de la piedra a regar, a recoger basura, pero que me perdonen, eso se tendría que hacer con carretillas y tener a los camiones en el pavimento y no subirlos al Zócalo. Realmente una queja fuerte es que el Zócalo en sí se ha descuidado. A la fuente de San Miguel se le pusieron unos chorros espantosos que lo único que hacían, a la

larga, era erosionar las piedras de los ángeles y de los dragones que son muy bonitos y a la columna principal. Gracias a Dios ya los quitaron y ahora nada más son chisquetos.

La imagen del San Miguel es a tal grado bella que su forma de esculpir más está hecha para madera que para piedra. Tiene todas las características de una escultura de madera, es algo divino. Hay que verlo con unos catalejos para ver la carita. La carita estaba hecha como si estuviera hecha en madera, algo increíble, y la espada era una espada flamígera de lámina, de hierro forjado. No era una espada recta. Está con la mano levantada con la espada flamígera. De modo que la espada era de hierro forjado, yo la tuve en mi casa, en mis manos, ahí la guardé para luego volverla a poner. Luego, tal vez con los chorros de agua que le pusieron se oxidó y se cayó, pero esa era de hierro. Era una flama preciosa.

Todas esas cosas, como la propia fuente de San Miguel, tuvieron una intención cuando se hicieron. Las cosas son buenas cuando tienen intención, o malas. O son muy buenas, o son muy malas, porque tienen intención. Nosotros como arquitectos no podemos, o no deberíamos nunca jamás construir nada sin una intención. Si la intención es buena, siempre nuestras construcciones van a ser buenas, o por lo menos van a prevalecer más que las que no llevan esta intención. En el arte, en general, habrás visto tú en la historia que lo que prevaleció fueron todas las obras destinadas a la divinidad. Allí está Teotihuacan, y allí está Chichen, Palenque... todas esas cosas son hechas a la divinidad, ese es el motivo por el que se hicieron. Ahí está el motivo, ahí está la intención de hacer una cosa. Como la cosa era muy grande, la intención era también muy grande y por eso está la pirámide de Egipto y todo lo que vemos en el mundo, ¿no? Pero bueno...

Otra cosa que se hizo en el centro entre 1961 y 1962 fue arreglar la piedra de Santo Tomás que siempre hubo de las cintas. Se llamaba la cinta principal la de enfrente del Ayuntamiento que en Semana Santa se entoldaba con la Vela. Se llamaba "la Vela" al toldo. Se entoldaba para que la gente rica de Puebla estrenara ese día, el Sábado de Gloria. A mí me tocó ir a estrenar un trajecito de marinero, era algo genial. Como de Diego Rivera cuando pintaba cosas folklóricas, pero sí... es surrealismo total, algo precioso, increíble. Total que siempre hubo aquí piedra

de Santo Tomás, pero estaba en un estado terrible, entonces se trataba de que si ya los Portales habían tenido Santo Tomás las cintas principales tuvieran el mismo Santo Tomás nada más que afortunadamente macheteado, o sea más primitivo, más propicio de intemperie para no resbalarse.

Y consiguió don Eduardo Cue, que Luis Flores, el pulquero que tenía una fábrica de beneficio de mármol, nos recibiera toda la piedra de Santo Tomás y nos la cortara porque toda estaba despostillada porque era de burrito, era de lo que se llama: “la de cola”. Era la piedra de Santo Tomás que tenía como 8 cm de espesor pero cortada a base de cincel, no era cortada a base de diamante.

Entonces don Luis Flores nos concedió que le lleváramos la piedra de Santo Tomás usada y la cortamos en una sola media, en la más aproximada para que no hubiera mucho desperdicio; y no sólo eso si no que nos completó la piedra que nos faltaba. Eso fue una cosa que hay que alabar, porque en Puebla somos muy mezquinos para nuestra ciudad. (Si quieres ponerlo, ponlo.) Yo conozco gente muy rica, porque claro, mi profesión es de ricos desgraciadamente, y éstos no ayudan en nada a la ciudad. Prefieren gastar en otras cosas que en algo que se trate de la ciudad. Para las campañas políticas siempre hay mucho dinero (si lo quieres poner, lo pones, a mí no me importa).

Entonces se logró traer la piedra de Santo Tomás, el problema era que la pieza era irregular, no era perfecto cuadro, por aprovechar las piedras antiguas. Entonces ahí viene el ingenio del que estaba haciendo las cosas. ¿Y ahora qué hago? Si las pongo lineales se van a ver las juntas horribles. De modo que no las puedo poner lineales ni en un sentido ni en el otro, porque en los dos sentidos se verían mal. Entonces se me ocurrió usar la implementería griega de un tercio. De modo que las piedras están traslapadas un tercio. Y el piso es muy bonito. Hay unas fotografías publicadas en un libro que creo que se llama *Puebla de los Angeles* con unas fotografías sacadas cuando recién estaban hechos los pavimentos aquellos, algo precioso, esas fotos merecen estar en el archivo del Ayuntamiento por su valor artístico.

La intención de todo esto, desgraciadamente, fue la celebración del centenario de la Batalla del 5 de Mayo, pero digo que desgraciadamente —y aquí voy a decir una cosa que no la debo

decir pero ni modo— porque esta es una celebración de liberales. La batalla de Puebla fue concebida por ellos realmente y todo lo que aquí nació era eminentemente religioso, inclusive la fuente de San Miguel como obra civil era eso pero además llevaba una carga religiosa, por eso llevaba un ángel.

Con el Centenario, se trató de dar a Puebla una intención liberal, claro, por eso se estrenó la supercarretera y todo lo demás, está bien, ni modo, así es la vida. Pero creo que hubiese sido mejor que no hubiese sido tan liberal porque la ciudad de Puebla, para empezar, es de los Ángeles. Así nació y luego lo han querido sacar de la cabeza poniéndole un montón de epítetos: Puebla de Zaragoza y Puebla de Juárez y Puebla de quien... Realmente nació como Puebla de los Ángeles y así debería morir, como está muriendo ahora; y segundo, porque es muy conservadora.

Yo creo que la ciudad está muriendo. Va uno a cualquier otra parte de la República y bueno, uno ve ciudades que no tienen la belleza ni la riqueza de Puebla, pero con sus edificios perfectamente reconstruidos, limpios, arreglados, vivos. Y aquí en Puebla, desgraciadamente, teniendo las grandes joyas que tenemos, todo está destruido y descuidado.

Y ello porque no ha habido autoridad que haya tenido cariño suficiente para la ciudad. ¿Y la gente? La gente... Yo decía que los poblanos somos mezquinos, ahí te das cuenta de que lo son. La gente no ha hecho nada, nunca, ni por su ciudad, ni por su centro ni por nada. Por culpa de tener autoridades impuestas que las ve uno como el conquistador que vienen a ponerle a uno la pata encima y no se puede. Y eso tiene 70 años en la ciudad de Puebla, de modo que... Yo, realmente le echo mucha culpa a la autoridad. Creo que en un 70% tiene la culpa el pueblo pero en 30% que es la parte más grave que sería la de la Administración Pública de Gobierno no ha tenido suficientes arranques para hacerlo. Ni eso, ni ganas, definitivamente.

UNA BOLEADA CON MANZANITA*

Por la 9 Oriente, pasando la 7 Sur, el olor a grasa para los zapatos se hace cada vez más fuerte; hasta llegar al 704 de esa calle, donde desde 1968 está la bolería La Manzanita. Es un local con toldo, pintado de azul en su interior y un reloj en forma de manzana; donde hay seis sillones en un entarimado donde los clientes se sientan para que les *den bola*, mientras leen el periódico y toman una *coca-cola*. Existen también quienes dejan los zapatos para que se los boleen, y al rato regresan por ellos. Aquí *la boleada* cuesta 3.50 pesos nuevos y 7 si se quiere con tinta.

Enfrente de los sillones hay un mostrador lleno de dulces, y detrás de él una mujer que toma nota de los zapatos que recibe, y perfora las tarjetas de cada uno de los empleados: un hoyo, por cada servicio.

Llegan clientes, que ya son parroquianos, de alguno de los tres empleados que allí laboran, lo saludan y esperan su turno. Hablan entre ellos y hacen bromas, mientras la brocha con el jabón se pasea por los zapatos dejando en los pies una extraña sensación de humedad que pronto desaparece.

* Entrevista realizada en enero de 1995.

De abajo del sillón donde se sientan los clientes *el bolero* saca una lata de grasa y con los dedos unta muy bien los zapatos; luego saca el cepillo y ágilmente lo hace correr por el zapato cada vez más brillante. El olor a betún inunda el olfato de los que allí estamos a tal punto que ya es imposible distinguir algún otro olor.

Se repite la acción: más grasa y cepillo, hasta que *el bolero* cree conveniente pasar a *la venda* y dar así el toque final a su trabajo. Entonces de un bolsillo de su bata azul extrae —cual si fuera un secreto— una banda blanca de tela llamada venda; enrolla las puntas, y bien estirada la pasa por encima del zapato hasta que lo hace rechinar.

Al llegar a este momento los pies —por fríos que estén— ya entraron en calor, y confortablemente puedes bajar de tu sillón, pagar y dirigirte al trabajo; con el orgullo de llevar unos zapatos que —aunque viejos— siguen deslumbrando.

Así en lo profundo del olor a betún, entre los sillones de bolear, los cepillos y las vendas, trabaja don Manzanita, dueño de la bolería. Es un hombre chico y delgado, de pelo entrecano, cara simpática y amable decorada con un bigote y enmarcada por unas patillas. Sus ojos negros chispean cuando me cuenta cómo inició todo.

La bolería Manzanita comenzó el 11 de abril de 1968 a la una de la tarde. Invité a un señor que se llamaba Rafael —que en paz descansa— para que fuera el padrino. A él se dio la primer boleada. En aquella época la cobrábamos a 80 centavos, él me dio 5 pesos, que era mucho dinero.

Comencé a trabajar de bolero en 1954, en los Portales, tenía 24 años. Trabajé allí, con el señor Francisco Díaz Oropeza durante 15 años hasta que me separé y puse mi propio negocio. Fue con este señor donde aprendí y me superé.

La bolería en donde trabajé todavía existe, es la del Pasaje, donde está una escalera. Antiguamente esa bolería estaba enfren-

te de la salida del Hotel Royalty, en los pilares de los Portales. Era la época de cuando estaban las casetas de los pilares del Portal Hidalgo. Allí había cinco boleras. Tres eran de un señor que se llamaba Aurelio Serrano, otra —la que estaba a la salida del Pasaje— era de un señor que se llamaba Ángel y le nombraban Aristos, y por último estaba la del señor Díaz Oropeza.

La zona de los Portales y el Pasaje yo la conocía muy bien. En lo que es el Pasaje, estaba la casa Herrera que compraba monedas antiguas. Adelantito estaba el Capri, allí vendían unas tortas que les llamábamos de *pisa y corre*, porque eran de un chile muy picante. Más adelante vendían unas tortas de 25 centavos. Muchas veces comprábamos nuestra torta y nos metíamos al cine, porque ahí junto estaba la entrada a galería del Cine Guerrero. Llegando a la esquina estaba el restaurant El Quijote que era del señor don Antonio Jacob. El Caballero Elegante estaba en la mera esquina saliendo del Pasaje para la dos. Enfrente estaba una sombrerería que se llamaba La Mexicana. A la vuelta, yéndose para el lado oriente estaba la ferretería La Sorpresa. En la mera esquina de la dos y la dos estaban las Fábricas de Francia y contraesquina, las Fábricas Universales.

De las boleras que había en los Portales nada más quedó la que ahora está en el Pasaje. En los tres Portales había boleras. En el Iturbide había tres, en el Morelos había... ahora verá... cuatro boleras y en el Hidalgo 5. La competencia estaba dura, pero para todos había trabajo, inclusive para los que andaban con su cajoncito.

Cuando los domingos descansaba de allá (de la bolera del Portal) salía con mi cajón y me ponía en la esquina de la 9 y la 7. Allá empecé mi clientela. Comencé solo, con un silloncito; luego se desocupó una pieza acá enfrente del negocio y el dueño me hizo favor de alquilármela, fue entonces cuando me independicé.

Le puse Bolera la Manzanita porque así me apodó un doctor que ya murió llamado Miguel Ángel Rivera. Él era muy apegado a la bolera de los Portales, donde yo trabajaba. Como yo estaba muy joven y muy chapeado el doctor me empezó a decir así: Manzanita, y se me quedó Manzanita. Y hasta la fecha por lo regular la gente me conoce por ese nombre, más que por el mío. Yo me llamo Francisco Concha, pero pocos me conocen así. Y como me gustó mucho el apodo, pues a la bolera le pusimos

mi apodo.

Me crié en la provincia, en el campo, cuando vine para Puebla fue lo mejor de mi vida. Para mí Puebla ha sido todo. Porque aquí he tenido tranquilidad, trabajo, y aquí nacieron mis hijos que ya se casaron. Puebla ha sido mi tierra aunque no soy de aquí, soy de Alzayanca, Tlaxcala, pero desde chamaco estoy acá. Primero, me trajeron en 1940 y estuve viviendo por la 14 Norte, por donde está una capillita que se llama Ecce Homo, donde está la fábrica La Violeta. Lo que es ahora el mercado de la Acocota, eso era una barranca y allí iba a jugar beisbol, estaba todo eso feo, ahora ya está todo eso muy distinto. Estuve allí más o menos como tres o cuatro años.

Me trajo una señora a ver a mi hermana y me quedé aquí con mi hermana. Pero como con mi cuñado no me llevaba bien, me volví a regresar a la tierra de mi papá. Crecí allá en el campo, pero de por sí me gustó mucho Puebla. Ya cuando me junté con mi esposa me vine para Puebla, y hasta la fecha. Mi esposa también es tlaxcalteca. Tlaxcala es muy bonito, muy tranquilo, pero la verdad nunca me ha dado por irme a Tlaxcala, siempre me gustó Puebla, y aquí he hecho mi vida.

La bojería va para 27 años, 15 años que dilaté en el Portal, son 42 años de vivir acá. Todos mis hijos nacieron acá, aunque tengo toda la familia de mi papá allá en mi tierra, pero ya no es lo mismo. Uno ya se siente raro. Tengo tantos años de convivir con mi clientela, con mi familia. Mi familia son mis hijos, mi esposa, los demás serán parientes, pero eso ya es diferente, mi vida está aquí; espero que si Dios me recoge, sea aquí, en Puebla. Yo me siento muy tranquilo de ser poblano (enfatisa la frase), muy orgulloso, yo la verdad, sí.

Lo que le decía una vez al licenciado Urbano de Loya, para mí Tlaxcala es muy bonito, muy tranquilo, y muy progresivo, pero no hay más que donde la pases, no donde naces. Puebla es muy lindo. Claro, que ahora es una Puebla muy distinta a lo que nosotros vivimos en nuestra juventud; porque antes todo el mundo se conocía. Los clientes iban a los Portales y se ponían a platicar con nosotros, todos nos conocíamos. Sin embargo ahora ya no, hay mucha gente. Puebla ya tiene tres o cuatro tantos más de lo que era Puebla allá por 1945, 48.

Nosotros, en la bojería, le servimos a mucha gente que es muy

importante. Por ejemplo, al doctor Alfredo Toxqui, al licenciado Palafox, al licenciado Urbano de Loya, a don Enrique Montero Ponce, etc. Pero también a mucha gente que es muy humilde. Estamos para servirle a todo el mundo, con todo gusto y con mucha honra. Porque como luego dicen: es bolero. Para mí es mucha honra ser bolero. No cualquiera puede ser bolero. Hay que superarse y es que, nuestro trabajo no tiene término, siempre sacan nuevos modelos de pieles y diferentes tratamientos, y nosotros tenemos que buscar la manera de hacer el trabajo como es debido y que el cliente quede contento. Por ejemplo, ahora está saliendo una piel porosa que no trae nada de brillo. Esa piel se mancha con cualquier cosa, absorbe todo; entonces hay que lavarla, pero hay que saberlo hacer. Luego, hasta regaño a mis muchachos porque algún trabajo no lo hacen bien, les digo: "miren, no nada más es barrendero porque barre con la escoba, debe saber barrer. El que vende pepitas debe saber vender las pepitas, porque no nada más es vender, hay que saber. Todo trabajo tiene su chiste".

Si viene algún cliente y me dice: "mire pero rápido que tengo urgencia". Bueno, muy bien —les digo—, "pero rápido y bien no ha habido quién"; este es mi dicho. "Entonces si lo quiere bien deme el tiempo necesario, si quiere rápido, pues na'más, vámonos; pero no es lo mismo."

La mayor parte de los clientes me dicen: "¿qué pasó maestro?, buenos días, o buenas tardes". Y, caray, yo no soy maestro más que en la boleada, pero me siento orgulloso de que me digan maestro. Me siento muy contento, muy honrado y muy a gusto.

Con los años que llevo en esto no he hecho un negocio, pero me honro yo mismo en haber hecho una fuente de trabajo, de aquí vivimos cuatro familias. Como le dije, comencé con un asiento, después ya eran dos, a la fecha tengo tres muchachos que me ayudan. Uno es mi yerno; el otro es mi hijo; y el otro es mi compadre.

Nada más es que, la verdad, nuestro principal enemigo es el gobierno porque no nos deja trabajar como debe de ser. Porque nos llega: que Hacienda, que Salubridad, que el Seguro, que ahora... ya son muchos requisitos, y para un trabajo como el de nosotros que es tan sencillo, no debería de ser. Porque trabajamos para el gobierno, para la luz, para el teléfono y para la

renta. Eso no nos espera. Si por ejemplo, a mi esposa yo le doy 50 pesos, luego le tengo que decir: “¿sabes qué?, ahora nomás te doy 30 porque tengo que pagar el Seguro, ¿sabes qué? tengo que quitarte porque tengo que pagar la renta”. Ya no es como antes. Antes sí salía, y había suficiente dinero para poder cubrir todos los gastos, pero ahora ya no, es muy distinto.

Cuando comencé a trabajar ganaba, en los Portales, seis centavos en la boleada. Nos pagaban por boleada. La boleada costaba 25 centavos. A todos los trabajadores nos pagaban seis centavos. Luego fue subiendo, y ahora cobramos la boleada más caro pero también ganan más los muchachos, porque vergüenza sería que se les pagara una cosa muy sencilla. No trabajarían como uno quiere, tienen que hacerlo bien, pero uno tiene que pagarles bien, para que también uno pueda reclamarles lo que está mal hecho.

Al cliente debemos de sostenerlo y atenderlo como debe ser, para que se sienta obligado a pagar, de otra manera no paga. Esto es la Bolería la Manzanita.

Y con un pequeño golpecito en la punta de los zapatos Manzanita avisa que su trabajo, por hoy, ya terminó.

UNA FAMILIA Y UNA HISTORIA: LA NUEVA ESPAÑA*

1 531, el rey don Carlos V y su señora madre —la reina Doña Juana— por Cédula Real mandan a los residentes en la Nueva España:

[...] hacer una ciudad a medio camino entre Veracruz y la antigua Tenochtitlán, que sirva de posada a aquellos que transitan con sus mercancías entre estas dos ciudades.

La que habrán de hacer deberá aprovechar la riqueza que Dios ha puesto en esas tierras y habrá de llamarse Puebla, porque en ella se albergarán aquellos españoles que habiendo participado en la Conquista de Tenochtitlán aún no están satisfechos, y aquellos que aún no han accedido a las mercedes reales —la tierra— por falta de méritos.

La traza de esta Puebla será perfecta y en forma de retícula, y sus casas ricas: de cal y canto. Podrá utilizarse para su fundación a los indígenas, que por esa zona abundan. Los nativos que sirvan a tal fundación, deberán establecer sus viviendas en barrios de indios, nombrados como los santos de más prestigio de nuestra religión, y que se asentarán alrededor de la Puebla de españoles...

Más de 400 años de aventura y muchas cosas han cambiado. Puebla nació y a lo largo del virreinato fue

* Entrevista a don Antonio Álvarez García, agosto 1995.

la ciudad pujante que hasta principios del siglo pasado peleó el primer lugar nacional con la Ciudad de México. Hoy, el comercio y la industria textil que le dieron origen y fama centenaria están en crisis, esperando levantarse de los golpes recibidos.

Sin embargo, hay cosas que permanecen inmutables pese al paso del tiempo como, por ejemplo, aquella Puebla de aventureros, inconformes, trotamundos, negociantes y místicos españoles con alma medieval y espíritu renacentista.

Ahora, sus herederos están sentados en El Vasco fumando un puro, o en el Aguirre tomando café y masticando palabras; o en los trajines de sus céntricos comercios, o en Santo Domingo cuando de la Covadonga se trata. Así es Puebla de los Ángeles, ciudad fundada por y para españoles, donde sus herederos aún se cobijan bajo el centenario manto de sus ancestros.

Mi padre fue el fundador de La Nueva España, le puso este nombre porque él se constituyó en un conquistador de alguna manera. Nació el 12 de enero de 1884 en Miranda, que es una villa que está cerca de Avilés. Con doce años pasados, casi 13, llegó a Cuba, en el mismo año del hundimiento de un barco que se llamó Maine. Llegó a La Habana pequeño, él solo sin nadie que lo cuidara, sin compañía, en el año de 1896. Estuvo en ese país unos meses, y después llegó a Veracruz donde trabajó en lo que pudo.

No sé cómo, mi padre tuvo una oferta para venir a trabajar a Puebla, en una tienda que se llamaba El Nuevo Siglo que era de un español, de don Manuel Rodríguez. Ahí trabajó de empleado. Después viajó y estuvo unos meses en Chihuahua. En este sitio hizo muchas amistades. Al parecer, Chihuahua era una población más importante que Puebla. Fue entonces cuando empezó a decir: "En Chihuahua pasa esto...", "en Puebla no..." y en "Chihuahua...". Hablaba continuamente de esta ciudad. Tan-to

así que sus amistades le pusieron como mote "El Chihuahua". Luego mis hermanos y yo fuimos los "Chihuahuistas".

Mi padre vino con muchas ganas de ser alguien y lo consiguió. Llegó a ser don Antonio Álvarez Fernández. Y junto con otros españoles como don Antonio Pellón y don Leonardo Caso Corral, ayudó a fundar la Beneficencia y el Círculo Español. En este último se juntaban para jugar tradición del dominó, billar, tomar la copa, el café... Es ahí donde mi papá platicaba sus anécdotas en Chihuahua.

La fundación de La Nueva España se debe a su interés de tener algo propio, de hacer una familia. Y a pesar de que fue un solterón empedernido, hasta los 40 años y 8 meses que se casó con mi madre que tenía 25 años, dejó de ser todo lo calaverón que era cuando al fin se casó. Yo sé la historia porque me la han contado muchos españoles y, aparte, porque le seguí los pasos mucho después.

Mi padre trabajó hasta los ochenta y tantos años. Hasta el último de sus momentos activos tenía una pieza de casimir jalada, o el plumerón en la mano limpiando los mostradores y los sombreros. Específicamente, la tienda La Nueva España fue fundada en 1917. Antes de eso, mi papá tuvo otra tienda que se llamó El Nuevo Mundo. Estaba en la 2 Oriente, donde está ahora el Hotel Gilfer. Donde después estuvo una cantina que se llamó Don Quijote.

Cuando empezó en El Nuevo Mundo, le tocó la Revolución. Concretamente el paso de los zapatistas, eso en 1914. A mi padre y a un empleado suyo (no estoy seguro pero creo que era Manuel Arriola Landa), los pilló en la tienda. Cuando les avisaron que venían los zapatistas, éstos ya estaban por el Paseo Bravo. Entonces mi padre y su empleado plantaron unos tablones que había en la tienda, y se encerraron herméticamente en ella. En los tablones pegaban las balas, porque los zapatistas venían en plan de guerra, de balazos, y en plan de amolar a quien se encontraran, específicamente a los gachupines. No sé cuánto tiempo estuvieron allí metidos, pero a lo mejor un par de días, porque los revolucionarios andaban por ahí.

Al poco tiempo de esto fue cuando mi padre buscando mejores derroteros, y un mejor sitio, consiguió el local que es el

centro mismo de la ciudad, eso todo el mundo lo sabe. Allí, en donde había sido una pequeña tienda hizo La Nueva España. En la casa que está enfrente estuvo muchos años La Iberia, y arriba el Círculo Español. Esas dos esquinas eran las primordiales de Puebla. Una, en el Portal, y la otra enfrente, habían sido el lugar más céntrico de nuestra ciudad. Ahí se congregaba toda la gente que paseaba.

Con el tiempo mi padre amplió la tienda hacia el Portal con un local que era de un fotógrafo. Después tomó el local que colinda con la esquina, sobre la 5 de Mayo. Y en los años 23 o 25 se asoció con el señor Blas Cuadra.

El giro de La Nueva España ha sido siempre artículos para caballero, en todas sus variantes: telas, camisas, sombreros, calcetines, calzoncillos, zapatos, carteras... Puedo decir a toda honra que un caballero tuvo la tienda de caballeros más hermosa, más popular y más conocida que Puebla ha tenido. Porque mi padre era todo un caballero.

La cepa de nuestra profesión de ventas —la de mis hermanos y la mía— fue La Nueva España. Ese es el principio de todo. Allí nos tenía mi padre, bajo su mirada, todo el día, sin fumar ni salir a la calle. Cuando entrábamos al baño y tardábamos más de 10 minutos empezaba a golpear la puerta y a decir: “¡Ale, al mostrador!” Y esa es una buena manera de enseñar, yo aprendí a vender y a trabajar así.

En la época que estuvimos trabajando con mi papá tuvo la idea de vestir al *gentelman*: un negocio funesto. Porque el caballero es como la damita, que va a ver vestidos, y riega el mostrador de ropa para luego decirte que no les gustó nada. Si acaso se llevan una etiqueta de algo muy bueno, para ponérsela a una ropa que tienen en casa. De todas maneras nosotros fuimos representantes en Puebla de los Zapatos Florsheim, los sombreros Dobs, Stetson, y de todas estas marcas famosas y conocidas.

Mi madre fue una mamá increíble. Dicen que los hijos siempre tienen que hablar bien de sus padres, pero mi madre fue a toda... Ella nació en Santander. Mi papá era asturiano y mi mamá montañesa. Y aunque los dos vinieron muy pequeños (mi papá a los 13 años y mi mamá a los siete), nunca dejaron de ser españoles y pese a que mi madre nunca volvió a España, nunca perdió el acento; ellos fueron españoles hasta el final de sus días.

Fuimos cinco hijos: la mayor es mi hermana Angelines. Luego voy yo, después, mi hermana Lola, luego, una nena que se llamó como mi madre, Teresa, que murió al año y pico. Y al final Carlos, el más joven.

A mis hermanas mayores les pusieron el nombre de mis dos abuelas. La mayor: María de los Ángeles, Angelines, por mi abuela paterna. Y Dolores por mi abuela materna. A mí me pusieron Antonio, como mi padre; y al pequeño, Carlos.

De chicos vivimos varios años arriba del cine Variedades, allí en la 2 Oriente, en el que había sido el departamento de soltero de mi padre. Después nos cambiamos a lo que es hoy el mercado, 5 de Mayo y 18 Poniente. La mujer de don Eladio Martínez Pando tenía allí tres casas. En la del medio vivía mi abuelo: don Demetrio García. Nosotros vivíamos en la casa del extremo. Allí teníamos cancha de tenis y unos árboles frutales hermosísimos. Nos criamos en un ambiente sano y doña Guadalupe Presno de Martínez Pando nos enseñaba a jugar tenis. Allí vivimos muchos años hasta que después nos cambiamos a una casa en El Carmen que era de don Cruz González, los dueños de la fábrica La Poblana; porque todo eso lo iban a tirar para hacer el mercado.

Ya de jóvenes, todos los hermanos estábamos dentro de la cofradía de la Covadonga. Meses antes de la fiesta ya estábamos haciendo la organización de la romería. Para la Covadonga se hacían muchas cosas y se trataba de ser lo más pródigo posible. Los chicos trabajábamos para divertirnos y para que otros se divirtieran. Bailábamos la jota y los bailes asturianos, y yo tocaba la gaita. Nos divertíamos muy sanamente, hacíamos tómbolas, íbamos por todos los comercios para ver qué nos regalaban para la tómbola. Hacíamos bazares para los chicos pobres.

La comida y los bailes se hacían en el viejo Parque España, allí se hacían unas reuniones preciosas, como ahora, pero era otra cosa. Llegaban miles de personas; todas las chicas jóvenes traían sus peinetas y su mantón. El 8 de septiembre, día de la Covadonga, era un día al año que esperábamos todos como si fuera la Navidad, o un cumpleaños.

Con la tradición de la Virgen de Covadonga en la esquina de La Nueva España nos juntábamos todos. Las chicas con las mantillas y los mantones. Por aquel entonces no se ponían mesas en el Portal como ahora. Después, precisamente, de acuerdo con

esto empezaron a poner mesas para que la gente no solamente pasara, sino que se sentara a ver a los demás pasear.

Ese día se hacía una misa en Santo Domingo con el cónsul de España don Carlos Alonso Millar, como invitado de honor. A la hora de la elevación inclinábamos la bandera española, era una cosa maravillosa. Después, comíamos en el Círculo Español y nos íbamos a la romería del Parque España.

Era muy chistoso, o trascendental porque todo el comercio de españoles se cerraba. Tú veías en Puebla todos los negocios abiertos, menos los de los españoles. Y eso fue una cosa impuesta por los españoles, como bien se ha dicho, entre ellos mi papá. No quiero decir que fue él, pero sí los españoles. Españoles que entonces estaban en el centro. Como, por ejemplo, don José Rodoreda, don Luis Tovía Roco, don Manuel Rodríguez (todos ellos en paz descansen), del Nuevo Siglo, y otras tiendas, todas de españoles. Todas con la misma tradición y todas con la misma idea: las tiendas de españoles cerraban.

Pero esto ya no se hace. Creo que la última vez que se cerró el comercio español fue por el año 1974 o 1975. Luego se volvió todo un relajó. Demasiada gente, demasiado comercio. ¿A quién le importa el 8 de septiembre?, ¿si se es español o se deja de serlo? Este año parece que quieren reanudar esta tradición y aunque no cerrará el comercio, la gente se está organizando para celebrar a la Virgen de Covadonga.

Y qué más te puedo decir... mis padres fueron dos seres excepcionales. Nos trajeron al mundo y nos pusieron en esta ciudad tan linda. Somos españoles de raza, pero mexicanos de corazón: muy mexicanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Leicht, Hugo, *Las calles de Puebla*. Ed. Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, Puebla, 1992.
- Nutini, Hugo G., "De albergue de trotamundos a gran ciudad" en: *Casas y Gente. La revista internacional de las cosas Bellas*, México, núm. 5, abril 1986.
- Yanes Díaz, Gonzalo, "La cultura y los barrios Históricos de Puebla". Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Ciudades y Regiones Urbanas frente a la Modernidad, Pue-

bla, 1994.

HACIENDO CIUDAD, RECUPERANDO HISTORIA*

Lunes de cualquier año. Enredado en el asta bandera el símbolo patrio trata de bailar al son de la marimba que está enfrente del Royalty, en los Portales. De la Fuente de San Miguel sale un chorrillo de agua pa'dentro, y mil pa'fuera que se divierten mojando a los turistas (de pantalón corto, calcetines y sombrero), los vendedores y fotógrafos del Zócalo, a cuatro palomas despistadas, y a más de un universitario que acom-pañado por sus cuates se despista y cae en la húmeda trampa.

Los jubilados y boleros que día con día arreglan el mundo desde cualquier banca de la plaza, ya tienen experiencia y difícilmente se dejan atrapar por esos chorros juguetones.

En el cruce que convierte a la Reforma en Maximino Ávila Camacho está el *mordelón* aumentando el número de sordos con su impertinente silbato. Más adelante, doña Mago, la señora del puesto de periódicos que a fuerza de saludos se ha convertido en alguien como de la familia.

En los Portales los que disfrutan del fresco sentados en alguna mesa acompañados por alguna *chela* bien fría. Hacia el oriente: encorbatados, limosneros, vendedores y muchos jóvenes con mochilas y morrales. Alguna voz anónima que comenta calle abajo: "ese edificio de allí antes

* Entrevista al arquitecto Ambrosio Guzmán, junio 1995.

era hotel, el Arronte. ¡Uyy!, yo recuerdo cuando era hotel. Allí en la entrada, siempre estaba sentado un hombre que tenía una mano mala; creo que era el dueño del hotel. Eso era cuando veníamos a Puebla en tren... imagínate cuánto hace de eso...”.

Gente que llena la calle de voces que chocotean entre sí. De entre el murmullo claramente se pueden entresacar nombres propios para edificios vivos, que tiñen de historia la vida del Centro: el Carolino, el Arronte, el Presno, la casa de la Reina, el Nueva Era, el Don Bosco, el Sor Juana... Así, entre cantera labrada, talavera añeja, emplomados, mármoles y maderas nobles, la Universidad crece, se desarrolla y transforma.

Cobijado en uno de estos edificios, don Ambrosio Guzmán, primer jefe del Departamento de Construcción y Mantenimiento de la Universidad Autónoma de Puebla (UAP) en 1970, y secretario auxiliar de Rectoría en el periodo 1982-1987, actualmente investigador de la mencionada casa de estudios, empieza su relato:

Cuando el licenciado Alfonso Vélez llegó a la Rectoría me invitó a colaborar con él, en un programa encaminado a incrementar el espacio físico de la UAP y su patrimonio cultural.

En la Universidad, en ese momento había una demanda de crecimiento físico importante porque se estaba dando la masificación de estudiantes. Hasta la década de los cincuenta sólo existía el edificio Carolino que albergaba las preparatorias y las escuelas profesionales existentes, además se contaba con el edificio anexo al Hospital, en el cual estaba instalada la Escuela de Medicina, la cual siempre estuvo saturada. En la década de 1960, la Fundación Jenkins, construyó las instalaciones de la Ciudad Universitaria, que proporcionaron un momentáneo respiro y bienestar, ya que la demanda de la juventud por tener acceso a una formación profesional iba en aumento.

Así, la población estudiantil en la década comprendida entre 1970 y 1980 aumentó de 12 500 estudiantes a 50 500, y en 1981 el

número de alumnos ascendía a un total de 64 500. El crecimiento de espacio físico se mantenía lento en comparación con el crecimiento poblacional de la Universidad. En 1970, por ejemplo, teníamos un total de 60 000 m², y en 1980 había aumentado a 80 500 m². Comparando, en este mismo periodo el aumento de estudiantes significó un 430%, mientras que el incremento, sólo, un 29%; ello nos obligaba a hacer crecer el espacio físico mínimamente al doble. El problema era grave si tenemos en cuenta que en 1981 teníamos en promedio 1.28 m² por alumno y la recomendación internacional dicta como mínimo 1.50 m² por alumno como superficie dedicada exclusivamente a la enseñanza.

En esta lógica se planteaban dos caminos de crecimiento de nuestra institución. Uno, era el del campus universitario a la manera de las universidades gringas. El otro, se basaba en la adquisición de fincas en el centro de la ciudad, donde ubicar a los colegios pequeños, y a la administración de la UAP. Finalmente, logramos combinar estas dos maneras de crecimiento. Así, se procedió a la adquisición de fincas, mientras que al Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE) se le solicitó la construcción de nuevos edificios en CU.

En los ochenta, los sectores más reaccionarios de la ciudad se oponían a la presencia estudiantil en el Centro. En este sentido, debemos recordar que por aquel entonces había mucha participación universitaria en las diversas luchas sociales que se manifestaban. Por ello la Fundación Jenkins le propuso a la Universidad cambiar el edificio Carolino por el mobiliario necesario para hacer funcionar CU, que nos fue entregada vacía. Sin embargo, este cambio nunca se efectuó porque para los universitarios el Carolino siempre ha sido un bastión. Ahí nació la Universidad, y sigue siendo la sede de su administración central, no en vano durante los movimientos estudiantiles nos identificaban como “los carolinos”.

Pese a la oposición de los sectores poblanos más conservadores la Universidad empezó la adquisición de fincas entre otras cosas porque resultaba más barato comprar casas alrededor del Carolino y adecuarlas a las necesidades de los colegios pequeños que requieren aulas para 15 o 20 personas, que construir nuevas instalaciones. El costo que obtuvimos, adquiriendo la

finca y restaurándola adecuadamente osciló alrededor del 40% en comparación con la obra nueva. También comprobamos que los espacios de las fincas antiguas eran fácilmente adaptables a nuestras necesidades. En algunos casos hay espacios suficientes hasta para albergar sesenta u ochenta personas en pequeños auditorios, bibliotecas o espacios de usos múltiples; así como también hay la posibilidad de adaptar pequeños cubículos para uno o dos investigadores.

Reconozco que pese a todo hay algunas incomodidades, ya que el espacio original nació con otro fin. Pero si preguntas a los estudiantes cómo se sienten en sus espacios, creo que en general la respuesta es positiva, lo mismo sucede con los maestros e investigadores. Ellos se sienten orgullosos de estar en un edificio antiguo, les gusta, hay afinidad entre la gente y el edificio. Los inmuebles se vuelven parte de la vida cotidiana, identifican los sitios, así escuchas decir a la gente: “te espero en el Arronte, o en el Presno, o en Sor Juana” y no hay duda de dónde los van a estar esperando.

Las primeras adquisiciones que en esta materia hizo la Universidad, se deben al químico Sergio Flores, el cual durante su rectorado compró el edificio del Antiguo Colegio de San Jerónimo, por el año de 1971 (hoy Colegio de Psicología). La siguiente adquisición la hizo el ingeniero Luis Rivera Terrazas, comprando la casa ubicada en la avenida 2 Sur y la 9 Oriente, donde hoy se encuentra el Museo Amparo. La casa era propiedad de la familia Espinosa Iglesias y cuando don Manuel se enteró que su hermana nos había vendido la casa, montó en cólera. Entonces la quiso comprar, pero el rector se negó. Entonces, don Manuel Espinosa le ofreció a la Universidad cambiar esta casa por cualquier otra que se escogiera pagando él la restauración del inmueble y su adaptación a nuestras necesidades.

Finalmente se canjeó la Casa de los Espinosa por el Edificio Arronte (hoy dirección de Bibliotecas, ubicado en Maximino Ávila Camacho 219) el cual tiene una superficie cuatro veces mayor y está mucho más cerca del Carolino. Nosotros salimos ganando a todas luces, porque es un edificio mucho más agradable y con más historia (aunque allí no haya nacido don Manuel).

Al poco tiempo el licenciado Trasloceros nos ofreció la casa

donde tenía su notaría, en Maximino Ávila Camacho 229. Esa casa costó 5 millones de pesos con todo y la hermosa estantería que dejó en la biblioteca. El notario no nos cobró las escrituras (de esta casa ni de las que en lo sucesivo se fueron adquiriendo) porque se dio cuenta de que había mucha transparencia en la adquisición.

En aquel entonces los propietarios vendían por varias razones; una, porque trasladaron su residencia fuera del Centro Histórico, otra porque aquella propiedad había sido heredada por varias personas y lo más práctico era venderla para así poderse repartir el dinero, o porque, como es el caso del notario Trasloceros, no tenía herederos a quien ceder la casa y sabiendo que la Universidad le daría un buen uso, y sin ninguna intención a especular con el valor de su finca, decidió dejársela a su Alma Mater. Este ánimo que los propietarios tuvieron para no especular ayudó muchísimo a que los costos de recuperación de las casas fuesen muy bajos.

Otro ejemplo de lo anterior fue la Casa Presno (Maximino Ávila Camacho 208), la cual costó 7 millones de pesos. Para que te des una idea de lo que significaba esto, he de decirte que cuando vinimos a ver la casa para su posible compra, ya la estaban desmantelando. Los vidrios los estaban rematando, por eso hay tan pocos originales, cada vidrio costaba 1 500 pesos. Había quien quería las puertas; una puerta de ese edificio en esa época costaba entre 600 y 700 mil pesos. O sea, que si las cuentas y las multiplicas por esta cantidad, ya tienes lo que se pagó por una casa con escalera de mármol de Carrara, y una hermosa herrería.

Cuando, por el año de 1985, nos enteramos que se vendía la Casa de los Muñecos nos acercamos con los señores Caso Menéndez y se hizo la oferta. Creo que por ella se pagaron 28 millones, 14 puso la Universidad y 14 el Gobierno del Estado. Por muy alto que haya sido el costo de recuperación no significaba nada porque la Universidad estaba adquiriendo la mejor casa que hay en Puebla, en cuanto a su ubicación, su calidad, su historia... etcétera.

La Universidad aprovechaba las ofertas. A cada rato nos venían a ofrecer casas, y se fueron adquiriendo las que mejor conservadas estaban y mejor precio tenían. Al poco tiempo de esto hubo una reacción del mercado y ahora ya te piden las perlas

de la Virgen por una casa, y cada día va a ser peor.

Así rescatamos fincas que estaban a punto de perderse. El cambio de uso de estas propiedades propuesto por nosotros es válido, aunque hubo críticas muy fuertes alegando que los estudiantes no serían capaces de respetar las casas antiguas. Sin embargo, nosotros nos inclinamos por la idea de que eso también los iba a educar y que tendrían un respeto hacia esta arquitectura. Y dio resultado, porque si tú ves las casas por dentro están bien conservadas, no se han destruido, difícilmente están pintarrajeadas, *cu* está muchísimo más pintarrajeado que aquí.

El cambio de uso no afectó al edificio sino que al contrario, le garantizó su permanencia; porque si todos los días lo están habitando, le pasan la escobita, si le arreglan las humedades... eso garantiza la vida del monumento.

Junto con estas adquisiciones se empezó a desarrollar un ambiente netamente cultural: bibliotecas, museos... Hoy, si ubicas en un plano los centros culturales de nuestra ciudad verás que están dentro de una mancha muy definida que se concentra en el centro de la ciudad. Así, ahora la Universidad está inmersa en el ámbito cultural. Estamos a un paso de la Casa de la Cultura, de los museos. Esto conforma una vida muy especial. Por otra parte, el turismo empieza a participar en esto porque puede entrar y admirar las casas.

De todo esto surgió la certeza de que tarde o temprano, se iría conformando un espacio estudiantil (quizás podríamos llamarlo "barrio" aunque no tenga las características de un barrio tradicional) en el mismo corazón del Centro Histórico de nuestra ciudad.

La presencia de cerca de veinte inmuebles universitarios¹ ha propiciado la aparición de servicios como: papelerías, copiadoras, librerías, imprentas, casas de huéspedes, taquerías, fuentes de sodas, torterías, cafeterías, cervecerías. Hasta las vendimias de la Plaza de la Democracia son producto de esta nueva vida estudiantil. A 25 años de la compra de las primeras casas, sin duda, hay una nueva vida en el Centro, y sinceramente creo que

¹ Hoy 33 edificios en el Centro Histórico forman parte del patrimonio universitario.

no nos equivocamos.

Lunes de cualquier año. El tímido sol escondiéndose detrás de las torres de catedral. El aire que baja de la Malinche por la 2 Norte y refresca los ánimos. Aroma de gardenias llenando todos los rincones.

En el zócalo, la banda de guerra interpreta: boleros, canciones populares y pasodobles mezclados con alguna pieza musical destinada a los doctos. Para finalizar: el Himno Nacional.

Niños con globos, jóvenes con niños, mirones y algún que otro pillo, todos alrededor del asta bandera, atentos, viendo el descenso del símbolo patrio que bien dobladito se va a descansar luego de los avatares del destino.

Farolas *chizas* estilo francés que llenan de blanquecina luz y tenues sombras las céntricas calles de la ciudad. Gente que paso a paso abandona las aceras, luces que se apagan y silencios que se hacen a cada momento más largos. Un gran zaguán de madera que se cierra detrás del último estudiante, y una voz centenaria perezosa y oscura que desde lo más profundo de la casona exclama: Mañana será otro día.

ENTRE DULCES Y CAMOTES TE VEAS*

3 de mayo de 1916, seis de la tarde. Esa es la fecha exacta de mi nacimiento. El lugar: la casa de mis padres, de la 6 Oriente, no me acuerdo del número, pero es mero enfrente del convento de Santa Clara, donde se hicieron los primeros camotes.

Mi padre fue periodista, se llamó Josué Casián Reyes pero siempre firmaba con los apellidos invertidos Reyes Casián, trabajó en *El Ahuizote* y en un periódico de Guadalajara que se llamaba *HOY*. Mi madre: Agustina Robles de Casián. Eran auténticos poblanos. Los abuelos por parte de madre eran de Acatzingo. Mis padres tuvieron cuatro hijos en este orden: Alicia, Eugenio (yo), Cecilia y Augusto.

No sé desde cuándo mi madre empezó lo de la dulcería La Cristalina. No recuerdo la fecha, cuando nací ya la tenían. La primera familia que vendió dulces y que nosotros tenemos noticias de ello fue la familia Irigoyen. Su dulcería, La Bohemia, estaba como a media calle de la 6 Oriente, entre la 4 Norte y la 2. Después, doña Herlinda Portilla puso La Clarita; mi madre puso su dulcería que aún existe: La Cristalina. Luego llegaron: La Gran Fama, de Lolita Soto y El Lirio de la señora Victoria Ortiz, La Reina, La Imperial, La Alondra y La Guadalupana de la señora Amelia Anaya.

Mi madre empezó con lo típico: con los camotes, los muéganos de vino y de horno. Después ya vinieron las aleluyas de piñón, eran un poco más grandes que las monedas de mil pesos viejos. Se hacían con un moldecito, también las había de almendras.

* Entrevista a don Eugenio Casián realizada conjuntamente con la antropóloga Adriana Guerrero, abril 1995.

En ese tiempo se hacían las empanaditas rellenas de coco y decoradas que decían: “Recuerdo de Puebla”. Todo se hacía con devoción, con amor, eso se ha perdido.

El dulce predilecto de aquel tiempo era el muégano de vino, se consideraba algo exquisito, mejor que cualquier pastel. Éste se hacía con harina y yema de huevo, se dejaba reposar la masa, luego se hacían unas “veletas”, así le llamábamos nosotros. Eran unas tiritas de masa que se recortaban y se ponían a freír, después se escurrían perfectamente, se rociaban de vino y miel ligera y se iban poniendo a manera de enrejado, en unos moldes del mismo tamaño que las cajas de camotes actuales. Por eso se les llama cajas de muégano. Una vez acomodadas las veletas, se les ponía pasta de almendra. Con el tiempo se les puso pasta de pepita en lugar de almendra. Ya no se hacen estos muéganos porque la gente empezó a hacer porquerías y en lugar de yemas le puso sustituto de huevo, fue degenerando, hasta que aquello sabía horrible y ya nadie compraba los muéganos.

Todas las dulcerías empezaron vendiendo camotes, eso era lo principal. El camote se lavaba con una escobetita, sobre todo los hoyitos, hasta que quedaba bien limpio. Se ponía en un cazo —los camotes grandes se acomodaban abajo y los chicos arriba— y se añadía agua hasta bañar el tanto de camote. Se tapaba con unos costales y otro cazo encima. Se ponía el brasero con carbón. Se calculaba el tiempo de cocción según la calidad del camote. Había uno que le llamábamos harinoso, era macizo, éste tardaba más que otro que le decíamos aguañoso. El mejor camote era uno que venía de la región de Atlixco, cerca de Champusco, de una escuela de agricultura. En esos terrenos se daba muy buen camote porque era harinosito, rendía mucho. Algunos de los fabricantes decían: “no rinde, le tengo que poner más azúcar”. No es cierto, era ignorancia de los trabajadores. Con el harinoso el volumen era mayor, y con el aguañoso al contrario.

Para saber si un camote estaba cocido yo le metía el dedo y si profundizaba, eso era señal de que ya estaba. Así calentito se mondaba lo más rápido posible. Después se cernía en un recipiente de cobre, era el idóneo. Se cernía para quitarle la fibra. Luego se le agregaba el azúcar ya clarificado. Mi mamá decía: “no hijo, no hay más regla que tus ojos y tu experiencia, porque si te sale un camote aguañoso no le vas a poner la misma cantidad

de azúcar que si fuese harinoso". Sin embargo la base era kilo por kilo, por decir algo, 10 kilos de azúcar por 10 de camote.

Una vez agregado el azúcar se empezaba a mover a fuego lento y con una pala de madera. Si el camote era de limón se le rayaba limón, no mucho porque sino amargaba. Si había naranja se hacía lo mismo. Si era de piña se ponía ésta en trocitos desde un principio para que se cociera bien. Después se le agregaba a cualquier pasta unas gotas de limón para blanquearla. Había varios sabores: piña, limón, naranja, fresa, vainilla y guayaba. Pero desde que yo tuve razón nunca al de fresa se le puso fresa natural, siempre fue concentrado y le poníamos vainillina.

Una vez que la pasta se despegaba del cazo, se dejaba enfriar en otro recipiente. Ya frío, se procedía a lo que llamábamos labrar, es decir darle la forma alargada. Con la práctica salían como hechos en máquina; tan igualitos que parecía increíble. Yo aprendí a labrar pero siempre me salieron chuecos. Mi madre siempre me dijo: "qué feos haces los camotes". ¿Será porque tengo los dedos panzones? Se labraba con un lienzo húmedo, debía de ser blanco y estar muy limpio. La tabla donde se colocaban los camotes ya labrados tenía que estar muy asoleadita. Se ponían a secar al sol tapados con la tela que le llaman cielo. Ésta era muy ligera e impedía que le cayera tierra, o que las abejas se los comieran.

Los camotes se iban volteando para que se secaran del otro lado y después se embetunaban. El camote seco se introducía en la miel (la miel tenía que estar a punto alto), y con las manos se embetunaba. Luego se iban colocando en unas escurrideras y se asoleaban otro poquito para que secaran bien.

Una vez que ya estaba sequito se procedía a envolver con una etiqueta que dijera: fresa, o vainilla o limón, dependiendo del sabor del camote. La etiqueta decía "Camote de Santa Clara", el sabor venía a un ladito junto con la dirección y el nombre del fabricante. Todo el mundo le decía camote de Santa Clara. Mi madre quiso patentar eso del camote de Santa Clara, pero le dijeron que no se podía porque camote era un nombre genérico. Es como los ates de Morelia, se puede registrar el nombre de la dulcería pero nada más. Por eso nosotros poníamos en las etiquetas: "Camotes de Santa Clara La Cristalina".

Les decimos de Santa Clara porque se supone que fue ahí donde se hicieron los primeros camotes. Mi madre aprendió a

hacer camotes viendo hacerlos a los artesanos. Cuanto dulcero pasaba ella lo llamaba para que nos enseñase y nos decía: “a ver hijos, vengan a aprender”. No había el egoísmo de ahora. El lema de mi madre era: “metan la mano, si no no aprenden”. Nos decían: “ora sí, ora hágale así”; salía horrible, pero lo hacíamos.

Siempre he tenido la creencia de que las inventoras de los camotes son las monjas clarisas, por eso les pusieron “Camotes de Santa Clara”; pero las innovaciones que se le hicieron al dulce fueron producto de los fabricantes. Los camotes de los dulceros fueron perfeccionándose tanto en la presentación como en el sabor; porque cuando se empezaron a hacer los camotes no tenían sabor, estoy hablando de tiempos remotos, fue después cuando se les comenzó a poner sabor: vainilla, naranja, limón, piña, etcétera.

Los camotes decorados son más recientes, las monjas no los decoraban. El decorado se hace con azúcar glass y cada uno con su creatividad, se hacen cosas maravillosas.

Según dice la gente que me conoce, yo fui el primero que le puse color a los camotes. Antes llevaban fruta natural sin color. Y un día le puse color verde al de limón, rojo al de fresa, al de piña le puse amarillito... Les puse color para que se vieran más llamativos, y como adorno los envolvía con un papel parafinado muy transparente, traslúcido, y se veían preciosos. Para que te des cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que hice esto, te diré que en aquel entonces el medio ciento valía tres pesos con cincuenta centavos. Afuera de las camoterías había unos letreros que decían 3.50 el medio (en letra chiquita y escondida), CIENTO (en grandote).

Bueno, sigamos con la envoltura del camote, primero se envolvían con papel de china de colores, y después ya se hizo con papel satinado. Hubo un tiempo en que usamos papel celofán, pero no sé qué pasó, no dio resultado. Una vez envueltos los camotes se acomodaban en cajas.

A mí me tocaron aún las cajas de tejamanil. Cortábamos el tejamanil, lo clavábamos con clavitos chicos. Las pintábamos con colores de agua. Les hacíamos unas rayitas, y unas florecitas, eso era maravilloso. En lugar de bisagra se ponía un pedazo de tela corriente pegado con cola. Eran cajas de docena, esa era la base, después había las de tres docenas y así. Ahora ya no; ahora

piden 40 camotes, 50; la docena ya no es una medida como antes.

No todas las dulcerías daban los camotes en cajas de tejamanil, eran sólo tres o cuatro que así los vendían. Ese fue un tiempo maravilloso, pero eso fue hace muchos años. Después vinieron las cajas de cartón. Ésas ya venían cortadas y nosotros ya nada más las armábamos.

Otro dulce que se hacía eran los molletes. El pan se compraba en la panadería, el panadero les decía “batidas”. La masa era como la de concha pero menos suave; se abrían a la mitad y se rellenaban de crema. Cada quien la hacía lo mejor que podía, pero entre más rica mejor queda el mollete, a veces a la crema se le ponía coco; luego al pan se lo bañaba con jamoncillo de pepita, hasta forrarlo y se le ponía un poco de coco por encima. Son exquisitos.

Los molletes se hacían un día antes de Santa Clara, luego se empezaron a hacer desde el 11, 12 y 13 de agosto. Ahora se hacen desde un mes antes de Santa Clara y algunos un mes después siguen haciendo los molletes. Pero, como todo, ya no son tan buenos; el pan ya no es igual, la calidad ha bajado. No sé por qué sucede eso en lugar de que con el progreso todo fuese mejor.

La base de las dulcerías era el camote, por eso se llaman “camoterías”, y no “mueganerías” o “tortiterías”, o “macarronerías”. El camote fue lo que trajo la fama, por eso somos camoteros. ¿Te puedo contar una anécdota? En México tenía una novia que me preguntó qué era lo que hacía en Puebla, y yo le dije que camotes. Cuando regresé a verla me dijo: “eres refamado porque cuando digo que mi novio es de Puebla, me dicen: ¡Ah!, el camotero, eres muy famoso —me decía—, todo el mundo te conoce”. Ella no sabía, la pobrecita, que a todos los poblanos se les dice “camoteros”.

La original camotería La Cristalina la puso mi madre allá donde sigue estando, en la 6 Oriente casi esquina con la 2 Norte. Ésta, Santa Clara, la mía, la de la 2 Norte entre 4 y 6 Oriente tiene 49 años y en ella me han pasado muchas anécdotas. Por ejemplo, Díaz Ordaz me quedó a deber 60 pesos para que lo sepas. Él, en aquel entonces era abogado del dueño del Café de Santa Clara, el de aquí en la esquina de la 6. El dueño era el esposo de doña Herlinda Portilla, la dueña de La Clarita. Un día estando acá en la tienda entró Díaz Ordaz y me dijo que necesitaba unos dulces

pero que no traía dinero y que después me los pagaba. Todo eso hablándome de “tú”. Yo lo conocía por medio de la señora Herlinda y le contesté: “Si licenciado, cómo no, cuando guste usted”. Nunca volvió. Todavía no era ni secretario de Gobierno, o sea que imagínate cuando fue eso. En aquel entonces 60 pesos era un capitalazo.

La verdad, yo ya pude haberme retirado hace tiempo, no porque sea rico, pero creo que teniendo para comer mañana sobra y basta. Sin embargo, pienso que si no estuviera aquí, en los camotes, me moriría. Viajé cuando fui joven, ahora ya no tengo fuerzas; pero estar aquí en la dulcería es una felicidad. Mi pasado el viento se lo llevó, el futuro es incierto a mi edad, lo único que vale es mi presente; y esta camotería es mi presente.

GLOSARIO

Labrar: darle forma alargada a la pasta de camote con ayuda de un lienzo delgado y húmedo.

Punto de bola: cuando la miel ha alcanzado cierto espesor, y al colocar un poco de ella en un vaso con agua fría se convierte en bola.

SANTA ROSA, UNA TRADICIÓN ENTRE LA ESPERANZA Y EL OLVIDO*

Oscuridad, hollín, óxido, y en los puestos una bombilla que todo lo llena de sombras. Grasa, polvo, mugre —la mugre que suelta cualquier fierro viejo—, carbón; un techo de lámina que condensa el calor despedido por un sol eufórico y un suelo de cemento que a golpes de fierros y tiempo cuenta ya con un sinfín de hoyos.

Al fondo de la gran nave una Virgen de Guadalupe flanqueada por dos forjas de gas y carbón. Únicamente la luz de la llama azul de la forja ilumina el lugar. Un herrero mete entre las brasas un fierro mojado, para extraerlo —poco tiempo después— al rojo vivo y a base de golpes darle forma, arrancándole chispas rojas cada vez que el mazo se estrella con él.

Radios tocando, teles prendidas donde se ve la novela favorita, mujeres y niños pendientes de la evolución del programa. Un joven que agarra una placa de metal cuadrada, dibuja en ella un círculo que casi no cabe, la coloca en una guillotina y empieza a cortar hasta que la convierte en circular. Al lado, otro hombre que se pone una careta, agarra un soldador, una cinta de fierro, y unas alicatas

* Entrevistas realizadas en enero de 1995.

con soldadura. A ritmo de música instrumental —a todo volumen— va soldando la cinta metálica al borde del círculo metálico, el objetivo es hacer un comal de tortillas industrial, todo a *mano pelona*, no hay guantes.

En cada pasillo voces de fierreros y fierreras que te asaltan preguntando: “¿qué buscaba?, ¿qué se le ofrece?”, desde sus puestos convertidos en altares de un pasado lejano donde se rinde culto a objetos de hierro desconocidos, de mil formas y para mil tareas agrícolas o de construcción, donde cada una de ellas requiere del instrumento preciso. Puestos donde se les arrancan las chispas a los cuchillos, y condensan el conocimiento del porqué de tanto hierro.

Así era el mercado de fierros viejos de Santa Rosa, ubicado entre la 3 Norte y la 5 sobre la 14 Poniente; al lado mismo del Museo de Artesanías de Santa Rosa, y la iglesia del mismo nombre. En parte de lo que algún día fue el patio del convento estaban instalados los fierreros desde hacía 36 años, esos que sacaron del Mercado La Victoria en 1958 con la promesa de construirles un mercado exclusivo para ellos en menos de un año, y así pasaron 36.

Los principios en este nuevo lugar fueron muy difíciles tal y como nos lo cuenta don Ángel y su hermana doña Natalia. Lo que había sido un taller de camiones, debía convertirse en un mercado de fierros y herreros:

Llegamos a comer totopos porque no había para más. No había ni techo, y así bajo el sol, la lluvia, con nuestros puestecitos de madera sacados de La Victoria nos la pasamos cinco años hasta que el negocio volvió a funcionar bien.

Aguantamos de todo: calores e inundaciones, porque tampoco había drenaje, y como el terreno hace pendiente y el fondo es más bajo que la calle, esto se convertía en un lago (irónicamente comenta: teníamos que contratar lanchas para ir de un lado a otro sin ahogarnos).

Don Ángel y doña Natalia llevan toda una vida dedicados a los fierros, él como herrero y ella como fierrera. Los dos son bajitos, de cara redonda y ojos vivos, pelo canoso chino y de caminar rápido: él con paso corto y erguido; ella, más relajada y con un leve vaivén. Se los podía encontrar en el segundo y tercer puesto del pasillo central, entre comales, martillos, braseros, ratoneras, aplanadoras de pollo, máquinas para hacer tortillas y una infinidad más de objetos metálicos. A la edad de 6 años doña Natalia llegó a Puebla proveniente de México D.F., junto con su familia, porque su abuela había heredado el negocio de los fierros a su padre. Desde aquella época es fierrera, o sea 59 años en total. Ella, junto con sus padres y hermanos vivió las viejas glorias del Mercado La Victoria, central de abastos de Puebla construida durante el porfiriato y que hoy, desgraciadamente, se ha transformado en una tienda departamental.

El mercado de fierros de Santa Rosa inició cuando nos sacaron de La Victoria hace muchos años cuando estaba Artasánchez Romero. Y acá nos dio lugar Cué Merlo. Nos sacaron de La Victoria porque querían meter a los que estaban en la 8 y la 3 Norte, que vendían vestidos y todo eso. Los metieron para que se acabara el ambulatismo. Total que nos sacaron a nosotros, metieron a éstos y luego cuando vimos las calles estaban llenas de ambulantes.

En La Victoria se abría a las siete de la mañana y se cerraba a las siete de la noche. Todo el día allí. Como en Santa Rosa que abrimos a las ocho y cerrábamos a las ocho o a las nueve de la noche. En La Victoria eran muchos puestos, en Santa Rosa han ido disminuyendo, hay varios que se han muerto, hay quien ha dejado su puesto.

Nosotros estábamos en el Mercado La Victoria, sobre la 8, por donde estaban las telas, por un lado vendían losa, del otro lado cubetas y lo de lámina; braseros, regaderas y todo eso. Más adelante estaban las fondas. Para adentro estaban los de la cristalería: tazas, platos... y para allá seguía lo demás. Más para allá la

fruta que estaba en medio del quiosco. En el quiosco estaban las coronas, las flores; y todos los de los encajes estaban por el lado de Santo Domingo. Atrás de nosotros los que vendían sombreros de palma. En medio vendían aguacates, quesos, baberos, y para llegar al portillo de la 4 los de las telas. Eso sí era un mercado, no como ahora que es un centro comercial, de mercado ya no tiene nada, ni porque le dejaron el nombre. Un mercado es como el que le acabo de pintar.

En el mercado de fierros de Santa Rosa además de trabajos de herrería, se venden diversos objetos metálicos que no son realizados por los herreros de allí.

Aquí hay cosas que quizás muchas personas no conocen. Los clientes del mercado son casi todos de los pueblos, y vienen a buscar por ejemplo una hoz para cortar el zacate; la guadaña para el trigo; ese machetito que ve ahí para cortar caña o alfalfa. También vienen muchos albañiles a buscar un burilito para quitar la rebaba del mosaico... todo esto no lo hay en las ferreterías. Por ejemplo, esto es una grifa, sirve para doblar barilla; lo de atrás es una barreta de uña para descimbrar; estos son raspadores de cerdos, para quitarles el pelo y hacerlos chicharrón, pero también lo ocupan para rascar el maguey y sacar el aguamiel para los pulques; esto son argollas para amarrar cochinos; esto, puyas para picar toros; este es un gancho de garabato para sacar las cubetas que se pierden en el fondo de los pozos; esto son agujas de árria para coser los costales de mazorcas. ¿Sabe lo que es un pizcalón? Es este fierro como aguja gorda y grande con la punta filuda y tantito torcida. Lo ocupan para sacar la mozarca de las cañas. Se amarran un hilito en la mano y abajo de pizcalón y van escarbando y sacando las mazorcas que luego echan dentro de un chiquihuite que llevan colgado al hombro. Todo esto no lo hay en las ferreterías y si lo hay es más caro.

Ahora el Ayuntamiento les ha hecho un nuevo mercado en la 11 Norte entre la 20 y la 22 Poniente. Es un mercado muy bonito con el suelo de losa blanca, y unas rejas pre-

ciosas pero con inconvenientes.

Nos han cerrado nuestro antiguo mercado para que vayamos al nuevo, para que compremos en el nuevo. Ahora nos quitan, no nos dan un lugar como debe ser y el mercado que nos hicieron no podemos pagarlo. Por un puesto de tres por tres nos piden 65 millones al contado. Si no hay que pedir crédito bancario a pagar en siete años y ahora, con lo de los nuevos intereses ¿a cuánto sube la deuda? Yo, al menos, no puedo pagar —exclama doña Natalia— porque es mucho dinero, y según los señores del banco ya no soy sujeto de crédito porque tengo 65 años de edad, y así tenemos varios, ¿entonces cómo le vamos a hacer? No podemos dejar botados a la gente que lleva tantos años en esto y que no tiene y no les prestan por su edad. Además de dónde vamos a sacar para pagar la mensualidad si aquí la mercancía muchas veces era a crédito y venía el señor que me había dejado 700 000 pesos a pagar en 15 días, venía y no le podía pagar del todo porque en ese tiempo no había vendido lo suficiente. Y es que no se vende. Si usted lo ha visto. Llega el cliente y pregunta el precio de cualquier cosa, se lo doy, se enoja y se va porque quiere barato. Yo entiendo que también para los compradores la situación está crítica. Ellos vienen a buscar barato y si nos vamos para allá que está tan caro (el nuevo mercado) ya no podemos dar barato. Las ventas están críticas...

Además en ese mercado los puestos son de tres por tres; diga usted dónde van a trabajar los herreros, dónde van a hacer sus rejas por ejemplo, y cómo van a trabajar si nos les dejan apoyar un fierro en el suelo para que no se rompa.

Sí, queríamos un nuevo mercado, uno de piso de cemento y techo; sencillo; vaya, un mercado y no un centro comercial como el que nos hicieron, porque no lo podemos pagar.

Sabemos que tenemos que irnos, la Beneficiencia Pública (quien les alquilaba el terreno) ya no nos ha renovado contrato. Lo que pedimos es que nos dejen entrar por nuestra mercancía. El miércoles 11 por la noche llegaron a poner los sellos de clausurado con todo adentro y no hemos podido sacar nada. También pedimos un lugar donde trabajar pero que podamos pagar. No queremos nada gratis, simplemente queremos un

lugar que podamos pagar, que sea un precio justo.

De los 61 ferreros de Santa Rosa propietarios de los 102 puestos que tenía el mercado, hasta el viernes 13 de enero, 27 habían aceptado ir para el nuevo mercado. Los demás esperan en la calle la posibilidad de un diálogo con el gobierno y que su posición sea entendida y respetada, pese a la desconfianza que el último altercado con la autoridad acarreó.

Hace como dos meses algunos de nosotros fueron al Mercado Hidalgo, por Xonaca. Allá nos fue *del cocol*, porque los policías se llevaron nuestra mercancía y luego de no sé cuánto tiempo, apenas el 10 u 11 de diciembre nos la regresaron toda llena de golpes, rota y mucha de ella ni regresó, se quedó por ahí. Nos fuimos al mercado que le cuento porque nos invitaron los mismos locatarios. Nos dieron lugares en una explanada que hay al lado del mercado, y que es de ellos. Pasamos otra vez fríos, aguas... casi un mes estuvimos allí. Cuarenta fuimos para allá mientras algún familiar se quedaba aquí. Diez de los cuarenta se quedaban a cuidar en la noche, tres o cuatro mujeres y los demás hombres. Se tapaba la mercancía con un hule para que no hubiera problemas. Al otro día, sacaba, cada quien, su hulito —porque nada más era un hulito y una tabla— y a vender. Allá se vendía poquito, pero se vendía cincuenta o sesenta, había días que se llegaba a los cien.

Durante el mes la gente se fue turnando para quedarse en la noche, hasta que nos quitaron las cosas. Llegaron un día a la una de la madrugada y se llevaron todo; echaron cerillos a los hules y tablas y nos dejaron sin nada. Llegó el señor Pichón con policías y patrullas como si fuesen a agarrar a un delincuente o una cosa así. Entonces se les dijo que según un papel, ese terreno era de los del mercado y que si ellos estaban de acuerdo en tenernos ahí no nos podían sacar. Pero él contestó que con ese papel se limpiaba quién sabe qué.

Hace cuestión de cinco años se formó la Unión de Fie-

rreros y Herreros de Santa Rosa.

Nos organizamos precisamente por esto de que nos iban a sacar y alguien tenía que dedicarse a ver que no nos sacaran. Pero desgraciadamente nuestros organizadores lo que vieron fue su conveniencia y no vieron que la gente quedara otra vez igual. Hubo problemas y nos dividimos porque cuando nos dijeron lo que iban a costar los puestos preguntamos: "¿y los que no tengan?" Y contestó uno de la mesa directiva: "Pues que no compre...". ¡Tan fácil! (exclama doña Natalia enfadada). Entonces, ¿de qué va a vivir ese *compañero*? Somos compañeros desde La Victoria, esos son los que primero deben quedar en su negocio.

La esperanza de los fierreros de ser oídos y respetados por el Ayuntamiento se desvanece día a día ante la modernidad (en el sentido más salinista) arrolladora que deja a sus espaldas a campesinos pobres y maestros albañiles que haciendo chambitas tratan de salir adelante; una modernidad (en el sentido histórico) que lo único que entiende es la competencia feroz y desconoce viejos códigos de respeto y compañerismo entre miembros de un mismo gremio que a lo largo del tiempo han permitido la sobrevivencia de sus miembros y de su oficio.

La esperanza de los fierreros se enmaraña en tranzas políticas y proyectos arquitectónicos diseñados desde un cómodo restrirador sin tomar en cuenta las necesidades y realidades de quienes deben ser los usuarios y posibles beneficiarios de ellos. Sin embargo, la esperanza es lo último que muere, y los fierreros lo saben bien.

UNA ESPERANZA QUE SE DESHILVANA: LA CONSTANCIA*

7de marzo de 1847. Don Esteban de Antuñano muere dejándonos el legado de su Constancia.¹ Años atrás, en los primeros bostezos del México independiente había tenido un gran sueño. Desde su casa de la calle Mercaderes número 1, más conocida como la Casa de los Muñecos, don Esteban se preparaba para conquistar el futuro.

Aún con el agrio sabor de una guerra que había dejado innumerables heridas, en su mente y en sus ojos sólo se podía leer una esperanza en la cual comprometería su subsistencia, su honor y su reputación.² Su ilusión: temeraria, loca e imposible según sus amigos. Sin embargo, el convencimiento nacido, quién sabe dónde, lo empujaba a seguir adelante pese a sufrir, junto con su numerosa familia, momentos difíciles al extremo de no encontrar quién franqueara lo indispensable para la diaria subsistencia.³

Para concretar este sueño descabellado, don Esteban habría de esperar hasta el 7 de enero de 1835 cuando del

* Carmen Bravo y Mireia Viladevall. Entrevistas publicadas el 9 de marzo de 1996.

¹ Zenteno, José A., *Antecedentes de la fundación del Sindicato Obreros "Mártires de Chicago" y de la fábrica la Constancia Mexicana*. N. Zavala, impresor, Puebla, México, 1942.

² Calendario Galván, 1844, pp. 61-64.

³ Ídem.

antiguo molino de Santo Domingo se lograron sacar los primeros hilados hechos de sacrificios y perseverancia en la primera fábrica textil del país que, con mucha justicia y propiedad, se llama La Constanca Mexicana.⁴

Entusiasmado con esto, don Esteban dispuso aumentar el número de usos de su fábrica, encargando para tal fin maquinaria a Nueva York, la llegada de la cual se vería retrasada por los naufragios de los tres barcos que la transportaban hacia tierras mexicanas. Sin embargo, La Constanca era invencible.

El tiempo pasó y en el carro de esta locura, tres pueblos se vieron envueltos, tanto así que su vida empezó a tejerse al ritmo de los 900 telares de la fábrica.

Toda una vida entre telares, una tradición que reescribir en cada generación...

Mi padre, Julio Moreno, también trabajó en La Constanca. Yo, Miguel Moreno Gutiérrez, entré a trabajar a los 23 años de edad, o sea en 1933. Entré como tejedor, pues ya había aprendido el oficio en La Poblana que estaba por la iglesia del Carmen, y en La María.

Con el tiempo me hicieron oficial, y luego llegué a ser correitero, o sea, mecánico. En el Sindicato llegué a ser secretario general. A mí me tocó el pleito de la división de la CROM y la creación de la CTM. El difunto Luis N. Morones fue el mayor líder de la CROM. Cárdenas lo desterró, lo echó fuera, y los obreros cooperábamos para mandarle dinero para que se mantuviera. Llegó el tiempo en que el gobierno le suspendió el castigo y regresó. En eso, ordenaron a todos los sindicatos que fuéramos a esperar y a darle la bienvenida a Luis N. Morones. Pero ya estando en aviación, vamos mirando que bajaban juntos: Plutarco Elías Calles y Luis

⁴ Contreras, Cruz, Téllez, compiladores, *Puebla. Textos de su Historia*, Gobierno del Estado, Instituto Mora y UAP, México, 1993.

N. Morones. Eso fue el descontento de los trabajadores, allí fue el pleito, la división, y luego se creó la CTM.

Cuando acabé, en 1956, como secretario general del Sindicato me daban la Presidencia de aquí, de San Jerónimo. En aquel entonces, la mayor parte de los trabajadores eran de acá, y todo lo que se había de acordar o hacer aquí, en el pueblo, se acordaba allá, en el Sindicato.

Si se trataba de un cambio de Presidencia, se nombraba allá y le daban posesión aquí, eso era. El Sindicato era el que mango-neaba el pueblo porque la mayor parte era de aquí, muy pocos eran de San Miguel Tenancingo, y menos los de San Felipe. Pero yo no quise la Presidencia.

Que representaciones, esas sí, dos o tres veces fui regidor. No quise ser presidente porque los trabajadores ya se andaban chocando de que a mí siempre me dieran comisiones y a otros no, por eso había algún pleito y ya no quise la Presidencia.

Trabajé en La Constancia hasta 1970, que todavía estaba en apogeo. Ya cumplí los 60 años y me dieron mi pensión. Luego fui a Puebla a trabajar por las fabriquetas, pero ya nomás eran fabriquetas chiquitas de 30 o 40 telares, no como aquí que eran 900...

La descabellada ilusión de don Esteban de Antuñano fue heredada por aquellos que en 1972 tomaron las riendas de la invencible Constancia: sus trabajadores. Sin embargo, el hechizo se rompió y la modernidad encontró el talón de Aquiles de la fábrica. El 11 de septiembre de 1991, don Saúl Sosa apagó el último suspiro de La Constancia dejándola en manos del olvido.

Entré a trabajar en la fábrica en 1942 como un aprendiz cualquiera, porque aquí se tenían que hacer méritos. Entré como barrendero, limpiador de telares, en fin, de nada. Posteriormente aprendí el tejido, me dediqué al tejido y adquirí mi lugar a base de aptitud. Se me otorgaron tres máquinas. En aquella época tres telares era lo mínimo. Cuando fui más apto, metí un escrito aspirando mejoría, y fue aceptado y entonces ya me dieron cuatro telares. De ahí ya venía el puesto de correitero (que era lo máximo), el que arregla las máquinas. Primero se hacía una

solicitud para ayudante, hasta llegar a correitero.

Yo corrí ese camino y terminé, por fortuna, si usted quiere, en el último puesto, en lo máximo ya no había más escalones arriba. Toda la vida estuve en La Constancia.

La esperanza se deshilvana. Es el momento del fin y todo esfuerzo, hoy, parece vano. La fábrica cierra sus puertas... Don Saúl Sosa antes de continuar su relato inclina la cabeza, baja el sombrero y casi susurrando dice:

Muchos queríamos seguir trabajando, torpemente, sin saber que la fábrica se estaba hundiendo. Semanalmente nos estábamos endrogando por 50 o 60 millones de pesos.* No se podía seguir así. Pero nosotros no lo queríamos ver... hasta que ya no se pudo más.

El 11 de septiembre de 1991 fue cuando le dije al electricista:

—Dime cómo se para el motor. QUIERO SER EL HOMBRE QUE APAGUE EL ÚLTIMO RODAR DE LAS MÁQUINAS.

Me llevó al departamento de electricidad y me dijo:

—Esta es la palanca.

Entonces accioné la palanca, y exactamente a la una paré el motor y de allí enmudeció todo... ya de allí vino todo el penar.

Quedó la fábrica como estaba trabajando, con la actitud de que se metiera algodón, dinero y todavía poder seguir trabajando, pero ya era incosteable. La competencia de las toallas importadas, que ya no son 100% de algodón pero que son más bonitas y más baratas nos acabó.

Los telares que con tanto trabajo se hicieron, se vendieron como fierro viejo para pagar parte de nuestras deudas. Y digo que con tantos trabajos se hicieron porque los telares que en aquel tiempo llegaron a la fábrica estaban hechos para trabajar: manta, percales, manta burda; y se transformaron para hacer toallas. Este proceso es sumamente laborioso, de mucha curiosidad, de mucho empeño y mucha entrega. Pues, con estos telares tuvimos que utilizar el marro, las llaves y demás para que se quebraran y

* Hace referencia a los viejos pesos.

salieran como fierro. Todo aquello que se hizo con tanto empeño y donde se puso la inteligencia salió como fierro.

Es irónico. Salieron como fierro, pero para mí esos telares son los que me dieron sustento a mí y a mi familia; los que me ayudaron a llegar hasta donde hoy estoy, y por mala suerte me tocó quebrarlos... yo sentí... pues, como una puñalada en el corazón; como si yo hubiese sido el propio verdugo de las máquinas que me dieron de comer.

Tras el último golpe de marro la esperanza queda deshilvanada y el olvido hace su camino matando a tan vieja Constanca.

Tercer parte

EL BARRIO DE LOS SAPOS

EL BARRIO DE LOS SAPOS

INTRODUCCIÓN

La última semana del mes de octubre de 1996, la Dirección General de Desarrollo Urbano hizo público el Programa Sectorial de Suelo Urbano de la Zona Típica de los Sapos. Con esto se pretendía ordenar los usos y funciones que a partir de la década de los noventa se daban cita vertiginosamente en el barrio. Dicho programa cuenta ya con cinco años de vida y, según parece, todavía descansa en algún cajón mientras el barrio prosigue su vida, a veces *viento en popa* y otras a trompicones.

La importancia económica que vivió el barrio en la primera mitad de los años noventa hizo evidente la necesidad de tomar en cuenta su problemática específica. De ahí la relevancia de este programa sectorial y de los intentos, quizás tímidos, de declarar "sitio típico" a este barrio según la Ley Estatal sobre Protección y Conservación de Poblaciones Típicas y Bellezas Naturales del Estado de Puebla de 1995.

Cabe aclarar que una declaratoria como la mencionada anteriormente equivaldría a otorgar al Barrio de los Sapos un tratamiento legal y también administrativo que lo diferenciaría del resto de la ciudad en su totalidad y del

Centro Histórico en particular. Esta situación implicaría considerar al Barrio de los Sapos como monumento.¹

Un monumento es un objeto con varios atributos. Según los expertos² un monumento puede tener uno o varios de estos valores: valor artístico, histórico, antiguo y el de utilidad. Estos son los valores que hacen que un objeto sea monumento.

Ya sea desde el punto de vista histórico donde el monumento pasa a ser un texto, un documento de un momento evolutivo concreto; o bien desde el punto de vista artístico por el que se le reconoce al monumento ciertos valores estéticos; o desde el punto de vista de lo antiguo por lo cual al monumento se le otorga el valor de expresión material del paso del tiempo (desde los aspectos sensorial y sentimental), o bien sea desde el punto de vista de utilidad donde al objeto se le reconoce su utilidad no sólo pasada sino presente, todo monumento se convierte en objeto susceptible de ser heredado, es decir, se convierte en un

¹ Desde el punto de vista legal, darle a un objeto el tratamiento de monumento implica, según la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas del 6 de mayo de 1972: convertirlos en bienes de interés social y nacional y, por lo tanto, pasar a la tutela del Estado a partir del Instituto Nacional de Antropología e Historia o bien del Instituto Nacional de las Bellas Artes quienes tienen que velar por su conservación y restauración.

² Entre ellos Riegl, autor de un texto hoy en día clásico en el tema, *El culto moderno a los monumentos*, cuya primera edición vio la luz en Viena en 1903. Más recientemente encontramos libros dedicados al tema como el de Josep Ballart titulado *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. O bien el de Llorenç Prats, *Antropología y Patrimonio*. Esto por citar libros que aportan miradas que van de la arqueológica a la antropológica pasando por la histórica. Además de los mencionados podemos encontrar un sinnúmero de textos relacionados con el patrimonio y la arquitectura desde cartas y recomendaciones de la UNESCO e ICOMOS.

patrimonio que heredamos de generaciones pasadas y que a la vez solemos heredar a generaciones futuras.

La finalidad de heredar los monumentos es la de presentar un testimonio de las ambiciones y aspiraciones tanto de carácter individual como colectivo de una sociedad en el tiempo. Esto se logra normalmente a través de instrumentos perennes: los monumentos construidos en piedra, mármol, hierro u hormigón; materiales, en fin, con materiales que resisten de mejor manera los embates de los elementos físicos, químicos y biológicos que producen erosión.

En este sentido, monumentos son: las grandes estatuas, los edificios espectaculares, pero también aquello que los envuelve, que les da cobijo: la traza de las calles alledañas, los espacios sociales cercanos y los predios que lo circundan. Estas marcas o huellas, al pasar los años forman espacios urbanos identificables: barrios, ciudades, etcétera. Lugares diferentes de otros, con su propia historia, con su peculiar carácter, con un sabor especial, que día con día se van transformando y enriqueciendo porque el uso de barrio o de la ciudad va acumulando experiencias, tanteos que los actores hacen en la apropiación del espacio urbano. De tal manera que la reproducción de un barrio o de una ciudad conforma una herencia no sólo de productos arquitectónicos sino también de usos, hábitos y costumbres que queda escrita en el suelo, en el espacio, y en la forma de ser de sus habitantes; porque su uso provoca el nacimiento de rituales e instituciones sociales como “el café de enfrente”, “las garnachas de la esquina”, “la tiendita de la vuelta”, etcétera.

En este sentido el espacio urbano, como el vino, cuanto más viejo mejor. Siempre y cuando se den condiciones necesarias para su buen funcionamiento y para la consecución de una vida digna en su interior.

El tiempo consolida, acumula vida humana, la cual queda materializada en los muros, en esas paredes donde nos reconocemos; creándose, también, una memoria colectiva que dibuja mentalmente el espacio urbano, que lo llena de anécdotas y vivencias, de hechos importantes para el lugar, que le da una pincelada profunda de melancolía y un toque muy particular. Cada persona recuerda lo que le causó emoción, sorpresa, gusto o disgusto y estas reminiscencias significan vivencias diferentes. Ahí radica la riqueza de esta memoria colectiva. La ciudad es una obra de arte conjunta donde cada artista pone un color, un sentimiento, un ladrillo.

Sin embargo, esta riqueza no queda circunscrita a lo descrito, sino que va más allá porque la ciudad, como la memoria colectiva que genera, es dinámica, mutante a cada segundo; lo que da siempre como resultado una lectura de su realidad hecha a partir de varios sentidos y siempre fraccionaria.

Hablamos pues de un patrimonio sólido, material, comúnmente denominado monumento: edificios, calles, plazas y los objetos que en éstos se encuentran: estatuas, fuentes. Pero también hablamos de un patrimonio inmaterial, intangible, sin el cual el patrimonio material pierde valor, pues sin la memoria que lo recuerda y lo explica, la piedra deja de tener significado y especificidad, deja de tener valor antiguo, histórico y hasta artístico.

En este sentido, hablamos de un patrimonio que conjuntamente a lo monumental, es decir, lo material, continuamente se explica, se inventa, reinventa, y se transforma ante nuestros ojos no sólo por la acción de erosión de los agentes físicos y químicos (viento, lluvia, cambios de temperaturas), sino también por agentes sociales y culturales. Sin duda, las cosas no se explican, ni se recuerdan, ni se

usan de igual manera a lo largo del tiempo. Cambia la gente, y con ella los hábitos, las costumbres, los usos y los gustos, y así cambia también el valor de las cosas. Y sobre este punto los *bazareros* y los *chachareros* saben bastante. Ellos tienen siempre presente que un objeto que hoy tiene valor, mañana no puede tenerlo y pasado tener un nuevo valor, he ahí el arte del manejo de las antigüedades, que es el de volver a valorar objetos que en su día tenían una utilidad y un valor en el mercado y que quizás hoy no reconocemos ninguno de sus valores, ni el histórico, ni el artístico, tampoco el de antigüedad y, por si fuera poco, ni el de utilidad.

De igual forma sucede con las ciudades. Hay espacios que en tiempos pasados han sido muy apreciados, en otros momentos despreciados, para luego ser vueltos a apreciar. Pero en este ir y venir, el objeto se transforma, y puede cambiar hasta de utilidad: planchas de hierro que se convierten en objetos de adorno, por ejemplo. Espacios semiolvidados se transforman en espacios donde de repente tienen cita un sinnúmero de actividades y personas.

Así, al Barrio de los Sapos se le reconoce comúnmente un valor histórico, dado que nos habla de varias etapas de la vida de la ciudad y sus ciudadanos, se le reconoce también un valor antiguo al punto que sus viejas y austeras construcciones son valoradas por bazareros, restauradores y público en general. Y aunque el barrio no tiene gran calidad artística en sus construcciones más bien modestas, reconocemos en él una manera específica de hacer arquitectura y usarla. Estos son los valores que saltan a la vista y que, sin duda, impulsaron en su momento iniciativas de convertir el barrio en "zona típica".

Sin embargo, queda en el tintero un valor fundamental y que hace *ser* a este espacio: el barrio de los sapos, y este

es el valor de la utilidad, de los usos que tiene: lugar de bazareros, de tianguis, de mudanceros, de mariachis, tríos, y de cantinas históricas, lugar de restaurantes y bares. Espacio para el comercio, diversión y ocio. Pero, ante todo, lugar donde la gente vive, lo cual le permite *ser* barrio y no centro comercial.

El presente trabajo tiene como objetivo mostrar ese patrimonio inmaterial que llena de sentido a los grandes monumentos pétricos urbanos. Y más a un barrio que algunos pretenden erigir como monumento. Hablo de esa memoria colectiva, de esa vivencia que le da sabor y sentido al Barrio de Los Sapos. Los testimonios que aquí aparecen son fragmentos de un texto vivo que, espere-mos, nunca termine de escribirse y que hacen *ser* al barrio.

LA PLAZUELA: EL CORAZÓN DEL BARRIO³

Desde el punto de vista histórico el Barrio de los Sapos no puede ser considerado un barrio histórico como en el caso de Analco o Xanenetla debido a varios factores, entre los que resaltan: su nacimiento es posterior al de los citados, los habitantes originarios de este barrio en su mayoría no eran provenientes de comunidades tales como Cholula y Tlaxcala, ni sus habitantes practicaban el mismo oficio; actualmente no podemos negar que este espacio a caballo entre la ciudad histórica (traza española) y los barrios de indios, del otro lado del río San Francisco, sea un barrio. Esto porque desde el punto de vista socio-antropológico

³ Recordemos que desde el punto de vista sociológico y antropológico un barrio se define por tener una identidad, relaciones sociales específicas y grupos sociales (actores) determinados. Famosos estudios como los realizados por la Escuela de Chicago profundizan en estos aspectos.

tiene una especificidad económica y sociocultural que lo hace distinto a otros sitios del centro histórico.

Esta especificidad forma un espacio distinto a los demás lugares de la ciudad, tanto por las actividades que allí se dan cita como por las relaciones sociales que se establecen entre los diferentes grupos que habitan, trabajan o se relacionan en este sitio. Dicha especificidad, sin duda, está concentrada en la Plazuela. De ahí la importancia de ese espacio público así como de todas las actividades que allí tienen cita.

Pero también es un barrio desde el punto de vista urbano dado que en él encontramos diferencias tipológicas y morfológicas con el resto de la traza española, lo que se expresa en el tipo de edificación así como en la relación existente entre el espacio abierto y el construido, donde se rompe la continuidad simétrica de la traza española. Y más concretamente estas diferencias se dan tanto en la Plazuela como en el mismo Callejón de los Sapos. De allí no sólo su importancia urbano-arquitectónica sino, también, social, cultural y económica.

AYER Y HOY EN UN MISMO ESPACIO

Dos elementos esenciales dentro de lo que habitualmente denominamos Barrio de los Sapos son, como hemos visto, el Callejón y la Plazuela.

Desde 1731 tenemos referencia del Callejón de los Sapos. Según Hugo Leicht⁴ cuatro casas ubicadas en la parte sur eran propiedad del convento de San Jerónimo, sito a menos

⁴ Leicht, Hugo, *Las calles de Puebla*, Ed. Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, Puebla, 1992, pp. 440-441.

⁵ Ídem.

de dos cuadras hacia el poniente del lugar. La tortuosidad del mismo, así como la irregularidad de la Plazuela se deben a que la acequia del molino del Carmen pasaba por allí. Al respecto Leicht apunta: "Hoy se nota todavía su existencia por la elevación del Jardín de la Plazuela", en la cual en 1785 se plantaron árboles, llamándola poco después: Alameda de los Sapos. El nombre de Plazuela de los Sapos es empleado por primera vez por Veytia en 1780. En 1796 fue denominada Plazuela de San Jerónimo, para convertirse, en el siglo XIX, en la Plaza de Mata debido a la vecina calle del mismo nombre. En ese siglo, concretamente en 1816, se decretó que allí se estableciera un mercado durante un día a la semana "para desembarazar la Plaza Principal (Zócalo)".⁵ A principios del siglo XX se le llamó Jardín de Máximo Serdán y actualmente se conoce como Plazuela de los Sapos.

DE LOS COLEGIOS DEL LUGAR Y SU IMPORTANCIA MONUMENTAL Y BARRIAL

En el barrio existen tres elementos arquitectónicos que se encuentran íntimamente ligados con la vida y el desarrollo del barrio. Por una parte está el monasterio de San Jerónimo que tenía propiedades en la zona y, por otra, el Colegio del Espíritu Santo y el Colegio de San Jerónimo.

La historia del monasterio está íntimamente ligada a la del Colegio para niñas de Jesús y María. Este colegio estuvo dedicado a niñas pobres españolas mayores de diez años y menores de catorce años y en él se les enseñaba a escribir, contar, coser y labrar.

⁵ Ídem.

La construcción de la iglesia de San Jerónimo inició en 1629 y estuvo a cargo del maestro en arquitectura Francisco Aguilar. El monasterio funcionó hasta 1867 y aunque la congregación de monjas permaneció en este sitio, a partir del decreto de la Sagrada Congregación de Religiosas de 1957, la orden dejó de ser contemplativa para pasar a la vida activa y servir a los obispados en sus obras de apostolado diocesano.

La iglesia que se conserva en pie consta de una sola nave sin crucero, con cúpula sobre pechinas y sin tambor. La bóveda es de cañón. La torre que sufrió los embates del temblor de 1999 es de arquitectura popular. También se conserva una vivienda anexa donde las monjas viven. Del antiguo claustro del monasterio y sus deambulatorios sólo quedan algunos fragmentos que se pueden observar desde el techo de la nave de la iglesia.

Mejor suerte corrió el colegio jesuita hoy conocido con el nombre de Carolino y sede de la rectoría de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Como señala Manuel Toussaint, hay que recordar que los jesuitas llegaron a esta ciudad en 1578. Fue entonces cuando adquirieron varias casas. Y así, en 1683 eran dueños de toda la manzana que ocupan actualmente el Carolino y la iglesia de la Compañía anexa.

En 1687, don Melchor de Covarrubias realizó una donación a los jesuitas, gracias a la cual fundaron el Colegio del Espíritu Santo.

En el espacio que hoy ocupa el Carolino los jesuitas instalaron la Residencia de la Compañía de Jesús y del Espíritu Santo que estuvieron en funciones hasta la expulsión de la orden decretada por Carlos III en 1767.

En 1790 este inmueble, como las demás escuelas jesuitas, San Jerónimo y San Ignacio, se convirtieron en el Real Colegio Carolino del Espíritu Santo, San Ignacio y San

Jerónimo. Cuando en 1819 volvieron los jesuitas a Puebla recuperaron el colegio y lo nombraron Real Colegio del Espíritu Santo. Éste, en 1821, se transformó en el Imperial Colegio del Espíritu Santo, de San Jerónimo y San Ignacio. Pero con la llegada de la República fue denominado Colegio del Estado. Ya en el siglo xx, concretamente en el año de 1937, el Colegio del Estado se transformó en Universidad de Puebla, adquiriendo en 1956 su autonomía.

La importancia histórica de este edificio reside en que fue cuna de la educación laica en el centro-oriente del país. Por tanto este espacio, desde sus inicios, ha cobijado estudiantes del centro y sur oriente de México. Esto, sin duda, creó alrededor del edificio una serie de servicios dedicados a estudiantes provenientes de otros lugares. Lo anterior marcó la vida del barrio aledaño. Y más si tenemos en cuenta que la presencia estudiantil en la zona no quedaba restringida al edificio del Carolino sino que dentro del barrio existía otro edificio dedicado a la educación: el Colegio de San Jerónimo, ubicado a un costado del Carolino, en la 3 Oriente número 403, sede actual de la Facultad de Psicología.

Este colegio es el hermano mayor del Colegio del Espíritu Santo. Igualmente fue construido por los jesuitas quienes lo fundaron en 1579, un año después de haber establecido su residencia en Puebla. En sus inicios se impartieron clases a seglares y seminaristas. Cuando, gracias al donativo de Covarrubias, se divide la población estudiantil este inmueble sólo tiene funciones de seminario.

Hoy los tres edificios forman parte de la herencia arquitectónica y artística que este barrio encierra. La iglesia de San Jerónimo es una hermosa muestra de arquitectura popular monástica. El Colegio de San Jerónimo constituye una pieza espléndida de la arquitectura del siglo xvi, y el

conjunto del Carolino, que incluye la iglesia de la Compañía, es un ejemplo sin igual de la arquitectura barroca poblana. Estos edificios, además de contener valores históricos, albergan interesantes valores artísticos. Y son, sin duda, los hitos edilicios más importantes del barrio.

DEL BARRIO Y SU ESENCIA

No hay que olvidar que entre la Plazuela y el Callejón tiene lugar un hervidero de mutaciones diarias. Esto, desde el primer momento, tiñe la vida del Barrio de los Sapos, y es en esos espacios donde éste nace, se inventa y reinventa cada día.

A espaldas de la Catedral, a un lado del Colegio Carolino, a orillas del Boulevard 5 de Mayo (anteriormente río de San Francisco), enfrente del Puente de Ovando que conectaba la traza española con los barrios de indios, hoy, con los primeros rayos del sol —antes de que las viejas casonas abran sus enormes portones de madera como bocas en pleno bostezo—, la Plazuela se ha poblado de cargadores, *cucharas*, *medias cucharas* y *plomeros*, que allí se reúnen en busca de *chamba*. Una y, ojalá, mil veces desde las 6 de la mañana hasta las 5 de la tarde más o menos, diferentes coches y camionetas se pararán a un lado de la plaza, sobre la 5 o la 7 Oriente para buscar alguien que haga un trabajo de albañilería o de plomería.

Poco a poco los bazares irán abriendo sus puertas al público ávido de fierros viejos o muebles rústicos típicos de este barrio. Más tarde llegarán los mariachis a ensayar y sus trompetas y guitarrones intentarán, una y otra vez, ese compás y esas notas que se niegan a salir como “Dios manda”.

Los restaurantes y bares ya habrán puesto mesas en la plaza y su música estridente saldrá por altavoces estra-

tégicamente colocados. Algún *chacharero* habrá armado su puestito y estará poniéndose al tanto de los últimos chismes con los cuates que —después de veinte años de presencia— ha hecho en el lugar.

Cuando el sol se escurra por el horizonte, las luces multicolores de los bares iluminarán con sombras caprichosas la Plazuela. Los albañiles y plomeros, sin suerte, se darán ánimo entre ellos para volver a intentarlo el próximo día.

Los mariachis dejarán los ensayos para ataviarse con su traje de botonadura de plata y sombrero charro. La gente de los tríos —que sólo llega ahí a buscar chamba a partir de las 9 de la noche— acudirá y, como ya es costumbre, habrá altercados con algún grupo de mariachis porque intentará ganarles el cliente con la excusa de que son más baratos. Los bazares despedirán a los amantes de lo antiguo y añejarán un día más la mercancía en sus salones.

Si el fin de semana se aproxima, poco a poco la juventud en busca de música, baile y diversión irá acercándose a los bares al aire libre o a los que tienen música en vivo. Cantarán, bailarán, tratarán de enamorar a alguien —si es que el amor no los ha pillado por sorpresa a ellos— y ya en la madrugada irán a descansar con una ilusión.

Cuando apenas el domingo esté despertando, varias escobas recogerán los recuerdos de una noche llena de “marcha” y prepararán el terreno para los tianguistas, quienes uno pegado a otro, se irán adueñando del espacio. En los bares y restaurantes pondrán mesitas para los turistas sedientos y hambrientos que llegarán por montones a curioserar, *turistear*, a comprar muebles rústicos o alguna antigüedad en un barrio que ha traspasado la frontera del río de San Francisco y que sus “hazañas” han viajado a la Ciudad de los Palacios, el Norte Mínero, la vieja Europa, Estados Unidos y Canadá.

Después de Áfricam, los Sapos es el segundo destino

turístico del estado.

UNA PLAZUELA QUE RENACE

Como en cualquier ciudad, cuando el automóvil llegó a Puebla, fue abriéndose camino, y en la memoria se pierde el momento en que los camiones café Mirador, el histórico Rojo (Santa María que aún hoy lo vemos circular de vez en cuando), el Rojo-Plata, el Parral, el Beneficencia y demás, empezaron a circular por los cuatro lados de la Plazuela, la cual quedó reducida a un camellón central.

La primera operación destinada a la recuperación peatonal del espacio público estuvo comandada por el arquitecto Fernando García Limón. Fue una de las primeras obras que encabezó la Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla. Al respecto el arquitecto Limón apunta:

Por aquel entonces teníamos como gobernador a Fausto Ortega y como presidente municipal fungía el doctor Artasánchez. La ciudad de Puebla estaba dejada de la mano de Dios: con muchas calles sin alumbrado y con unos hoyos tremendos. Al punto que a los estudiantes universitarios, sobre todo de las facultades de Arquitectura y Medicina, se nos ocurrió plantar árboles en los hoyotes. Al poco tiempo de esto al presidente municipal, el doctor Artasánchez, le pusieron de apodo el Hartosárboles.

Es por esas fechas que en vista del mal estado que tenía la ciudad se decide crear la Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla a partir del impuesto del 30% que se le puso al predial. El municipio no hacía nada, no tenía dinero. Su presupuesto sólo alcanzaba para pagar salarios, no quedaba dinero para obras. Esto era tan grave que, por ejemplo, el cuerpo de bomberos sólo tenía un camión que era de 1938, o de por esas fechas, y dos pipas de agua y estamos hablando ya de los años sesentas.

La Junta gastaba el 95% de sus fondos en obras y el 5% en sus

propios gastos, por eso fue ella quien hizo obras en la ciudad. Se empezó por la pavimentación de las calles. La gente ponía la banqueta y la guarnición y la Junta pavimentaba la calle. Luego se empezó a trabajar en la dignificación de los barrios: Anasco, la Luz, los Sapos, Xonaca, etc. En los barrios se hacían mejoras del tipo de pavimento, alumbrado público, etc. Aún hoy quedan unos faroles negros. Ésos fueron puestos por la Junta.

En 1967, aproximadamente, con la Junta de Mejoramiento en marcha se decide dignificar la zona de los Sapos, y la primera acción que se toma es cerrar al tránsito la calle que antes había sido acequia porque en primer lugar estaba sin pavimentar además de ser muy estrecha y por lo tanto ser el estacionamiento de los mudanceros que allí dejaban sus camionetas. Así es que se pavimentó la calle con laja y piedra bola haciéndola con ello peatonal y desahogando el tránsito por la calle que pasaba por enfrente de la Bella Elena y que corre de norte a sur a lo largo de la Plazuela. Cabe decirse que además de esta obra se ajardinó el centro de lo que hoy es la Plazuela de los Sapos y se colocaron bancas. Luego, con la llegada del doctor Toxqui se cierra la otra calle y surge la Plazuela, pero sin duda el primer paso lo dimos nosotros ocho o nueve años antes.⁶

Entre 1973 y 1974, un grupo de arquitectos formado por Mario Baustista, Mauricio Romano, José Miguel Gómez de Alvear, Everardo Morales y Carlos Mastretta, presentaron al ingeniero Francisco Sánchez Díaz de Rivera, presidente de la Junta de Mejoras, un proyecto urbano donde se incluía la recuperación del espacio de la Plazuela de los Sapos.

En aquellos años, el Mercado de la Victoria —como lo señala el arquitecto Carlos Mastretta— había sido desbordado por las actividades comerciales que allí se llevaban a cabo. En él y sus alrededores se realizaban operaciones

⁶ Entrevista al arquitecto Fernando Gacía Limón, julio de 2001.

comerciales de mayoreo y de menudeo, lo que ocasionaba una saturación comercial que iba en detrimento de la calidad de vida del lugar.

A su vez, y atraídos por esta frenética actividad, todas las líneas de autobuses urbanos pasaban por la 5 de Mayo, calle con la que colinda el Mercado. Como resultado de lo anterior se producía una saturación vial que afectaba el espacio público de la zona.

Tomando en cuenta lo expuesto, los arquitectos mencionados propusieron un plan de peatonalización del Centro Histórico a partir de cuatro polos, los cuales se unirían por medio de calles peatonales. Al respecto el arquitecto Carlos Mastretta considera:

Esto con el fin de: por un lado, abrir la madeja de tránsito e impedir que los transportes pasaran por estas calles; y dos, crear una especie de corredor tipo turístico, pero también de tipo social. Los cuatro polos que mencioné están formados por el Zócalo, la Catedral y la Casa de la Cultura, el primero. El segundo que incluye: el Mercado de la Victoria, la Iglesia de Santo Domingo, la Capilla del Rosario y el Museo Bello. El tercero con el Teatro Principal, el Barrio del Artista y el Parián. Y el cuarto formado por el Carolino y la Plazuela de los Sapos.

Por aquel entonces ya estaba instalado Macías, el anticuario, y ya se empezaba a ver que Puebla tenía vocación de desarrollo hacia la venta de muebles y antigüedades.

Por otra parte, la traza urbana de la ciudad permitía recrear la plaza y peatonalizar sin alterarla gravemente. En aquellos años el Barrio de los Sapos estaba muy abandonado. Funcionaba como una especie de colchón entre la orilla del río, el Barrio de Anasco y la zona de la Catedral.

Era un espacio sin uso, no había una vocación de barrio como lo conocemos en Xonaca o en El Alto. Había muchas casas abandonadas, lo que favoreció la presencia de anticuarios en la zona. Recuerdo que había tres o cuatro talleres en la zona, uno de ellos el del orfebre Xochitolotzi. No había más.

Todo apuntaba a que la recuperación de la Plaza iba a ser un

éxito y hoy la realidad habla por sí misma.

Considero que los límites naturales del Barrio de los Sapos son muy claros. Por el lado norte está el Carolino, por el oriente el Boulevard, del lado poniente, después de la 2 Sur cambia el uso del suelo y por el lado sur tenemos la 3 Oriente hasta la 11 Oriente porque en la 13 Oriente hay un fraccionamiento de vivienda de otro nivel social.

Sin embargo, últimamente el fenómeno de auge del Barrio de los Sapos está saliendo de lo que es la Plazuela de los Sapos y las calles aledañas y se está extendiendo hacia Analco y hacia la 7 y la 5 Oriente quizás motivado, en parte, por la instalación del Hotel Camino Real en la 7 y la 16 de Septiembre. El crecimiento del barrio se está dando hacia las partes más pobres que lo rodean.

El éxito de nuevos negocios, como son bares y discotecas en el barrio, creo que se debe fundamentalmente a dos razones: en primer lugar al cierre de discotecas en Cholula, lo que provocó que la juventud buscara nuevas opciones de diversión y que, de repente, descubrieran el Barrio de los Sapos. El segundo motivo, es que la idea de “diversión en la discoteca” ha cambiado. Hablando con mis alumnos de Arquitectura me di cuenta que la idea de discoteca de hace unos años ya no es la misma, ya no es un espacio enorme, oscuro donde no tratas a la gente. Ahora los jóvenes buscan poder bailar con diferentes tipos de música, pero también platicar, lo que implica un lugar con más luz, y que dé la posibilidad de movilidad de ir cambiando de ambiente hasta encontrar el que más te agrada. El paradigma de la diversión, por tanto, ha cambiado y ahora quien ofrece esta nueva manera de divertirse es el Barrio de los Sapos.

Sin embargo, hay que estudiar hasta qué punto este barrio puede seguir ofreciendo esta opción, porque puede ocurrir que la misma inercia que hoy vemos en este espacio urbano lo desborde, como pasó con el Mercado de la Victoria, lo que redundaría en el deterioro del Barrio.⁷

DE LOS QUE “SIEMPRE” HAN ESTADO ALLÍ

⁷ Entrevista de Mireia Viladevall al arquitecto Carlos Mastretta, octubre de 1996.

Cuentan los conocedores que, alrededor de 1900, se instalaron en el Barrio de los Sapos cantinas y pulquerías como: El Bello Encanto, Guadalajara de Noche, La Rana, y La Bella Elena, esta última propiedad de la familia Huerta (de pulquería pasó a ser restaurante para luego ser vendida y convertirse en bar musical) y la tradicional Pasita, que hoy es una de las pocas cantinas históricas que existen en la ciudad y paso obligado de todo buen turista.

Durante el gobierno del doctor Alfredo Toxqui la Plazuela dejó de ser paso de camiones recuperando sus orígenes. Entonces, El Bello Encanto, La Rana y Guadalajara de Noche —donde, según cuentan, hasta *acuchillados* había— cerraron sus puertas, quedando como testimonio del pasado sólo: La Bella Elena y La Pasita, fundada por Emilio Contreras Aycardo.

Yo soy más importante que mi padre porque soy Ovando, pariente del dueño del puente de allí abajito.

El verdadero nombre de esto es el Gallo de Oro, pero se ha hecho famoso por La Pasita, que es una de las bebidas que aquí servimos además del *Calambre*, el *Fantasma*, la *Almendra*, el *Anisado*, el *Charro con Espuelas*, la *Crema a Go-Go*, la *Sangre de Diablo*, la *China Poblana*, la *Piña Helada* y el *Rompopo*. Todas las bebidas las hacemos nosotros, incluso el rompopo que dicen que es de Santa Clara, que es un convento que está en Puebla, y lo hacen en México. El verdadero rompopo poblano es el nuestro.

La Pasita se fabrica con la receta que está ahí (señalando una pecera llena de estrellas, caballitos de mar y corales) y se sirve con un pedazo de queso de cabra y una pasita. Se toma un trago y se le da una mordida al queso.⁸

Además de contar con el mostrador original, La Pasita,

⁸ Entrevista de Mireia Viladevall a don Emilio Contreras Ovando, octubre de 1996.

⁹ Ídem.

tiene un Museo de miniaturas:

[...] cañones y pistolas de todo el mundo que hacía un artesano poblano: Ramón Méndez. También tiene parte del Museo Increíble. Por ejemplo: la flecha del arco iris, el compás con el que trazaron el círculo vicioso, la Pluma del Ave María, etcétera.⁹

Al respecto de los personajes famosos que han visitado La Pasita, don Emilio Contreras Ovando comenta:

La última vez que el Papa estuvo en México pasó por aquí, no tomó nada pero se llevó su botella de Sangre de Diablo. Salinas aquí se quedó (señalando una piñata), y Díaz Ordaz quedó a deber dos pesos cuando era estudiante de la Perversidad. Ignacio Zaragoza, cuando estuvo defendiendo a Puebla, también estuvo acá y dejó empeñados sus lentes (y don Emilio apunta hacia una vitrina donde hay unos lentes que dicen ser de Ignacio Zaragoza). También estuvo por aquí Pancho Villa, él dejó empeñada la calavera de cuando era niño.¹⁰

La Pasita se llena de clientes, la mayoría turistas, quienes piden la famosa bebida. Y ya en la segunda tanda, don Emilio les dice: “Hay concursos. Pueden ganar 12 botellas si conocen a todos los presidentes que tengo en la vitrina” (son más de cuarenta. Ante la cara de desánimo de los consumidores añade: “Otro más fácil es que se tomen 20 copas para poder pegarle a la piñata” (y señala una con forma de Salinas). A los visitantes les brillan los ojos y ríen. “Y el que se tome 100 pasitas —dice don Emilio— se gana 20 mil pesos, y el pago completo de su funeral con todo y su ‘Corona bien fría’”. La risa de los asistentes ya es incontenible. Siempre hay alguno que dice: “yo sí puedo”.

⁹ Ídem.

¹⁰ Ídem.

Entonces, don Emilio muestra la foto de un barcelonés que trató de ganar el concurso quedándose a siete de la victoria, porque antes de terminar tuvo que llegar la Cruz Roja a rescatarlo.

El único que se ha tomado 100 pasitas en toda la historia de este lugar ha sido el *Peterete*, poblano él, eso fue en 1948. Desde ese año a la fecha nadie ha podido y el que más logró, llegó al hospital.¹¹

La Pasita ha estado en Los Sapos desde “siempre” y ha visto llegar a anticuarios, a bazareros, a los nuevos restauranteros y a los bares. Nada de eso le ha afectado:

Ni los bares me hacen competencia porque yo tengo un horario muy diferente al de ellos (de 12:00 a 17:30 horas) y lo que yo sirvo, no lo pueden servir los demás. Mis hijos ya han puesto otra Pasita fuera del Barrio, o sea que hay Pasita para rato.¹²

EL PIONERO

El inmueble que hoy conocemos como La Casa de la Cúpula, ubicado enfrente de la Plazuela de los Sapos, sobre la calle 7 Oriente, fue en otros tiempos panadería y vecindad. En 1962 fue adquirido por el anticuario Salvador Macías,¹³ quien conocía el lugar porque allí vivía su cuñada.

La reconstrucción del edificio se terminó en 1967, año en el que el señor Salvador Macías inauguró un bazar de antigüedades. La escalera quedaba muy oscura y se cons-

¹¹ Ídem.

¹² Ídem.

¹³ Testimonio ofrecido por su sobrino también llamado Salvador Macías, con el permiso del anticuario, noviembre de 1996.

truyó una cúpula para iluminarla. Por esto la gente le dio el nombre de la Casa de la Cúpula.

La llegada de Salvador Macías al Barrio de los Sapos, con el tiempo originó la concentración de bazares de antigüedades en la zona. Fue así como este tipo de comercios, anteriormente diseminados por la ciudad, se asentaron en un espacio definido, lo que a su vez provocó su desarrollo.

El bazar de don Salvador Macías atrajo —y aún atrae— a mucha gente, entre ésta personajes reconocidos como María Félix, Ernesto Alonso, Sasha Montenegro y Juan Gabriel, sólo por citar a unos cuantos. Lo anterior propició que la gente que le vendía antigüedades decidiera instalar su propio bazar al darse cuenta del potencial que tenía ese negocio.

Sin embargo, pese al auge experimentado en este ramo, don Salvador considera que en Puebla aún hay pocos anticuarios conocedores. Él aprendió su oficio en México, con la famosa anticuaria Conchita Calvo, aunque en Puebla había recibido las primeras lecciones. En 1951 instaló su primer bazar en la calle 3 Poniente número 303.

Para Salvador Macías ser anticuario significa ser aprendiz de artista, porque conocer las antigüedades, saber apreciar su belleza, es realmente un arte. Ha sido promotor y presidente de la Asociación de Anticuarios del Barrio de Los Sapos, creada a principios de la década de los noventa, con el fin de promover el sitio y la venta de antigüedades.

LOS SEGUIDORES

Una de la primeras anticuarias mujeres que se instala en el barrio fue la maestra María Teresa Yanes, quien llegó en 1974. Por aquella época en Los Sapos se vivía un cambio. Macías ya estaba instalado y pronto arribaron otros anticuarios como don Claudio Peña quien había sido pro-

veedor de Salvador Macías, y se ubica en la esquina del Callejón de los Sapos casi llegando a la 3 Oriente. Su bazar se llamaba El Carolino. Luego se instaló el señor Teodoro Morales con el bazar Las Carretas a quien mataron en su propia tienda, poco tiempo después.

Doña María Teresa Yanes llegó a Puebla con la idea de montar un comercio:

[...] en un primer momento había pensado en una librería, pero cuando me di cuenta que la región era un semillero de antigüedades decidí poner un bazar. Soy la tercera anticuaría que se instaló en Los Sapos.

Para estar en este negocio hay que tener amor por la antigüedad, hay que ser sensible a la magia que encierra el objeto, a su propia historia. Los objetos antiguos hablan, tienen cierta humanidad que la siente el que está cerca.

El trabajo del anticuario es hermoso por lo anterior y porque supone un rescate del objeto, además de un trabajo de restauración muy minucioso, pero muy satisfactorio cuando se recupera la belleza de la pieza. El anticuario más que comerciar lo que persigue es rescatar un objeto.

Después llegaron los Olea quienes también empezaron como anticuarios pero que rápidamente se dedicaron a las imitaciones de muebles antiguos, junto con los hermanos Chapital, siendo los Olea los primeros en exportar sus muebles.

Hoy en día quedamos pocos anticuarios de verdad que tengan cosas interesantes, la mayoría mezclan lo antiguo con lo nuevo. La ética de un buen anticuario es sólo manejar piezas antiguas. Además de Salvador Macías en la Plazuela está el bazar La Ventana que vende antigüedades de México y Guatemala. Sobre la 5 Oriente está el bazar La Loba del señor Héctor Suárez; él se dedica a la venta del verdadero mueble colonial mexicano, al igual que el ingeniero José Proal quien fue el primero en este campo.

En México hay dos tipos de mueble de valor: el porfiriano de estilo francés y el colonial mexicano; este último es el mejor mueble cotizado a nivel internacional.

La venta de mueble antiguo requiere de mucho espacio, pues son piezas grandes; es por ello que la mayoría de los que nos

dedicamos a esto buscamos la forma de adquirir algún inmueble en la zona.

En un primer momento compartí el espacio con Leobardo Espinoza (a quien el negocio de la antigüedad le viene de familia), mientras buscaba un lugar para mi propio bazar, el que logré instalar en 1976 con el nombre de Bazar Los Ángeles, en lo que había sido una vecindad. Con el tianguis empezó el turismo, ello despertó el interés de restauranteros y dueños de bares. La idea era brindar un mejor servicio a los turistas, pero cuando vieron que esto era negocio invadieron la zona desordenadamente, atrayendo a otro tipo de gente que nada tiene que ver con las antigüedades. Además, las adaptaciones que se hacen a las casas para este tipo de negocios afectan seriamente al inmueble. No es como la adaptación que se hace para instalar un bazar de antigüedades que permite mucha menor alteración del inmueble por el tipo de negocio y por la propia ética del anticuario que siempre respeta lo antiguo.

Los anticuarios con la necesidad de restaurar hemos propiciado que renazca no sólo este lugar sino artes y oficios que se estaban perdiendo como, por ejemplo, el arte del emplomado, hoy en día aún quedan talleres en Cholula que nos ayudan a restaurar piezas; o la forja en Tepeaca, o todo lo relacionado con el cuidado y restauración de santos también en Cholula, o la talla en madera la cual aún se conserva en algunos talleres en Puebla. Esta ha sido nuestra aportación no sólo al barrio sino al estado.¹⁴

DESPUÉS DE LOS ANTICUARIOS: LOS *CHACHAREROS*

Los *chachareros* –según su propia definición– son aquellas personas que se dedican a ir de puerta en puerta comprando muebles viejos y demás objetos; los cuales, en un

¹⁴ Entrevista de Mireia Viladevall a la maestra María Teresa Yanes, enero de 1997.

primer momento, eran vendidos a los bazares instalados, pero después, por la demanda decidieron establecer el Tianguis de Antigüedades, mismo que el 16 de mayo de 1996 cumplió 20 años de vida.

A decir de don Porfirio Cedeño, primer presidente de la Asociación de Tianguistas de Antigüedades de la Plazuela de los Sapos, todo empezó cuando el anticuario Macías se instaló en el Barrio y el doctor Toxqui impulsó el proyecto de recuperar la Plazuela. Era la década de los años setenta y la moda por lo viejo estaba en pleno auge. Con el tiempo empezó a llegar gente de todas partes de la República y luego de lugares tan lejanos como Holanda, Estados Unidos o España.

El principio fue difícil. Tuvieron que soportar asoleadas, vientos, fríos y lluvias: “era cosa de ir cachando los libros que se llevaba el agua por delante para luego decidir cuál se podía aprovechar”.¹⁵ En la actualidad, los domingos se instalan más de cien bazaristas y tianguistas.

Después de veinte años de trabajo, el barrio ha adquirido fama por las antigüedades y los muebles rústicos que en él se venden; porque según nos cuenta don Porfirio, Puebla fue el lugar de origen de estos muebles que hoy ya se fabrican en Querétaro, Guadalajara y en algunos sitios de la frontera norte.

La notoriedad del barrio ha sido tal que, según apunta doña Gloria, actualmente presidenta de la Asociación de Tianguistas, allí se han filmado *video clips* y telenovelas, como es el caso de un video de la cantante Ángela Carrasco (donde “hasta un sobrino de uno de los tianguistas salió”);

¹⁵ Entrevista de Mireia Viladevall a don Porfirio Cedeño y doña Gloria, abril de 1996.

o de la telenovela *Días sin Luna*, protagonizada por Rafael Banquells y Angélica Aragón.

Sin embargo, los tiempos cambian y desde los últimos meses de 1995 hasta la fecha, han tenido que compartir lo que consideran “su espacio” con los nuevos moradores: discotecas, bares y restaurantes. La convivencia nunca ha sido fácil, más cuando está en disputa el área comercial de una zona. El miedo de ser desplazados por negocios actualmente más rentables no les permite imaginar un buen futuro para su profesión.

EL “INVENTO” DE LOS SAPOS: EL MUEBLE RÚSTICO

Todo empezó con el éxito de las antigüedades y, en relación a ellas, la demanda que tenían los escritorios de cortina, que además de caros son escasos. Entonces a alguien se le ocurrió hacerlos con apariencia antigua. Después, decidieron hacer mesas de “estorbo”, aprovechando las viejas vigas apolilladas de las construcciones coloniales. Hoy, el máximo exponente de este tipo de muebles es Muebles Chapis, negocio que exporta a Estados Unidos y Europa.

En el Barrio de los Sapos se han instalado diferentes talleres de muebles rústicos que, con el paso del tiempo, han ido modificando sus diseños y acabados. Uno de ellos es el de los hermanos Alejandro y Carlos Olea quienes llegaron en 1979 al barrio y abrieron una tienda de antigüedades, tradición familiar heredada de su abuela, la señora María Barroso. Según apunta el arquitecto Alejandro Olea, ella desarrolló esta profesión en su casa y fue la primera anticuaria en Puebla. Sus nietos habían instalado un bazar en la 2 Sur y 9 Oriente, ahora entrada del Museo Amparo. Una vez ubicados en el Barrio de los Sapos nació la inquietud del mueble rústico, el cual hoy exportan principalmente

a Estados Unidos.

La importancia de este tipo de producción ha provocado el surgimiento de talleres de muebles rústicos en casi toda la ciudad, que dan empleo a carpinteros, enceradores, macheteros, etcétera.

LOS QUE LO HAN VISTO TODO:
CUCHARAS, CARGADORES Y PLOMEROS

Don Rosendo Juárez comenta:

Antes de que esto se convirtiera en Plaza era un mercado de jacalón. En el centro había una palmera muy grande, era como el mercado de allí, de Analco sobre la 3 Oriente, pasando el Puente de Ovando. Después pasaron por aquí los camiones el Café Mirador, el Rojo Santa María, y yo no sé cuántos más. Los camiones del Mirador checaban en La Bella Elena, me acuerdo muy bien porque yo viví enfrente, en la 5 Oriente 404.

Después de aquello, el barrio se convirtió en un antro de vicio, pues había cantinas por montón: La Rana, La Pasita, La Adelita,¹⁶ etcétera. El dueño de La Pasita era actor, le hacía al don Juan Tenorio.

Antiguamente nos reuníamos frente a Catedral. Tan pronto hicieron la Plazuela, el Ayuntamiento nos pasó para acá. Y aquí estamos de lunes a sábado de seis de la mañana a cinco o seis de la tarde: mudanceros, cucharas, medias cucharas y plomeros. Estamos al gusto, no es obligación, entonces cada quien está el tiempo que cree conveniente. Y si no hay trabajo aquí nos quedamos, como si fuéramos barzonistas.

Cada quien lleva su cuenta, cada quien se arregla con el patrón y si se necesita un ayudante, pues ya va a la mitad de lo que se haya pactado con el patrón. No hay sindicatos ni pagamos por

¹⁶ Rosendo Juárez es el único informante que menciona esta cantina.

estar aquí nada a nadie, nomás nos faltaría eso, si ni llegamos al salario mínimo, ¿cómo vamos a pagar? La cosa está dura. No hay trabajo. Todo sube menos los salarios. A mi edad conseguir trabajo está muy difícil, pero aquí estoy por si cae algo.

Soy albañil (en su cara se esboza una sonrisa), en realidad tengo 47 oficios y 49 necesidades. De chamaco me dediqué a planchar sombreros de fieltro, ahora ni sombrero hay. Luego fui zapatero, pero de los buenos, de los cosidos a mano. De 1943 a 1949 estuve en El Parián en un taller de zapato de Lear. Ya no los hay porque salen caros y nadie los quiere. También estuve en el conservatorio del Portalillo estudiando música, eso fue de 1949 a 1955. En 1956 agarré la albañilería y la pintura, por necesidad. Entré primero como media cuchara y ahora ya soy oficial. También estuve en la Academia de Dibujo lineal para aprender bien el oficio.

Nací el primero de marzo de 1928, ya huelo a copal, voy de salida, pero las pobres criaturas que se quedan me dan lástima. También me da lástima el barrio porque han regresado los antros. Todo está muy pintadito pero lleno de cantinas.¹⁷

LOS QUE NO PODÍAN FALTAR: LOS MARIACHIS

Según se cuenta, los mariachis empezaron alrededor de 1954 en el Barrio de San Luis. Los más antiguos de Puebla fueron los Mayorazgo que ya no existen, y luego surgieron los Madrugadores, tal y como lo apunta don Eliazar Torres, trompeta de este último grupo. Alrededor de 1960 este mariachi llegó a la Plazuela de los Sapos. Ahora, en el lugar hay siete.

Para evitar problemas decidieron organizarse. Cada semana le toca a un grupo arreglarse con el primer parroquiano que llega. Todos van por orden, de esta manera evitan amontonarse con el cliente y acabar mal con los

¹⁷ Entrevista realizada a don Rosendo Juárez, octubre de 1996.

compañeros; también están organizados en cuanto a días de descanso y, por ejemplo, el mariachi de don Eliazar descansa domingos y lunes.

Todos tienen un horario. Los Madrugadores hacen gala de su nombre y salen a trabajar a las siete de la tarde para ir a descansar alrededor de la 1:30, aunque a las 17:00 horas ya están todos en el local de la Plazuela ensayando y preparándose.

A la sombra de los mariachis llegaron los tríos:

[...] con ellos no se puede, no respetan; siempre llegan a pelearte el cliente. Hará 10 o 12 años, los de trío y los mariachis celebrábamos juntos a nuestra patrona: Santa Cecilia, pero ahora ya cada quien hace la fiesta por su parte; nosotros acá y los tríos allá en el jardincito.

Llegamos a la Plazuela antes que los tianguistas, llevamos mucho tiempo acá. Hará siete años recibimos una invitación para ir al Mercado del Alto, pero vimos que estábamos mejor en la Plazuela de los Sapos.

Los mejores días para el trabajo son los jueves, los viernes y los sábados. Muchos clientes vienen a la Plazuela a buscar mariachi, pero los que ya nos conocen nos buscan por medio del representante, o de los teléfonos que están escritos en la puerta y ya nos ponemos de acuerdo, la cosa es tener chamba.¹⁸

TODO CAMBIA

Cuando el arquitecto Olea llegó al Barrio de los Sapos, en 1979, se instaló en la casa que hoy ocupan Los Alambiques.

¹⁸ Entrevista de Mireia Viladevall a don Eliazar Torres, octubre de 1996.

Hace alrededor de cinco o seis años, cuando el barrio se convirtió en el segundo punto de atracción turística de Puebla, no contaba con un buen restaurante. Y así nació La Guadalupana, en enero de 1996, aprovechando lo que había sido una casa de alfareros y herreros. Poco después nacieron Los Alambiques con la idea de ofrecer un lugar donde se pudiera bailar y oír música en vivo. Actualmente, y de acuerdo con los datos aportados por el arquitecto Olea, existen 25 negocios en la zona con el giro de bar-restaurante.

Sin embargo, estas nuevas actividades, en el caso de los hermanos Olea, no les han impedido seguir con el negocio original de antigüedades y fabricación de muebles rústicos.

Entre las personas que buscaron nuevos giros en el Barrio de los Sapos está el licenciado Leobardo Espinoza Valle; también se instaló en 1979 como anticuario con un bazar ubicado enfrente de lo que hoy es la Fuente de Los Sapos, luego de haber tenido uno en la calle 7 Oriente número 9.

El gusto por las antigüedades le viene de familia, pues su padre tenía un bazar en la calle 7 Sur, frente a la Comercial Mexicana:

[...] Recuerdo que todos los domingos iba con mi padre a la Lagunilla a vender cosas. Cuando vi que esto de los Sapos iba en serio y tenía posibilidades dejé de ir y me instalé enfrente de la fuente.

Puebla tiene, desde principios de siglo, más o menos, tradición de antigüedades. Es natural, siempre ha sido una región rica, donde había gente con posibilidades para construir y traer obras de arte. Durante el siglo XIX era sinónimo de status tener obras de arte francesas, por ejemplo.

La vocación por las antigüedades del Barrio de los Sapos, como todos sabemos, empieza con el anticuario Macías, que muchos años antes había sido proveedor de clientes y antigüe-

dades de mi abuela, Eva Espinoza, quien en su casa tenía su bazar. Después de él se instala aquí el señor Linares con el Bazar del Conde en el Callejón de los Sapos y la 3 Oriente. También recuerdo que el señor Samaniego tenía un bazar sobre la 2 Sur entre la 3 y la 5 Oriente, frente al Sagrario; él también fue uno de los primeros anticuarios de Puebla. Luego se instaló el señor Peña con el bazar Carolino en el Callejón. El actual Mesón de la Sacristía era bodega y aquí mismo tenía un bazar la señora María Teresa Yanes.

Luego el señor Teodoro Morales puso el bazar Las Carretas (...) y me dejó a muchos que ahora no recuerdo. Alrededor de 1976, en la 7 Oriente 9 y 11 se instalan los Muebles Chapis de los hermanos Esteban y Gerardo Chapitel. Lo importante es entender que esto que ha surgido en el barrio no es mera escenografía sino que tiene raíz.

Entre 1979 y 1980 mi padre compra esta casa que hoy es El Mesón, y que había sido una vecindad construida en el siglo XVIII. Hacia 1992, debido a la crisis económica que se vive, las ventas de antigüedades bajan escandalosamente. La gente prefiere, como es natural, cubrir sus necesidades que comprar antigüedades que finalmente son artículos de lujo y se puede vivir tranquilamente sin ellas.

En 1993 la situación ya es insostenible. Fue entonces cuando surgió la idea de convertir esto en un hotel para dar servicio a los turistas que llegaban al barrio. Los Sapos ya era un polo importante de atracción turística.

El Mesón de la Sacristía es el primer hotel que se instala en la zona y el primer restaurante de comida típica poblana que es en definitiva lo que buscan los clientes. Sin embargo, todo el espacio es también un bazar de antigüedades. Todo está en exhibición y, por lo tanto, en venta.

Motivados por el auge que está teniendo el barrio, algunas personas ligadas a este barrio estamos intentando echar a andar el Patronato del Barrio de Los Sapos, donde actualmente funjo de presidente junto con la maestra María Teresa Yanes que es la secretaria de la Mesa Directiva, el arquitecto Alejandro Olea, tesorero y Fernando Gómez de Alvear que es el vicepresidente.

Este patronato creado a principios de 1996 pretende convertirse en el representante del barrio ante las autoridades; para ello

es necesario primero conciliar los intereses de todos aquellos que estamos en el barrio, desde los mariachis hasta los anticuarios, pasando por los tianguistas, etcétera. Es necesario ponernos de acuerdo para poder dar una solución adecuada para todos, o al menos de la mayoría, sobre problemas como: iluminación, basura, vialidad, seguridad pública, etcétera. El rápido crecimiento que ha sufrido el barrio desde los últimos meses de 1995 a la fecha ha acarreado nuevos retos, como es el aumento de basura de restaurantes y bares, el aumento en el tráfico vehicular, la necesidad de una mayor y mejor vigilancia.

Si estos problemas se solucionan la convivencia entre nosotros será más fácil. Hay mucha gente que critica el aumento de bares y restaurantes porque han traído toda esta serie de problemas que señalo, pero no ven lo bueno. No ven que el incremento de gente en el Barrio es bueno para todos. Y no lo ven porque los problemas están ahí y no han sido solucionados, o lo han sido de manera insatisfactoria. La convivencia es difícil, pero es posible siempre y cuando haya voluntad de llegar a un consenso y voluntad por parte de las autoridades, para dotar al barrio de los servicios que hoy en día necesita con urgencia. A esto es lo que aspira el Patronato.¹⁹

Hace once años, Elizabeth Rodríguez Muñoz de Cote arribó al barrio. Fue en 1986 cuando compró la casa que hoy es el Bazar Galería de las Casas, en el Antiguo Callejón de los Sapos. Antes de su llegada, el inmueble era propiedad del señor Gazal y era una vecindad con cuartos para estudiantes. Al año de estar instalada le traspasaron La Bella Elena, pulquería de tradición, de aquellas que en los años veinte y treinta, antes de la llegada arrasadora de los refrescos y la cerveza, vivían su época de esplendor, como lo apunta Miko Viya.²⁰

¹⁹ Entrevista de Mireia Viladevall al licenciado Leobrado Espinoza Valle, octubre-noviembre de 1996.

El local de La Bella Elena es de principios de siglo y anteriormente a ella, en ese mismo lugar, había habido otra pulquería. La entrada original era por la 5 Oriente y el piso era de tierra cuando lo adquirí. El local tenía: una plancha de mármol, en un rincón un altarcito a la Virgen de Guadalupe con todo y alfalfa, unas banquetas de colores (como de escolita) y un barricote con jícara y vasos. No tenía baños, igual que el que estaba casi enfrente, en lo que hoy es el bazar Las Ranas. Los estibadores y albañiles que están en la Plazuela se metían a las pulquerías y después utilizaban la calle como baño, y solían quedar tirados por en medio de la calle. Esto, por muy típico que sea, daba mala imagen a los turistas que venían al barrio. Me traspasaron la pulquería porque Guillermo Pacheco hizo que este tipo de negocios se saliera del primer cuadro de la ciudad porque daba mala imagen y porque no era higiénico.

Al adquirirla la idea fue montar un bar restaurante conservando el espíritu de pulquería y nombre de La Bella Elena, pues dentro de la historia de Puebla tiene una gran tradición. En esta pulquería, durante muchos años, se hicieron las novatadas universitarias.

Según he sabido el nombre de Bella Elena le viene dado porque a principios de siglo llegó a Puebla una compañía de teatro de Francia, donde había una mujer llamada Elena que era tan guapa que todo el mundo la conocía como La Bella Elena, la cual parece que visitó la pulquería o la conoció el dueño y éste decidió ponerle a su negocio La Bella Elena, como homenaje a esta mujer.²¹

La reinauguración de la pulquería se hizo el 28 de octubre de 1987. Para esto se pusieron mesas en la Plazuela y se amplió el negocio con el local que estaba a un lado. A la vez se abrió una Galería de Arte (la segunda, luego de la pionera

²⁰ *Recuerdos de Puebla. La Vida de Puebla en los años veintes, treinta y cuarentas*, Ed. Costa-Amic.

²¹ Entrevista de Mireia Viladevall a doña Elizabeth Rodríguez Muñoz de Cote, enero de 1997.

impulsada por el maestro Fernando Ramírez Osorio, la cual tuvo una vida muy corta) con una exposición de Agustín Arrieta, pues la intención era crear una pulquería de espíritu arrietano. Así, la comida que se ofrecía era la tradicional poblana, a cargo de don Alfredo Gutiérrez: chalupas, mole, pipián verde y colorado, adobo, mondongo y platos de temporada como: mole de cadera y chiles en nogada. Don Alfredo, originario del Barrio del Parián, prepara los curados de pulque de fruta que se siguen sirviendo los domingos en La Bella Elena de la Galería de las Casas, inaugurada en 1995. Fue en Huamantla donde aprendió a curar el pulque, pues no es simplemente moler la fruta y echarla a la bebida, hay que hacer una especie de mermelada para que quede bien hecho. Don Alfredo asegura que el curado original es de tuna roja el cual es el complemento ideal de los chiles en nogada. En la actualidad es difícil encontrar un buen pulque.

En La Bella Elena se ha servido pulque a: Miguel de la Madrid, Jorge Díaz Serrano, Fidel Velásquez, Ángel Aceves, Joaquín Gamboa, a La Tigresa, Héctor Suárez, Monsivais, José Luis Cuevas y a catedráticos universitarios. Según palabras de su propietaria:

[...] La Bella Elena es un lugar para intelectuales, bohemios y artistas. En octubre de 1996 cerró temporalmente. Sin embargo, sigue trabajando el Bazar Galería de las Casas, donde se han efectuado exposiciones de artistas tanto poblanos, zacatecanos, oaxaqueños, guerrerenses, michoacanos, etcétera.²²

En referencia al barrio doña Elizabeth Rodríguez apunta:

²² Ídem.

[...] es una ventana de lo que se hace y lo que no, y de las diferencias culturales de Puebla. Artesanías, antigüedades y artes se combinan en el Barrio de los Sapos. Así como los comercios y negocios que le brindan servicios a los visitantes y a los ciudadanos. Todos hemos mejorado nuestros servicios, nuestra imagen, nuestras mercancías. El futuro del Barrio es excelente para todos, si la autoridad cumple con sus obligaciones (vigilancia, alumbrado, recolección de basura y controlando la instalación de bares), manteniendo esta riqueza. Lo que necesita la zona son servicios de restaurantes.²³

En la década de los ochenta se instalaron otras galerías de arte además de la arriba apuntada: una, la de Fernando Gómez de Alvear llamada San Fernando, que tuvo sus orígenes en Prados Agua Azul, y otra denominada La Galería, ubicada en el Bazar de los Ángeles en el Callejón de los Sapos la cual abrió en 1986. Sus dueños, Mihael Dalla Valle y Gabriela Yanes, trataban de crear algo diferente a lo que ya existía en el barrio. Según apunta Mihael Dalla Valle:

[...] La intención era hacer las cosas bien, exhibir artistas de calidad, gente joven y de currículum que tuvieran calidad. Se quería demostrar que las cosas se pueden hacer bien, y por otra parte promover lo que se estaba haciendo en materia artística en otros lados. Aquí ha expuesto gente de Jalapa, del D.F., de Puebla, de Tepic, etcétera. En el medio artístico de Puebla no hay proyectos claros. El Museo Universitario no tiene ninguna línea, ningún proyecto sustancial, el Museo Amparo, tampoco está definido, hace cosas muy buenas y de repente cosas malas con programas fotocopiados. Nosotros tratábamos de apuntar hacia algo.

En La Galería pretendimos exhibir todas las artes no sólo la

²³ Ídem.

pintura, sino que también abarcamos lo que es la escultura, el grabado, la fotografía, la cerámica, etcétera. Durante diez años montamos exposiciones mensuales, acompañadas de invitación, incluso a los medios de comunicación, e inauguración, la cual se hacía coincidir con recitales de poesía, presentación de audiovisuales realizados por algún artista, pláticas y encuentros musicales... Cuando cada mes teníamos una exposición llegaba un gran número de gente. La gente ya sabía del lugar. Unos preguntaban si podían exponer, y otros venían a ver y a comprar.

La Galería se dio en el Barrio de los Sapos simplemente porque teníamos la posibilidad de montarla aquí, teníamos el lugar. Por otra parte, sabíamos que hay un gran número de gente que circula por acá ya sean poblanos o turistas. En otro lado hubiera sido difícil mantenerla.

El Museo Amparo y el Museo Universitario están muy cerca de aquí y eso es bueno para las galerías, porque la gente viene a la zona a recorrer los museos y las galerías que haya, o los bazares. La gente que conoce tiene (se supone) un gusto por lo artístico.

Creo que los bares también son buenos. La mayoría de los bazares han salido porque no pueden pagar la renta. Los bares, pienso que son parte de un ambiente donde hay artistas, donde hay arte.

A finales de 1995 cerramos La Galería porque tanto a mí como a Gabriela nos falta tiempo para atenderla. No sabemos qué importancia o resonancia tuvo este intento. Pero, de todas maneras, creo que en Puebla falta un proyecto claro y abierto que impulse el quehacer artístico (organizando a los artistas y dándolos a conocer) que día a día, aquí, va en aumento y La Galería apuntaba a ello.²⁴

DE LOS OLVIDADOS

Pese a ser un lugar donde se vivía además de comerciar,

²⁴ Entrevista de Mireia Viladevall a Mihael Dalla Valle, diciembre de 1996.

parece que últimamente lo segundo prima en relación con lo primero. Pocas son ya las vecindades que existen en el barrio, las cuales ocupan viejas casonas coloniales. Tal y como nos lo señala el señor Jorge González, inquilino de la vecindad de la 5 Oriente número 604 desde hace 15 años, ya sólo quedan sobre esta calle:

[...] La del 603, la del 610, la del 608, 606, y la mía. Todo lo demás son bazares, restaurantes y bares. Antes habían muchas cantinas aquí: La Rana, La Bella Elena, La Pasita, El Rincón bohemio y El Taquito, que aún existe pero que ya no es lo que era. Antes allí daban antojitos y comida, ahora son puros tacos árabes.

También recuerdo que además de cantinas había tiendas como: La Favorita, La Milagrosa, Don Badillo... todas éstas ahora son bares.

Cuando había más vecindades el barrio era otra cosa, se hacían muchas pachangas, toda la gente participaba. Ahora hay mucha gente nueva, ya no hay pachangas y la situación económica tampoco lo permite.

Me acuerdo que antes de que metieran el cableado subterráneo los cables estaban llenos de tenis. Era cosa de los chamacos. Te agarraban, te quitaban los tenis y los aventaban a los cables. Si tenías suerte los bajabas y si no ahí se quedaban colgados. Era una cosa típica del barrio.

Había mayor solidaridad cuando venían las inundaciones de cada año, porque desde que entubaron el río aquí nos inundamos sabroso. De la vecindad del 603 para abajo se inunda y cuando eso sucedía todos íbamos a echar la mano a sacar muebles y cosas, a prestar una cama para que a los que les había entrado agua a sus casas pudiesen dormir. Ahora también hay eso, llega gente que vivió aquí a ayudarnos cuando se inunda el barrio, pero ya no es lo mismo de antes.

La verdad es que las vecindades no son buen negocio y la mayoría de los dueños de las casas prefieren venderlas o poner un restaurante, o un bazar, es lógico porque las rentas de las vecindades son cosas simbólicas.

En nuestra vecindad estamos de acuerdo con el dueño para que nosotros mismos le demos mantenimiento a la casa. Así le

conviene a él y a nosotros pues vivir en el centro es lo mejor, aquí tiene uno todos los servicios y a media cuadra las combis que lo llevan a uno a todas partes. Es preferible vivir aquí. Yo si tuviera que salirme, tendría que pagar más renta, pagar combis para ir a mi trabajo, al mercado y a la escuela de mis hijos. Viviendo aquí me ahorro todo esto.

Antes en las vecindades había talleres de muebles rústicos, esto cuando lo de los muebles empezaba. Eran talleres modestos que hacían muebles de vigas de madera. Ahora los talleres se han salido porque hacen muebles más grandes y aquí no caben; hacen más mueble, y de mejor calidad para la exportación y necesitaban más espacio y se salieron. Aquí, por ejemplo, donde está la tienda de muebles, había un taller pero como verá, muy chiquito.

Todo cambia, es natural, así debe ser, y ahora el barrio está más bonito, más cuidado.

Los que vivimos aquí nos ayudamos con cosas que hacemos acá pero la mayoría vive de trabajos fuera del barrio. Yo, por ejemplo, trabajo en una fábrica y mi mujer se ayuda lavando ropa de un hotel.

Aquí hay gente que no vive pero que es como del barrio porque cada día viene, porque vive del barrio, como la señora de las tortillas, la de las semillas que cada día se pone en el portón de la vecindad, el de los *mereennnngues*, el de nieve de limón, el de charamuscas, el del *gaaaaas*, etc. Cada uno de ellos tiene su gritito particular, hasta me dan ganas de grabarlos porque esto el día de mañana ya no existirá y porque ellos ya forman parte del inventario del barrio.

De este barrio han salido: licenciados, médicos, dentistas, y esta gente que vivió de estudiante regresa al barrio, lo visita, lo quiere. Este es un barrio muy noble, ha dado techo, comida y futuro a mucha gente.

Ahora hay problemas porque la ciudad no estuvo planeada para tanta gente, para tanto coche; los bares son lo de menos, es una cosa efímera, es una cosa de moda de dos o tres años, luego se morirán como pasó en la Juárez, o en la Zona Dorada. Nos tocó a nosotros la temporadita de estar de moda y cuando esto pase quedaremos los de siempre.²⁵

CONSTATANDO EL PASO DEL TIEMPO

A cinco años de haber iniciado las primeras entrevistas para esta investigación la propia dinámica de la sociedad poblana, de la ciudad y del barrio han cambiado la situación de la que aquí se da cuenta.

Hablamos pues de cambios físico-espaciales, económicos y socioculturales.

Respecto a los primeros hay que citar un hecho trascendental que impacta directamente al barrio: las obras en el boulevard para lograr un colector de aguas y evitar las tradicionales inundaciones que sufría esta vía de comunicación así como el propio barrio y de las cuales da cuenta don Jorge González. Esas inundaciones ya son historia luego de los trabajos emprendidos en 1998 y finiquitados en el año 2001.

Otro cambio físico importante y no tan halagüeño fue provocado por el sismo del 15 de junio de 1999 que se ensañó con la ciudad, y más concretamente con su Centro Histórico. Las heridas de este evento aún son visibles en el barrio pese a los grandes esfuerzos de las autoridades y de la sociedad civil en su conjunto para remediar cuanto antes los males producidos. Las obras del Carolino nos hablan de la fuerza de la naturaleza y de la magnitud del trabajo y del dinero que significa restaurar un edificio del tamaño e importancia de lo que algún día fue el Real Colegio Carolino. Mientras que los trabajos en la iglesia de San Jerónimo ya han sanado las heridas que el movimiento telúrico le provocó.

Pero pese a todo aún en nuestra mente siguen presen-

²⁵ Entrevista de Mireia Viladevall a don Jorge González, enero de 1997.

tes aquellas imágenes que dieron la vuelta al mundo de aquel edificio de condominios de la 3 Oriente número 615 doblado sobre sus rodillas, encima de una camioneta y un coche. El testimonio de uno de los habitantes de esos condominios y espectador directo de esta tragedia, Marcos Winocur, es explícito:

El temblor y yo coincidimos en mi vivienda, un pequeño departamento situado en el edificio 3, del condominio que da sobre la 3 Oriente 615. Un encuentro casual: no lo tenía previsto. Luego que revisé mi agenda lo corroboré: no había anotado nada acerca del próximo terremoto. Así que me tomó por sorpresa como a todo el mundo. Yo estaba tranquilo, en una mecedora, era la hora de la siesta. Pensé que se trataba de un temblorcillo más y me dije: “habrá que dejarlo que se vaya poco a poco. No vale la pena molestarse, ni correr”. Pero cuando llegaron esos dos tremendos golpes en sentido vertical me di cuenta que era un temblor de grandes magnitudes y lo primero que debía hacer era poner distancia entre el terremoto y yo. (...) Inmediatamente me asomé y vi que los edificios laterales sufrían el impacto de lleno, que los edificios 4 y 2 se derrumbaban y se hundían con gran estrépito y que se levantaba una nube de polvo, supe que sí, que era un gran terremoto que afectaba al inmueble y que debía salir lo antes posible. Ya habían transcurrido los 42 segundos que duró el temblor. Salí por la escalera y me encontré con la gente, abajo, en la misma situación que yo, sin saber qué hacer. Todos salimos vivos y algunos lesionados, pero bien.²⁶

Otros cambios de importancia en el barrio son los de índole económica. De éstos sobresale el hecho de que la actividad de bares y discotecas ha disminuido considerablemente. Los Sapos ha dejado de ser el lugar de moda

²⁶ Entrevista a Marcos Winocur realizada por Gerardo Sampedro, y publicada en *Puebla: la ira de Dios*, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla/BUAP/Lunarena, Puebla, 1999, p. 49.

donde todos los poblanos veinteañeros se daban cita. Sin embargo, las quejas de ruido y desmanes, aunque ya no con la misma intensidad ni frecuencia, se siguen dando. Y es que el barrio, pese a todo, conserva su atractivo para las actividades lúdicas de fin de semana. Los bares y los cafés musicales siguen teniendo presencia. Sin embargo, al parecer de los propios habitantes y dueños de otros negocios: *la cosa ya está más calmada*.

Por su parte, la venta de antigüedades se ha visto afectada por la reciente campaña periodística relacionada con la venta ilegal de arte sacro en el barrio. Esto ha afectado la actividad preponderante, por la que ese sitio es famoso: los bazares y tianguis de antigüedades. A lo anterior hay que añadir tres cuestiones más: 1) la falta de dinero afecta la venta pues no se trata de productos de primera necesidad; 2) la muerte del señor Salvador Macías, precursor de las antigüedades en el barrio, y el cierre (al parecer temporal) de su bazar; 3) es más difícil encontrar objetos de valor, por ende, el precio es mayor y cada vez hay menos compradores. Esto ha provocado que tanto bazareros como tianguistas hayan tenido que buscar vías alternas de comercialización, algunos con obras de arte, otros con artesanías. Como dicen ellos: *la cosa es salir adelante*.

La euforia vivida en la década de los noventa ha pasado y tras ella una realidad cambiante y a veces incierta da la cara. Al respecto don Porfirio (primer presidente del tianguis del Barrio de los Sapos) es claro cuando afirma que:

La época de oro del Barrio de los Sapos ya pasó. Empezó en los setenta con las antigüedades y terminó en los noventa con los bares. Hoy encontrar una buena antigüedad es difícil, casi igual de difícil que encontrar un buen albañil (pues después de los destrozos del temblor ellos han tenido mucha chamba y ahora ya ni se les ve por la Plazuela). De los 22 que empezamos el tianguis sólo quedamos ocho o diez. Unos se han muerto, otros

lo han dejado. Ser anticuario no es fácil, se tiene que tener un don, una sensibilidad, para saber apreciar la antigüedad y eso no se aprende en las universidades. Se aprende día a día, viendo trabajar a los compañeros que saben y estudiando un poquito en los libros de arte y de historia. No es una cosa fácil y hoy en día de los cien puestos que hay en el tianguis sólo 30 son puestos únicamente de antigüedades.

La venta de antigüedades, por todo esto que le cuento, es difícil y más actualmente porque la televisión nos ha lastimado, su campaña hablando de la venta ilegal de arte sacro nos ha desprestigiado y sin razón porque lo que se roba no se exhibe públicamente como lo hacemos nosotros. Pero la gente ha dejado de venir por lo que se dice en la televisión.

Con todo esto que le platico se puede adivinar que el futuro del tianquis no es muy bueno y que actualmente lo único que estamos haciendo es alargarle la agonía. Yo creo, sinceramente, que en unos 20 o 25 años más esto acabará siendo un tianguis de venta de fayuca. Sin embargo, hoy es necesario reconocer la gran labor de nuestra actual presidenta, la Güera, que con su energía nos pone a todos a trabajar, evita broncas y hace todo lo posible para que trabajemos a gusto. Esfuerzos como ése es lo que nos hace seguir acá, sin duda.²⁷

Otros protagonistas del barrio han salido de él, o están allí sólo por ratos. Hablamos, en primer lugar, de los *mu-dancers*, quienes antes de 1996 habían sido trasladados a la esquina que forma la 3 Oriente con el boulevard 5 de Mayo, y de los mariachis, que decidieron probar suerte en el mercado de El Alto por el auge adquirido por ese lugar.

Nuevos y viejos problemas se dan cita en el barrio. El reto de salir adelante, de buscar nuevas maneras de adaptarse a la realidad se impone. Pese a todo, algunos

²⁷ Entrevista realizada a don Porfirio por Mireia Viladevall el 12 de mayo de 2001.

problemas de antaño se solucionaron o mejoraron como es el caso de la seguridad, la iluminación y el servicio de limpia y recolección de basura, otros persisten aunque justo es decir que ya no con la misma fuerza e importancia que antes.

El continuo pacto de convivencia pacífica entre los diferentes giros y personas que se dan cita en Los Sapos es constantemente revisado por las diversas partes; y aunque llegar a un acuerdo a veces resulta difícil y complicado, hoy éste resulta ejemplar para otras zonas de la ciudad. Y esto pese a que iniciativas interesantes como la del Patronato no han cuajado. Con sus limitantes, Los Sapos no sólo ha sido punta de lanza en el aspecto económico, sino también en el fundamental tema de la convivencia.

UN POCO MÁS QUE UNA REFLEXIÓN

A varias voces y con distintos ritmos hemos descrito la historia del cambio dentro de la permanencia. La historia de la vida diaria en el seno de un barrio. Y por ende hemos escrito parte de la historia de la ciudad, siempre dinámica, inquieta, inestable.

Hemos dado cuenta de cómo ciertas transformaciones en las actividades que se daban en el barrio, así como en los espacios públicos han provocado transformaciones profundas tanto en las formas como en el *ser* del Barrio de los Sapos. Del casi olvido a la moda absoluta para volver a una cotidianidad más tranquila y sosegada siempre amenazada por el olvido.

La recuperación de un espacio público como una calle que se vuelve peatonal hasta el logro de la Plazuela de los Sapos que permitió el surgimiento de una nueva manera de vivir el lugar y convirtió al espacio de estudiantes, albañiles y *teporochos* en el segundo lugar de interés turístico de

Puebla, y sitio de moda de la juventud poblana. Es decir, que de ser un espacio casi “marginal” dentro del espacio urbano pasó a convertirse en un barrio económicamente significativo dentro de la ciudad y del estado.

Por consiguiente, en la memoria colectiva del barrio, este hecho siempre se resalta, hay un antes (gris) y un después (brillante) de la Plazuela y la recuperación de ese espacio por “la ciudad” con toda la carga sociocultural que esto conlleva.

La concentración de los anticuarios poblanos en Los Sapos permitió el desarrollo y ramificación de su profesión, tanto en número como en calidad. Además ha impulsado el nacimiento de nuevas facetas económicas como es la fabricación de muebles rústicos.

Lo anterior ha desembocado en la recuperación material del barrio. Sin embargo, como consecuencia de lo descrito se impulsaron actividades ligadas al turismo y al entretenimiento de la juventud que no fueron bien vistas por los sectores más débiles del lugar por temor a ser desplazados. Así, la disputa por el espacio se convierte en una lucha por la permanencia de quienes viven detrás de fachadas pintadas de vecindades con muy baja calidad de vida; de los *chachareros* que ven peligrar su espacio vital ante la efervescencia de los bares al aire libre; de *cucharas* y *medias cucharas*, *mudanceros* y plomeros que temen que el “embellecimiento” del barrio conlleve su reubicación, como de hecho ya ha sucedido.

La riqueza del Barrio de los Sapos está basada en la diversidad de usos del suelo, lo que da como resultado la riqueza de su vida cotidiana, la cual es producto no sólo de su actual desarrollo socioeconómico sino de su enclave, origen y función en relación con la ciudad y con la región.

En este sentido, debe considerarse que el Barrio de los Sapos se creó entre el límite de la traza española y el río

San Francisco, allí donde se sufría de encharcamientos e inundaciones. Conectado a los barrios de Analco, de La Luz y San Francisco por dos puentes (el Analco y el de Ovando) lo convirtieron en el vestíbulo de la ciudad; espacio donde españoles e indígenas se daban cita. Unos, para ofrecer sus servicios (cargadores, albañiles, etc.) y otros para contratarlos. Unos, para vender sus mercancías: leña, frutas y verduras, y otros para comprarlas. Cuando la ciudad le da la espalda al barrio, éste se transforma en el vestíbulo de los barrios, el lugar que dentro de la ciudad está fuera de ella, el lugar donde, por lo tanto, se permiten los desmanes de los alumnos del Colegio Carolino (después Universidad), el lugar de las pulquerías y cantinas.

Con la llegada de los anticuarios y la recuperación de la Plazuela, el barrio vuelve a florecer económicamente y recupera esa liga con la ciudad y con el estado: es allí donde se exhibe el trabajo de artesanos que tienen sus talleres en la ciudad o en ciudades cercanas. Pero, además, Los Sapos se ha convertido en la liga de la ciudad con el extranjero, lo que aún le da mayor importancia.

La memoria, la vida que en el barrio se da actualmente no es escenario teatral, es producto de diferentes procesos de apropiación del espacio, de ahí su atractivo. En este sentido, el rompimiento de la riqueza y la diversidad aquí apuntadas pueden provocar la pérdida de memoria y de la vida cotidiana que hoy conocemos del Barrio de los Sapos condenándolo al olvido y, por tanto, a su abandono.

Si el Barrio de los Sapos recibe la categorización de zona típica o no, es imprescindible establecer la especificidad de este lugar como un espacio dentro de la ciudad con una dinámica particular que crea una problemática específica que debe ser tomada en cuenta a la hora de diseñar las políticas urbanas de la ciudad de Puebla.

El Barrio de los Sapos hoy se transforma. Luego de la fiebre de bares y discotecas, después de haberse convertido en el lugar de moda de la juventud poblana, se encuentra con un futuro que no se vislumbra agradable. Además, la crisis del negocio de antigüedades (debido a la crisis económica, a la falta de objetos para vender y a la problemática de la venta ilegal de arte sacro, recientemente puesta en el ojo del huracán por los medios de comunicación) plantea al barrio un claro reto en un futuro no muy lejano, relacionado con su permanencia.

Es obvio que el barrio necesita enriquecer las acti-vidades que en la actualidad desarrolla para asegurar una sana permanencia. La pérdida de población luego del sismo del 15 de junio pone aún más en crisis la función habitacional de este espacio urbano. La necesidad de impulsar de manera decisiva esta función hoy se topa con la fantasmal imagen del terremoto, con espacios cuyos dueños prefieren usar como negocios terciarios por resultar más rentables: hoteles, taquerías, tiendas, bazares, bares y restaurantes; es decir, todo aquello que de una manera u otra se vincula con los servicios al turismo. Además, la solución a las continuas inundaciones en esta parte de la urbe presionan a la alza los precios inmobiliarios y las rentas.

Sin embargo, una cuestión sigue en el aire, quizás más como espada de Damocles que como un simple susurro de conciencia para aquellos que hoy tienen propiedades en este barrio y para las autoridades en cuyas manos se encuentra la salud de nuestra urbe: si el valor primordial de un barrio es el de su utilidad como espacio de vida, y más el de Los Sapos donde la riqueza artística está claramente limitada; si el valor histórico sigue teniendo peso en este espacio, tal y como lo tiene el área monumental de la ciudad de Puebla; si el valor de las antigüedades en este

barrio por sus propios orígenes y desarrollo tiene un peso importante; y si el valor artístico de Los Sapos no puede competir con otras zonas del centro histórico, sin duda es el valor de utilidad el que debe potenciarse. Porque es a partir de él que se pueden dar los demás.

La ciudad en su crecimiento y en su lógica moderna no acepta ruinas decadentes. No acepta espacios degradados en su interior a no ser que hablen de un gran y lejano pasado y esto no sucede en Los Sapos. Por lo tanto, si no resulta útil este espacio será brutalmente modificado en busca de esa funcionalidad necesaria que permite la permanencia de la ciudad tanto en sus partes como en su todo. La pregunta es: ¿esa utilidad para quién debe ser? ¿Para el turista? o ¿en primer lugar debe tener en cuenta al habitante y luego al turista? De la respuesta a esta pregunta se desprenderá la historia próxima del barrio.

BIBLIOGRAFÍA

- Amerlinck de Corsi y Ramos Medina, *Conventos de monjas. Fundaciones en el México Virreinal*, Grupo Condumex, México, 1995.
- AA.VV., *Patrimonio y ciudad*, Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Junta de Andalucía, Instituto del Patrimonio Histórico, Córdoba, España, 1994.
- Ballart, Josep, *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Ariel, Barcelona, 1997.
- Díaz-Berrio Fernández, Salvador, *Conservación de Monumentos y Zonas monumentales*, SEP, México, 1976.
- Florescano, Enrique, *El patrimonio cultural de México*, FCE, México, 1993.
- Juárez Burgos, Márquez Ordóñez y Merino, *Patrimonio Arquitectónico Universitario*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 2000.
- Lagina y Baquedano (editores), *Un futuro para la memoria. Sobre la administración y el disfrute del patrimonio histórico español*, Visor, Madrid, 2000.

- Leich, Hugo, *Las calles de Puebla*, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, quinta edición, Puebla, 1992.
- Olivé Negrete y Cotom, *Leyes estatales en materia del patrimonio cultural*, INAH, México, 1997.
- Prats Llorenç, *Antropología y patrimonio*, Ariel, Barcelona, 1997.
- Reigl, Alöis, *El culto moderno a los monumentos*, Visor, Col. La Balsa de la Medusa, Madrid, 1999.
- Toussaint, Manuel, *La catedral de Puebla y las iglesias de Puebla, 1895-1954*, Porrúa, 1954.

*De cal y piel. Testimonios de Puebla de los
Ángeles*, de Mireia Viladevall i Guasch. Se
terminó de editar en octubre de 2010. En
su composición tipográfica se utilizaron
tipos de la familia Palatino de 9, 10, 11, 13
y 15 puntos.